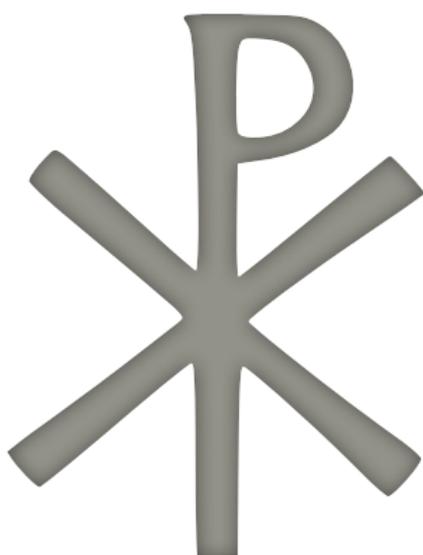


**LA MISERICORDIA DEL SEÑOR
PERMANECE PARA SIEMPRE:**



**40 DEVOCIONALES DIARIOS
PARA EL CONSUELO DE DIOS**

Los textos bíblicos han sido tomados de la versión bíblica *Reina Valera Contemporánea*®

© Sociedades Bíblicas Unidas, 2009, 2011.

Todos los materiales han sido usados con permiso.

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, o de otra manera, sin el permiso previo por escrito de La Iglesia Luterana—Sínodo de Missouri.

Fabricado en Los Estados Unidos de América.

© 2018 The Lutheran Church—Missouri Synod

1333 S. Kirkwood Road

St. Louis, MO 63122

888-THE LCMS

lcms.org/disaster

disaster@lcms.org

 [LCMSDisasterResponse](https://www.facebook.com/LCMSDisasterResponse)

 [LCMSDisasterResponse](https://www.instagram.com/LCMSDisasterResponse)

INTRODUCCIÓN

Jesús dijo: *“En el mundo tendrán aflicción; pero confíen, yo he vencido al mundo”* (JN. 16:33).

Incluso como niños pequeños, aprendemos que la vida no es justa. Todos los días, afrontamos las consecuencias del pecado y el quebrantamiento de nuestras vidas, desde enfermedades hasta desastres y otras tragedias. Estos eventos a menudo nos dejan luchando financiera, física y espiritualmente.

Pero no importa lo que viene en nuestro camino, tenemos la confianza de que la victoria ya ha sido ganada para nosotros. Jesús pagó el precio máximo en la cruz para que podamos estar con Él en el cielo por toda la eternidad.

Gracias a los generosos miembros de La Iglesia Luterana— Sínodo de Missouri (LCMS), podemos proveer este devocional libre de costo. Estos 40 devotionales — cada uno incluyendo un pasaje de la Escritura, una meditación, una oración y un himno — se enfocan en traer el consuelo y paz de Dios a aquellos quienes están luchando después de un desastre u otra crisis.

Aunque este recurso es distintivamente cristiano, está diseñado para cualquier persona que está sufriendo del quebrantamiento de este mundo.

Oro para que, a través de este devocional, recuerdes que Dios te ama y se preocupa por ti, aun cuando es difícil de entender lo que está sucediendo a tu alrededor. “¡Que el Dios de la esperanza los llene de todo gozo y paz en la fe, para que rebosen de esperanza por el poder del Espíritu Santo!” (ROM. 15:13).

En Cristo,

Rvdo. Dr. Ross Johnson

DIRECTOR, LCMS RESPUESTA AL DESASTRE

LA FORMA DE LA ALABANZA

“Te alabaré de todo corazón,
y ante todos los dioses te cantaré salmos.
De rodillas, y en dirección a tu santo templo,
alabaré tu nombre por tu misericordia y fidelidad,
por la grandeza de tu nombre
y porque tu palabra está por encima de todo.
Cuando te llamé, me respondiste,
y mi alma desfallecida se llenó de vigor ...
Cuando me encuentre angustiado,
tú me infundirás nueva vida;
Me defenderás de la ira de mis enemigos,
y con tu diestra me levantarás victorioso.
Tú, Señor, cumplirás en mí tus planes;
tu misericordia, Señor, permanece para siempre.
Yo soy creación tuya. ¡No me desampares!” (SAL. 138:1-3, 7-8).

ES FÁCIL DAR GRACIAS a Dios cuando las oraciones son contestadas de la manera que esperábamos. Una cirugía es exitosa, un ser amado se recupera, un río crecido retrocede y en respuesta, rápidamente y de todo corazón, nos unimos al salmista en alabanza al nombre exaltado de Dios y la Palabra. Oramos, el Señor contesta y la fortaleza de nuestra alma crece. La esperanza aumenta y la fe es fortalecida. Damos gracias y cantamos alabanzas por nuestras oraciones contestadas.

¿Pero qué si nuestras oraciones no son contestadas como esperábamos? Rogamos y suplicamos y Dios no nos da la tan esperada respuesta. Un ser amado muere, una enfermedad continúa, una tormenta no cambia su curso y nuestra propiedad no se salva. ¿Dónde está Dios? ¿Está escuchando como lo ha prometido? ¿Cómo podemos alabar a Dios cuando parece estar tan silencioso? En tales ocasiones nuestra alabanza continúa, pero toma una forma diferente. Nuestra alabanza no suena con cantos y regocijo, sino que toma la forma en una sumisión obediente a la voluntad y propósito de Dios. Nuestra alabanza toma la forma de una confianza con humildad.

En la noche que nuestro Señor Jesús fue entregado, pasó tiempo orando con Su Padre. Jesús oró para no tener que tomar de esa copa de sufrimiento que le esperaba, la copa de la ira de Dios contra el pecado humano, incluyendo el nuestro. Sin embargo, Jesús también oró que la voluntad de Su Padre se hiciera, “Padre, si quieres, haz que pase de mi esta copa; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya.” (LUC. 22:42). Aun cuando fue fortalecido por un ángel, el salvador continuó orando en una agonía tan grande que su sudor “era como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra” (LUC. 22:44). La copa no fue removida. Jesús fue arrestado, juzgado y condenado a muerte. El inocente Hijo de

Dios fue clavado a la cruz. Por nosotros vertió la terrible copa de sufrimiento e ira.

Poco antes de Su muerte, Jesús había orado: “Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti” (Jn. 17:1). El Hijo deseaba la gloria del Padre y por eso la alabanza de Jesús tomó la forma de sumisión a Su voluntad; “se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.” (Flp. 2:8). En la cruz Él cumplió el propósito de Su Padre: nuestra salvación. Jesús se puso en nuestro lugar y sufrió el castigo que nosotros merecíamos por nuestros pecados.

En Su muerte y resurrección nuestros pecados son lavados por medio del bautismo en el cual Dios nos adopta como sus hijos e hijas amados y como tales somos nutridos por la santa cena de nuestro Señor donde recibimos fortaleza para glorificar a nuestro Padre celestial en todas las circunstancias. Cuando nuestras oraciones son contestadas como esperábamos, gritamos con gozo y cantamos su alabanza, pero cuando las respuestas no son como las pedimos, nuestra alabanza va a reflejar la gloria que Jesús dio a Su Padre por medio de la cruz. En humilde confianza, nos ponemos en sus manos en la certeza de que “El Señor va a cumplir su propósito en mí; tu inquebrantable amor, Oh Señor, permanece para siempre. No abandones la obra de tus manos.”

ORACIÓN

Padre celestial, tu nos has mandado orar y has prometido escuchar nuestras oraciones. Cuando nuestras oraciones son contestadas como esperamos, acepta nuestra gozosa alabanza y agradecimiento. Cuando, de acuerdo a Tu misericordiosa voluntad, Tú respondes en maneras que no buscamos, guíanos por Tu Espíritu a adaptar nuestros corazones y mentes a la vida de nuestro Salvador para que nuestra alabanza tome la forma de una confianza humilde. Por el amor a Jesús, perdona nuestros pecados y cumple tu propósito en nuestras vidas. Tu inquebrantable amor permanece para siempre. Amén.

HIMNO

Dame más fe, Señor Jesús;
 Dame la fe, ¡oh Salvador!,
 Que al afligido da la paz,
 La fe que salva del temor;
 Fe de los santos galardón,
 Gloriosa fe de salvación.

Dame la fe que da el valor,
 Que ayuda al débil a triunfar,
 Que todo sufre con amor,
 Y puede en el dolor cantar,
 Que puede el cielo escalar,
 O aquí con Cristo caminar. Amén.

(“Dame más fe, Señor Jesús,” *Culto Cristiano* (CC) 224, est. 1, 4)
 Letra y música de dominio público.

ENTRENADOS EN LA CRUZ

“Pero en ese mismo espíritu de fe, y de acuerdo a lo que está escrito: ‘Creí, y por lo tanto hablé’, nosotros también creemos, y por lo tanto también hablamos. Sabemos que el que resucitó al Señor Jesús también a nosotros nos resucitará con él, y nos llevará a su presencia juntamente con ustedes. Pues nosotros padecemos todas estas cosas por amor a ustedes, para que al multiplicarse la gracia por medio de muchos, más se multipliquen los que den gracias, para la gloria de Dios. Por lo tanto, no nos desanimamos. Y aunque por fuera nos vamos desgastando, por dentro nos vamos renovando de día en día. Porque estos sufrimientos insignificantes y momentáneos producen en nosotros una gloria cada vez más excelsa y eterna. Por eso, no nos fijamos en las cosas que se ven, sino en las que no se ven; porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas” (2 COR. 4:13-18).

EN UNA SUBESTIMACIÓN INSPIRADA, el apóstol Pablo se refiere a las dificultades y el dolor que soportamos como “esta leve aflicción pasajera. ¿Leve? ¿Pasajera? Las cosas que experimentamos no se sienten livianas. Somos agobiados por las dificultades del diario vivir, sin mencionar el extraordinario dolor soportado durante los tiempos de crisis. Cargamos el peso del mundo en nuestros hombros y está lejos de ser pasajero. El dolor y la dificultad pueden durar por meses, años o toda una vida.

Seguramente Pablo lo sabía mejor. El apóstol no era ajeno al sufrimiento. El inquebrantable misionero de Cristo fue a menudo perseguido por su fe, arrestado, golpeado o encarcelado. También padeció una aflicción física no identificada, su “aguijón en la carne” (2 COR. 12:7). Sin embargo, Dios le reveló a su apóstol la verdad del asunto. La aflicción que ahora soportamos, sea cual fuere su fuente o duración, tiene un propósito. Nuestro sufrimiento es un entrenamiento de levantar pesas, “Porque esta ligera aflicción pasajera nos está preparando para una eterna carga de gloria fuera de cualquier comparación.” Lo que nos espera en la eternidad es una inmensa carga de gloria y gozo que supera con creces los problemas que ahora enfrentamos. Así como los atletas levantan pesas para preparar sus cuerpos para la competencia (y esperan la gloria de la victoria), así también nosotros estamos en entrenamiento. Estamos preparándonos para tomar la gloria certera de una victoria que ya se obtuvo.

Nuestro Señor Jesús sufrió más que “una leve y breve aflicción.” No llevó en sus hombros el peso del mundo, sino el horrible peso del pecado del mundo. Llevó en los hombros Su cruz y cargó su pesado peso de madera a lo largo del camino hacia el Gólgota. Allí “llevó en su cuerpo nuestros pecados al madero” (1 PE. 2:24).

Su aflicción, su cruz, fue el paso necesario hacia la gloria. Jesús, “por el gozo que le esperaba sufrió la cruz y menospreció el oprobio, y se sentó a la derecha del trono de Dios” (HEB. 12:2). Siguiendo a nuestro Señor, también nosotros soportamos las cruces que hoy tenemos que cargar por el gozo que está delante de nosotros. El peso con seguridad nos desgasta y el apóstol toma nota de esto, “nuestro hombre exterior se está desgastando.” Sin embargo, aun cuando nos estamos desgastando, estamos siendo edificados. Por el poder del Espíritu Santo obrando en la Palabra y Sacramento, “nuestro hombre interior está siendo renovado cada día” mientras no moldea conforme a la vida de nuestro Salvador.

Las cosas que se ven, los problemas que soportamos, son transitorios y pasan rápidamente. Son momentáneos cuando se comparan con la eternidad. Lo que no se ve, la gloria que nos espera, es eterna. Dios levantó a Jesús de los muertos y en el Día Final va a levantarnos de nuestros sepulcros. Por toda la eternidad cargaremos el peso de la gloria adquirida para nosotros por la muerte y resurrección de nuestro Señor. Ahora estamos en entrenamiento, y estaremos listos.

ORACIÓN

Padre celestial, perdónanos cuando nos alejamos de ti y nos rebelamos contra tu Palabra y voluntad. Ten misericordia de nosotros por amor a Jesús nuestro Salvador, quien quitó el peso del pecado y la culpa de nosotros, llevando esa terrible carga en Su propio cuerpo a la cruz. Cuando nuestra atención se centra sólo en las dificultades que vemos delante de nosotros, vuelve nuestros corazones a la gloria que no está a la vista, a la gloria ganada para nosotros a través de la muerte y resurrección de Jesús. Consuélanos ahora en nuestras aflicciones, y entrénanos por medio de tu Espíritu para llevar el peso de la gloria eterna que será nuestra por medio de la fe en el nombre de Jesús. Amén.

HIMNO

¿Por qué te abrumas con tu carga?
 ¿Por qué te quejas del dolor?
 ¿Por qué tú en aflicción amarga
 Te olvidas pronto de su amor?
 Así acrecientas tu sufrir,
 Sin paz ni alivio conseguir.

No creas, pues, en tu congoja,
 Que te abandona tu Señor;
 Ni que felicidad recoja
 El impasible, sin amor;
 Las pruebas y reveses son
 Al alma sin igual lección.

(“¡Bendito el hombre que gozoso!” CC 268, est. 2, 4)
 Letra y música de dominio público.

SI HUBIERAS ESTADO AQUÍ

“Y Marta le dijo a Jesús: ‘Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero también sé ahora que todo lo que le pidas a Dios, Dios te lo concederá.’ Jesús le dijo: ‘Tu hermano resucitará.’ Marta le dijo: ‘Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día final.’ Jesús le dijo: ‘Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?’ Le dijo: ‘Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo’” (JN. 11:21-27).

LAS DOS HERMANAS ENVIARON UN MENSAJE: “El que tú amas está enfermo.” Lázaro el amigo de Jesús, el hermano de María y Marta, estaba seriamente enfermo. Al escuchar las noticias, Jesús respondió que su enfermedad era para la gloria de Dios y para la gloria de Su Hijo. Sin embargo, con la gloria esperándolo, el Hijo de Dios que había sanado a muchos e incluso resucitado a muertos, no se apresuró a ir al lado de Lázaro. Durante dos días Jesús permaneció donde estaba y mientras se demoraba, Lázaro murió. Cuando Jesús finalmente llegó, Marta la hermana de Lázaro recibió al Salvador con el triste comentario: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto.”

Si hubieras estado aquí. Tal vez en oración tú has dicho más o menos lo mismo, “Señor, si tu hubieras estado aquí esta tragedia no habría sucedido.” “Si Tú hubieras estado aquí, Señor, las cosas hubieran salido diferente. El milagro de Tu presencia lo hubiera cambiado todo.” Eso era lo que Marta esperaba, y así como ella, nosotros tenemos nuestras propias esperanzas y expectativas. Jesús tenía otro propósito. El desarrollo de los acontecimientos relativos a Lázaro glorifica a Dios y a Su Hijo todopoderoso. Fue un propósito divino que Jesús se demorara y la enfermedad de Lázaro llegara a su triste final.

El doloroso saludo de Marta fue seguido por su declaración de fe: “Pero también sé que todo lo que le pidas a Dios, Dios te lo concederá.” Jesús le prometió la resurrección y Marta estuvo de acuerdo; su hermano se levantaría otra vez en el Día Final. La esperanza y promesa de esa resurrección estaba frente a ella en la carne. Jesús dijo: “Yo soy la resurrección y la vida,” “El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que cree y vive en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto? Marta creyó, y poco después otros lo harían también. La piedra que sellaba la tumba fue removida, y al mandato de Jesús, Lázaro salió vivo de su tumba.

Si hubieras estado aquí. El saludo de Marta refleja nuestras esperanzas y planes. En oración venimos al Señor con nuestras peticiones, como Marta lo hizo, pero nunca necesitamos decir: “Si Tú hubieras estado aquí.” Nuestro Salvador está siempre con nosotros como lo prometió (MAT. 28:20). Sin embargo, así como con Lázaro, Él puede tener un mayor y distinto propósito para nosotros. No necesitamos saber, no podemos saber el preciso propósito de Dios en una situación particular, pero podemos estar seguros que Jesús nos da más de lo que pedimos. Buscamos remedios rápidos, una salud recuperada, y aunque podemos recibir esto, Jesús hará más.

Él limpiará nuestras lágrimas y nos abrigará en Su presencia por toda la eternidad. Pedimos un retraso de la muerte y podríamos recibir ese regalo, pero por medio de su muerte y resurrección redentora, Jesús superó la muerte y Su victoria es nuestra. Por medio de la fe en el nombre de Jesús, nosotros también seremos resucitados de la muerte a la vida eterna. La promesa que le hizo a Marta es Su promesa para nosotros, “El que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que cree y vive en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?”

ORACIÓN

Señor Jesús, enséñanos a orar como Marta lo hizo, con confianza en tu amor y poder, y en la certeza de la esperanza de la resurrección. Cuando las respuestas se retrasan o no son como esperábamos, fortalece nuestra fe conforme a Tu Palabra y ayúdanos a confiar en tu bondadosa y buena voluntad. Sólo en ti, Señor, tenemos la certera y segura promesa de vida y resurrección. Amén.

HIMNO

Mi Jesús, mi Salvador
 Vivo está y es mi esperanza;
 De la muerte no hay temor,
 Mientras fundo mi confianza
 En aquél que me salvó,
 Cuando en cruz por mí murió.

Cuando resucite, sé
 Que me rodeará luz pura;
 Con mis ojos yo veré
 A mi rey en su hermosura.
 Ni dolor ni enfermedad
 Sufiré en la eternidad.

(“Mi Jesús, mi Salvador,” CC 337, est. 1, 4)

Letra y música de dominio público.

PAZ CELESTIAL

“Dios de mi justicia, ¡responde a mi clamor!
 Cuando estoy angustiado, tú me infundes aliento;
 ¡compadécete de mí y escucha mi oración!
 Son muchos los que preguntan
 ‘¿Quién nos hará ver el bien?’
 ¡Qué la luz de tu rostro, Señor, nos ilumine!
 Tú pusiste en mi corazón más alegría
 que la de tener trigo y vino en abundancia.
 Por eso me acuesto y duermo en paz,
 porque sólo tú, Señor, me haces vivir confiado” (SAL. 4:1, 6-8).

EL AMADO HIMNO CRISTIANO, “Noche de Paz,” podría ser una canción de cuna para nuestro infante Salvador: “Duerme en paz celestial (versión en inglés).” Nos gusta imaginar esa santa y tranquila noche con la virgen madre y José cuidando al niño dormido, mientras pastores asombrados se maravillaban ante tal vista. Por medio de Su gracia, Su favor inmerecido a los pecadores, Dios en este santo Niño reconciliaría al mundo consigo mismo. La santa y silenciosa noche fue testigo de la verdadera alabanza de los ángeles: “¡Paz en la tierra a todos los que gozan de su favor!” (LUC. 2:14).

A nosotros nos gustaría disfrutar de una noche de paz de vez en cuando, una noche para dormir en paz celestial. Pero tales noches de descanso tranquilo no siempre nos llegan. La paz del cielo es reemplazada por noches de insomnio, preocupación terrenal, dolor o temor. La tragedia y pérdida pueden volver las noches tranquilas en largas, oscuras y solitarias horas.

El niño de Belén conoce nuestras largas y oscuras horas. Él las ha vivido. La tragedia y el temor pronto destruyeron Sus noches tranquilas. Hombres sabios llegaron a Jerusalén buscando a un nuevo rey, noticias no bien recibidas por el celoso Rey Herodes. Sus planes, frustrados por un sueño de advertencia a los reyes magos, hizo que enviara soldados a matar a los varones más jóvenes en Belén en un esfuerzo por destruir al niño santo. Las noches tranquilas de ese pequeño pueblo se volvieron para muchos las noches que nosotros conocemos, noches de dolor, pérdida y llanto. Advertido por un ángel, José tomó al niño y a María y huyó a la seguridad en Egipto. Todavía no era el momento para que el Hijo de Dios muriera.

Pero Su hora pronto llegaría. El reino del príncipe de paz comenzó en esa santa y tranquila noche, pero su reino de paz sería asegurado solamente “por la sangre de su cruz” (COL. 1:20). En Su ministerio terrenal, nuestro Salvador soportó noches de insomnio. El que una vez durmió en un pesebre no “tenía dónde reposar su cabeza” (MAT. 8:20). Él pasó noches en oración a Su

Padre celestial (Luc. 6:12). Cuando Su hora llegó, fue crucificado por los pecados del mundo, por nuestros pecados. En una tumba sellada y cuidada durmió el sueño de la muerte. Entonces, en el tercer día, despertó de la muerte para nunca más morir.

El salmista implora: “Levanta la luz de tu rostro sobre nosotros, ¡Oh Señor!” La luz que fluye del pesebre, la cruz y la tumba vacía es la luz de la gracia de Dios. Es la luz que trae paz a nuestras noches inquietas. Por medio de la muerte y resurrección de Jesús, tenemos perdón para nuestros pecados y paz para con Dios, paz celestial. Tenemos Su promesa: “Toma en cuenta que nunca duermes el protector de Israel” (SAL. 121:4). Nuestro Salvador, que una vez durmió en el pesebre, que fue crucificado y se levantó para darnos perdón y paz con Dios, no duerme. A través de noches inquietas y largas horas oscuras, el Príncipe de paz tiene cuidado de nosotros, “Por eso me acuesto y duermo en paz, porque sólo tú, Señor, me haces vivir confiado.”

ORACIÓN

Señor Jesús, Príncipe de paz, reina en mi corazón con la paz que solamente tú puedes dar. Llena mi corazón con el gozo y la confianza de saber que tú me estas cuidando día y noche. Cuando no puedo dormir, vuelve mis pensamientos hacia la oración y las promesas de tu Palabra. Trae a mis inquietos pensamientos la certeza de Tu amor y misericordia. Cuando duermo, concédeme un descanso tranquilo y sanador. Mantenme seguro en tu cuidado para que pueda dormir en paz celestial. Amén.

HIMNO

¡Noche de paz, noche de amor!
 Todo duerme en derredor.
 Entre los astros que esparcen su luz,
 Bella anunciando al niño Jesús
 Brilla la estrella de paz,
 Brilla la estrella de paz.

¡Noche de paz, noche de amor!
 Oye humilde el fiel pastor
 Coros celestes que anuncian salud,
 Gracias y glorias en gran plenitud,
 Por nuestro buen redentor,
 Por nuestro buen redentor.

¡Noche de paz, noche de amor!
 Ved qué bello resplandor
 Luce en el rostro del niño Jesús
 En el pesebre, del mundo la luz,
 Astro de eterno fulgor,
 Astro de eterno fulgor.

(“¡Noche de paz, noche de amor!” CC 23)
 Letra y música de dominio público.

ENFRENTANDO EL DESASTRE

“Se acercaba el tiempo en que Jesús había de ser recibido arriba, así que resolvió con firmeza dirigirse a Jerusalén. Envío mensajeros delante de él, y ellos se fueron y entraron en una aldea samaritana para prepararle todo; pero los de allí no lo recibieron porque se dieron cuenta de que su intención era ir a Jerusalén” (Luc. 9:51-53).

HAY DESASTRES DE LOS CUALES TENEMOS QUE CORRER, si podemos hacerlo. Tormentas, inundaciones, actividad criminal; hay situaciones en las cuales debemos tratar de alcanzar seguridad. Sin embargo, aun los eventos de los cuales podemos escapar pueden dejar atrás daño inevitable a la propiedad y a las vidas, y en algunas circunstancias definitivamente no se puede escapar. Te quedas para enfrentar el desastre actual o sus secuelas. Te gustaría correr lejos, estar en cualquier otro lado menos donde estás. Pero no importa cuánto lo intentes, no puedes escapar. Dondequiera que vayas, dolor, duda o ansiedad te siguen.

Jesús sabía del desastre que estaba delante de Él. Reiteradamente advirtió a Sus discípulos de los eventos que vendrían: “Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, que sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que muera y resucite al tercer día.” (Luc. 9:22). Él sería: “Entregado conforme al plan determinado y el conocimiento anticipado de Dios” (Hch. 2:23). Jesús sabía que el camino delante de Él llevaba al rechazo, traición, arresto y una muerte terrible. Su pequeño rebaño de seguidores se dispersaría cuando su Pastor fuera abatido. Jesús sabía lo que venía y no se alejó de ello. Afirmó su rostro para ir a Jerusalén. Dado que los judíos y samaritanos no tenían trato los unos con los otros (Jn. 4:9), una aldea samaritana se rehusó recibir a Jesús simplemente porque estaba de camino a Jerusalén. El rechazo del Hijo del Hombre continúa conforme se acerca a la cruz.

A medida que la hora de Su muerte se acercaba, Jesús dijo: “Y acaso diré: ¿Padre, sálvame de esta hora? ¡Si para esto he venido!” (Jn. 12:27). Esta era la razón por la que había venido. Jesús fue obediente a la voluntad de Su Padre, “y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Flp. 2:8). Rechazado como el Mesías de Israel, abandonado por Sus seguidores y abandonado al sufrimiento y muerte de la cruz, Jesús se encomendó a su Padre celestial. Muriendo, el Salvador oró en palabras que nos recuerdan la oración de la noche de un niño “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Luc. 23:46).

Con verdadera confianza en Su Padre celestial, Jesús enfrentó el desastre que le esperaba, y a través de Su muerte obediente y Su triunfal resurrección, superó todo por nosotros.

Por nosotros Jesús enfrentó el horrible desastre de la ira de Dios contra el pecado humano, para que nosotros nunca tuviéramos que enfrentar el máximo desastre de la eterna separación de Dios. Jesús caminó decididamente al desastre, para que cualquier tragedia o sufrimiento que pudiéramos encarar, nunca lo hiciéramos aparte de Su presencia salvadora y sanadora. Como el salmista escribe, “Aunque deba yo pasar por el valle más sombrío, no temo sufrir daño alguno, porque Tú estás conmigo” (SAL. 23:4). A través de la tormenta, el dolor y los valles sombríos, Jesús ha afirmado Su rostro para caminar contigo.

ORACIÓN

Señor y Salvador, Tú afirmaste tu rostro para ir a Jerusalén, sabiendo que allí ibas a sufrir traición y crucifixión. Tu tomaste sobre Ti el castigo que yo merecía por mi pecado, en el tercer día te levantaste de la muerte para ganar la vida eterna. Cuando estoy rodeado por el desastre y terribles circunstancias, ayúdame a ver las promesas que se encuentran en tu Palabra. Enséñame a volver a Ti en oración, confiado que Tú caminarás conmigo a través de cualquier dificultad que venga en mi camino. Amén.

HIMNO

En las tristezas y el dolor
Me da consuelo mi Señor;
En dulce paz o en lucha cruel,
Con gran bondad me guía Él. **Coro**

Coro

Me guía Él, me guía Él.
¡Con cuánto amor me guía Él!
No abrigo dudas ni temor,
Pues me conduce el buen pastor.

Y mi carrera al terminar
Y ya mis ojos al cerrar,
No habrá en mi corazón temor
Pues me guiará mi buen pastor. **Coro**

(“Me guía Cristo con su amor,” CC 272, est. 2, 4)
Letra y música de dominio público.

¿POR QUÉ?

“En ese momento estaban allí algunos que le contaron a Jesús el caso de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios que ellos ofrecían. Jesús les dijo: ‘¿Y creen ustedes que esos galileos eran más pecadores que el resto de los galileos, sólo porque padecieron así? ¿Pues yo les digo que no! Y si ustedes no se arrepienten, también morirán como ellos. Y en el caso de los dieciocho, que murieron aplastados al derrumbarse la torre de Siloé, ¿creen ustedes que ellos eran más culpables que el resto de los habitantes de Jerusalén? ¿Pues yo les digo que no! Y si ustedes no se arrepienten, también morirán como ellos’” (LUC. 13:1-5).

MOVIDOS POR LA CULPA DE HABER SOBREVIVIDO O SIMPLEMENTE POR LA PÉRDIDA HUMANA frente a la tragedia y al desastre preguntamos, “¿Por qué?” ¿Por qué murieron esas personas? ¿Hicieron algo que los hiciera merecer lo que les sucedió? ¿Por qué ese pueblo y esa casa fue destruida y otras cercanas se salvaron? Algunas de las personas que escuchaban a Jesús pueden haber tenido preguntas como estas.

Judíos de Galilea habían ido al templo en Jerusalén a adorar. Por orden del gobernador romano Poncio Pilato, tal vez en respuesta a un disturbio o rumores de una rebelión, los soldados atacaron a los galileos, mezclando la sangre de los peregrinos y la sangre de los animales destinados para sacrificios. En otra tragedia, una torre en el vecindario de Siloé en Jerusalén se derrumbó y mató a 18 personas. Al escuchar estas noticias, Jesús planteó la pregunta antes que sus oyentes pudieran preguntar lo que seguramente estaba en sus mentes, como también hubiera estado en las nuestras. ¿Por qué? ¿Eran esos peregrinos galileos peores pecadores que todos los demás en Galilea? ¿Fueron estas personas que murieron en el derrumbe de la torre peores infractores que todas las demás personas en Jerusalén? ¿Por qué murieron?

Jesús hace la pregunta y da una respuesta, aunque no ofrece las respuestas precisas que podríamos esperar oír. ¿Eran las personas que murieron peores pecadores que aquellos que sobrevivieron? “No,” responde Jesús. Y no ofrece otra razón o propósito para sus muertes, sino que inmediatamente lleva nuestra atención de los desastres terrenales a la posibilidad de una terrible tragedia eterna, “A menos que se arrepientan, ustedes también perecerán.”

En situaciones aterradoras, en circunstancias de enfermedad y tragedia, queremos saber por qué. A menudo la pregunta es personal, “¿por qué yo?” Las respuestas a tales preguntas están escondidas dentro de los propósitos y la majestad de Dios y no son para que nosotros las sepamos. Jesús, en esta oportunidad,

provee la respuesta que necesitamos saber. Nos advierte de la posibilidad de perecer eternamente, de sufrimiento y separación eterna de Dios; una tragedia sin fin en la cual no hay esperanza. Sin embargo, con la terrible advertencia Jesús nos dice que nos arrepintamos, y debajo de su llamado al arrepentimiento esta la base sólida de la promesa del Evangelio del perdón.

La sangre de los galileos mezclada con la sangre de los sacrificios. La sangre de Jesús, el Cordero sacrificial perfecto, fluyó de la cruz para lavar nuestros pecados. La torre de Siloé se derrumbó y 18 personas murieron. Para nuestra salvación Jesús fue aplastado bajo el peso del pecado y la culpa humana. No tenemos una razón para la muerte de los galileos o la gente en Siloé, pero sabemos la razón para la muerte del Hijo de Dios. Él sufrió y murió para pagar la culpa que merecíamos por nuestros pecados. Resucitó para vencer la misma muerte para que nosotros vivamos en su presencia para siempre. Esto puede traer a la mente otra pregunta. “¿Por qué yo?” nosotros sabemos la respuesta, “Porque de tal manera amo Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquél que en Él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” (JN. 3:16).

ORACIÓN

Señor Jesús, tenemos muchas preguntas. Queremos saber por qué suceden las cosas que suceden. Queremos razones y respuestas para las tragedias sin sentido que presenciamos. Aunque esas respuestas no nos son reveladas, guíanos a arrepentirnos de nuestros pecados. Perdónanos y llénanos con esperanza y verdadera confianza en Tus promesas. Guíanos a responder con compasión por aquellos que sufren, de modo que atestigüen Tu amor a través de nuestras palabras y acciones. Amén.

HIMNO

Con ansia clamo, ¡oh santo Dios!
Yo desde lo profundo.
Confiado elevo a Ti mi voz,
Perdido en este mundo.
No mires más mi gran maldad:
¡Perdón, Señor; oh, ten piedad!
¡Dios mío, no te tardes!

Espera mi alma en Jehová,
Pues Él, con su cariño,
Al afligido paz dará
Cual tierno padre al niño.
Su fiel promesa de ayudar,
¡Oh Dios!, me inspira a siempre orar:
¡Dios mío, no te tardes!

(“Con ansia clamo, ¡oh santo Dios!” CC 207, est. 1–2)
Letra y música de dominio público.

CUERVOS Y LIRIOS

“Después, Jesús dijo a sus discípulos: ‘Por eso les digo que no se preocupen por su vida ni por lo que han de comer, ni por su cuerpo ni por lo que han de vestir. La vida es más que la comida, y el cuerpo es más que el vestido. Fíjense en los cuervos: no siembran, ni siegan; no tienen almacenes ni bodegas, y no obstante Dios los alimenta. ¿Acaso no valen ustedes mucho más que las aves? ¿Quién de ustedes, por mucho que lo intente, puede añadir medio metro a su estatura? Pues si ustedes no pueden hacer ni lo más pequeño, ¿por qué se preocupan por lo demás? Fíjense en los lirios, cómo crecen, y no trabajan ni hilan; pero yo les digo que ni Salomón, con todas sus riquezas, llegó a vestirse como uno de ellos. Y si Dios viste así a la hierba, que hoy está en el campo y mañana es echada al horno, ¡cuánto más hará por ustedes, hombres de poca fe! Así que no se preocupen ni se angustien por lo que han de comer, ni por lo que han de beber. Todo esto lo busca la gente de este mundo, pero el Padre sabe que ustedes tienen necesidad de estas cosas. Busquen ustedes el reino de Dios, y todas estas cosas les serán añadidas. Ustedes son un rebaño pequeño. Pero no tengan miedo, porque su Padre ha decidido darles el reino. Vendan lo que ahora tienen, y denlo como limosna. Consíganse bolsas que no se hagan viejas, y háganse en los cielos un tesoro que no se agote. Allí no entran los ladrones, ni carcome la polilla. Porque donde ustedes tengan su tesoro, allí también estará su corazón” (Luc. 12:22-34).

PUEDE SER UNO DE LOS MANDATOS MÁS DIFÍCILES DE JESÚS, “No se preocupen.” Pensamientos ansiosos arrasan rápidamente y pueden, sin advertencia, sobrecogernos, desde la más pequeña punzada de nervios hasta la más absorbente ansiedad. Alimento, ropa, vivienda, trabajo, escuela, relaciones familiares, amistades; podemos y a menudo lo hacemos, preocupamos por todo. Sin embargo, nuestro Señor y Salvador nos dice, “No te preocupes por tu vida. “Jesús no nos da este difícil mandamiento y después se va, dejándonos que resolvamos las cosas por nuestra propia cuenta. Él nos guía a reemplazar nuestros pensamientos ansiosos por algo mejor.

¿Cómo pagaremos por los alimentos o el alquiler? ¿Cómo compraremos ropa y zapatos? Jesús sabe que nos hacemos esas preguntas, sino más bien vuelve nuestra atención a los pájaros y las flores. Los cuervos no siembran ni cosechan (o compran provisiones), sin embargo, nuestro Padre celestial los alimenta. Los lirios no tejen tela y cosen ropa (o compran en una tienda), sin embargo, Dios los viste de los colores más brillantes que los ricos trajes reales del rey Salomón. ¡Si el Padre celestial provee

para los cuervos y los lirios, con mayor razón cuidará de ti! Tú no estás sólo en tus preocupaciones por la comida, ropa y cualquier otra necesidad que demanda tu atención, “todas las naciones del mundo buscan estas cosas.” Creyentes y no creyentes tienen estas mismas necesidades y se preocupan por ellas, pero el Padre que nos creó conoce todo lo que nos hace falta.

Jesús hace mucho más que aconsejarnos que recordemos a los pájaros y las flores. ¿Qué debe ocupar nuestras mentes? Jesús nos dice que busquemos primero el reino de Dios en nuestros corazones y en nuestras vidas; y entonces no tendremos que preocuparnos acerca de esas cosas. A nuestro Padre le ha complacido darnos el reino, “[Él] nos ha librado del poder de la oscuridad y nos ha trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de los pecados (COL. 1:13-14). Dios nos libró del “poder de la oscuridad.” Por medio de la muerte y la resurrección de Su Hijo, destruyó el reino del pecado, la muerte y Satanás que nos tenían cautivos. Somos transferidos por Su gracia por medio de la fe al reino de Cristo. Así como los cuervos se alimentan con lo que no sembraron o cosecharon, nosotros somos nutridos por el don del cuerpo de Cristo y su sangre en la santa cena. Así como los lirios se visten con ropas brillantes que no tejieron, nosotros somos vestidos por la fe con la justicia de Jesucristo. Tenemos un tesoro que ninguna ansiedad o tragedia terrenal puede arrebatarnos, el tesoro del perdón de pecados y la vida eterna en la presencia de nuestro Salvador. ¡Pon por un momento a un lado tus temores y piensa en esto!

Tenemos que compartir nuestro eterno y terrenal tesoro con aquellos en necesidad (ellos también tienen preocupaciones) y cuando la ansiedad nos amenace, sigue el mandato de Jesús. Piensa en los bien alimentados cuervos y los lirios tan vistosamente vestidos. No es soñar despiertos. Piensa en tu Padre celestial, quien conoce tus necesidades mejor que tú mismo. Piensa acerca del reino que es tuyo.

ORACIÓN

Padre celestial, cuando estoy atrapado con ansiedad y temores por el futuro, consuélame y fortalece mi fe por medio de la esperanza y paz que encuentro en tu sagrada Palabra. Vuelve mi atención a los pájaros en el aire y los lirios del campo, donde veo la evidencia de Tu cuidado por toda la creación. Por medio de Cristo mi salvador Tú me has librado del pecado y de la muerte y me has traído a la seguridad de Su reino eterno. Tú conoces mis necesidades y tu proveerás, ahora y por la eternidad. Escucha mi oración en el nombre de Jesús. Amén.

HIMNO

Alma, bendice al Señor, rey potente de gloria;
De sus mercedes esté viva en ti la memoria.
¡Oh! Despertad,
Arpa y salterio: entonad
Himnos de honor y victoria.

Alma, bendice al Señor que a los orbes gobierna,
Y que en sus alas te lleva, cual águila tierna;
Él te guardó
Como mejor le agradó,
¿No ves su mano paterna?

Alma, bendice al Señor de tu vida la fuente,
Que te creó, y en salud te sostiene clemente.
Tu defensor
En todo trance y dolor,
Su diestra es omnipotente.

Alma, bendice al Señor que prospera tu estado,
Y beneficios sin fin sobre ti ha derramado.
Piensa en que es Él
Rico, amoroso y muy fiel,
Como mil pruebas te ha dado.

¡Alma, bendice al Señor y su amor infinito!
Con todo el pueblo de Dios su alabanza repito.
¡Dios, mi salud,
De toda bien plenitud,
Seas por siempre bendito! Amén.

(“Alma, bendice al Señor, rey potente de gloria,” CC 195)
Letra y música de dominio público.



LEVANTEN LA CABEZA

“Habrá entonces señales en el sol, en la luna y en las estrellas. En la tierra, la gente se angustiara y quedara confundida por causa del bramido del mar y de las olas. El miedo y la expectativa de las cosas que sobrevendran en la tierra hara que los hombres desfallezcan, y los poderes celestiales se estremeceran. Entonces veran al Hijo del Hombre venir en una nube, con poder y gran gloria. Cuando esto comience a suceder, animense y levanten la cabeza, porque su redención estara cerca” (LUC. 21:25-28).

LOS REPORTES EN LAS NOTICIAS SON TERRIBLES.

LAtaques terroristas, balaceras masivas, tormentas e incendios forestales; eventos perturbadores estan ocurriendo al otro lado del mundo o sucediendo cerca de casa. Esos mismos eventos son mas aterradores y quizas mortales para aquellos que los tienen que sufrir. Ya sea de lejos o de cerca, el mundo es un alboroto o, como Jesus dijo, hay angustia de las naciones y las personas desmayan de temor. Quisiéramos escondernos hasta que termine, pero nunca terminara — o asi parece.

Estamos viviendo en los ultimos tiempos, el periodo desconocido entre el ministerio terrenal de nuestro Señor y su visible regreso en el Día Final. Por siglos los cristianos han observado tragedias que han ocurrido en esos ultimos dias y correctamente los reconocen como el comienzo del fin. Jesus nos dijo que observáramos tales eventos y que recordáramos “que Él está cerca, a la puerta” (MAR. 13:29). Aunque falsos profetas tratan en vano de predecir la fecha, no sabemos, no podemos saber, el día de Su regreso. Pero podemos estar seguros de Su promesa. Nuestro Señor viene otra vez.

Estos eventos que nos asustan son señal “del comienzo del fin” porque, como el apóstol escribe: “porque el mundo que conocemos está por desaparecer” (1 COR. 7:31). Pero para todos los que confían en Jesucristo para salvación, tales cosas no sólo señalan el comienzo del fin, sino el también el comienzo del principio - un nuevo comienzo. Jesus dijo que las guerras, terremotos y hambrunas que vemos “Todo esto será sólo el comienzo de los dolores” (MAT. 24:8). El apóstol Pablo explica el anticipado nuevo nacimiento: “Porque sabemos que toda la creación hasta ahora gime a una, y sufre como si tuviera dolores de parto. Y no sólo ella, sino también nosotros, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos dentro de nosotros mismos mientras esperamos la adopción, la redención de nuestro cuerpo” (ROM. 8:22-23). En el agua y la Palabra del bautismo, el Espíritu Santo nos hizo nuevas creaturas en Jesucristo. Tenemos las primicias del Espíritu, la garantía de la resurrección a la vida

venida. Cuando Jesús regrese para la cosecha final seremos resucitados corporalmente, como Él lo fue, y vestidos de inmortalidad.

En ese gran día Dios creará “un cielo nuevo y una tierra nueva, donde reinará la justicia” (2 PE. 3:13). Viviremos en su presencia para siempre, alabando nuestro Salvador resucitado y glorificado por la salvación lograda para nosotros en la cruz. Dios enjugará nuestras lágrimas “porque las primeras cosas habrán dejado de existir” (Ap. 21:4). Cuando vean y escuchen la violencia, la destrucción y cómo nuestro mundo gime con dolores de parto, no se escondan de las noticias. Levanten la cabeza, “Cuando esto comience a suceder, anímense y levanten la cabeza, porque su redención estará cerca.” (Luc. 21:28)

ORACIÓN

Señor Jesús, cuando estemos atemorizados por las cosas que vemos que suceden a nuestro alrededor, vuelve nuestros ojos y corazones a las promesas de tu sagrada Palabra. Tú nos has creado nuevos en el agua y palabra del bautismo. Ayúdanos a vivir como tu pueblo redimido, en vidas de amor, servicio y testimonio. Llénanos con compasión por aquellos que sufren, especialmente aquellos que son perseguidos por su confianza en ti. Salvador, esperamos ansiosamente el día de tu regreso. Amén. ¡Ven, Señor Jesús!

HIMNO

Iglesia de Cristo, reanima tu amor,
Y espera velando a tu augusto Señor;
Jesús, el esposo, con fuerte clamor
Anuncia que viene vestido de honor.

Si falta en algunos el santo fervor,
La fe sea en todos el despertador;
Velad, compañeros, velad sin temor,
Que está con nosotros el Consolador.

Quien sigue la senda del vil pecador,
Se entrega en los brazos de un sueño traidor;
Mas para los siervos del buen Salvador,
Velar esperando es su anhelo mayor.

(“Iglesia de Cristo, reanima tu amor,” CC 339)
Letra y música de dominio público.

YO, SÓLO QUEDO YO

“Buscó una cueva donde pasar la noche, y allí el Señor le dijo: ‘¿Qué haces aquí, Elías?’

Y Elías respondió:

‘Es muy grande mi amor por ti, Señor, Dios de los ejércitos. Los israelitas se han olvidado de tu pacto, han destruido tus altares, han matado a tus profetas, ¡y sólo quedo yo! Pero me andan buscando para quitarme la vida.’

Entonces el Señor le dijo:

‘Sal de tu cueva y espérame en el monte, delante de mí.’

Elías pudo sentir que el Señor estaba pasando, porque se desató un viento poderoso que a su paso desgajaba los montes y partía las rocas. Pero el Señor no estaba en el huracán. Tras el viento vino un terremoto. Pero el Señor no estaba en el terremoto. Tras el terremoto vino un fuego. Pero el Señor tampoco estaba en el fuego. Luego vino un silbo apacible y delicado ... El Señor le dijo ... ‘Yo voy a hacer que queden siete mil israelitas que nunca se arrodillaron ante Baal, ni jamás besaron su estatua’” (1 RE. 19:9-12, 15, 18).

CUANDO TODO O CASI TODO ESTÁ PERDIDO: casa, familiares, amigos, comunidad; todo aquello que puede quedar es una horrible y devastadora soledad. ¿Adónde iremos? ¿Quién nos escuchará y entenderá?

El profeta Elías del Antiguo Testamento se encontraba en ese solitario lugar, “Sólo yo he quedado.” En una ferviente defensa del Dios de Israel, Elías mató a los sacerdotes paganos de un falso dios. A cambio, la igualmente pagana reina Jezabel, quien ya había asesinado a los profetas compañeros de Elías, prometió matar a Elías también. Elías huyó por su vida y finalmente, acurrucado solo en una cueva, clamó: “Y ¡sólo quedo yo! pero me andan buscando para quitarme la vida.”

Dios escuchó la triste queja de Elías y sacó al profeta de sí mismo y de su cueva. Elías fue llamado afuera conforme el Señor pasaba. Un viento sopló al lado de la montaña, pero el Señor no estaba en el viento. Un terremoto sacudió la tierra, pero el Señor no estaba en el terremoto o en el fuego que siguió. Finalmente, Dios habló al mundo destruido de Elías con un silbo apacible y delicado. Con Su delicada Palabra, el Dios de Israel envió de regreso a Elías al servicio, asegurándole al solitario profeta que no estaba solo — el Señor iba a preservar a Su pueblo.

La reacción de Elías es muy parecida a la nuestra. Es comprensible que en tiempos difíciles y aun en circunstancias ordinarias, nos encerremos en nosotros mismos. Es nuestra naturaleza pecaminosa el hacerlo y también el lamentarnos junto con el atemorizado profeta: “Y sólo quedo yo.” Soportando el viento, terremoto y fuego, podemos temer incluso que los desastres sean señales de la

ira de Dios contra nosotros. Dios seguramente gobierna las tormentas que enfrentamos, pero nos habla, no en los desastres, sino que en el susurro silencioso de su Palabra. Su Palabra nos habló en el delicado llanto de un niño recién nacido en Belén. Su Palabra nos habló en el susurro del grito ahogado de nuestro agonizante Salvador en la cruz. Su Palabra nos habla en la Sagrada Escritura, en las palabras consoladoras de nuestros hermanos creyentes, en la palabra del Evangelio proclamada desde el púlpito y en el silencioso y delicado susurro de su santa cena, “Dada y derramada por ti para el perdón de tus pecados.”

Las tormentas de muerte y destrucción no pudieron destruir al pueblo de Dios. Él los guardó para sí. Con el poderoso susurro de Su palabra, Dios sacó a Elías de su escondite y lo envió de regreso al mundo para llevar a cabo Su trabajo. Ninguna tormenta de muerte y destrucción puede separarnos del cuidado amoroso de Dios. Por el poder de su Espíritu Santo (que descendió en viento y fuego en pentecostés), Dios nos protege y guarda para sí. Él nos saca de nuestro pecaminoso y egocéntrico clamor: “Yo, sólo yo” y nos envía en amor y servicio. Sólo Dios puede decir, Yo, sólo yo,” y Su poderosa y susurrante Palabra nos da Su nombre “Yo Soy” (Éx. 3:14) y su eterna promesa: “Y yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo.” (MAT. 28:20).

ORACIÓN

Padre celestial, abrígame con tu amor de las muchas tormentas que amenazan mi vida. Cuando me encierro en mí mismo y estoy perdido en temor, llámame de mi escondite con tu suave y poderosa Palabra. Consuélame con las buenas nuevas de perdón y vida encontrada sólo en Jesús, mi Salvador. Fortaléceme con Tu Palabra y tu Espíritu y envíame a consolar y fortalecer a otros con el susurro de Tu Palabra. Escucha mi oración en el nombre de Jesús. Amén.

HIMNO

¡Luz brillante, dulce y pura,
La Palabra del Señor!
De las almas la más dura
Salvará de grave error;
Ella a todos ilumina,
Instruyendo con bondad;
Nos concede Dios la dicha
De saber su voluntad.

Tus divinos juicios, Padre,
Rectos y benignos son,
Segurísima Palabra,
Bálsamo del corazón,
Sol que dora refulgente
Todo templo del Señor,
E ilumina toda mente
Con divino resplandor.

(“¡Luz brillante, dulce y pura!” CC 110)
Letra y música de dominio público.

GLORIA

El Señor le dijo a Moisés:

‘Tan cierto es que te has ganado mi favor, y que te conozco por nombre, que voy a hacer lo que me has pedido.’

Entonces Moisés dijo:

‘Te ruego que me muestres tu gloria.’

Y el Señor le respondió:

‘Voy a hacer que todo mi bien pase delante de ti, y delante de ti voy a proclamar mi nombre, que es EL SEÑOR. Porque soy misericordioso con quien quiero ser misericordioso, y soy clemente con quien quiero ser clemente.’

El Señor dijo también:

‘Mi rostro no podrás verlo, porque nadie puede ver mi rostro y seguir viviendo.’

Y añadió:

‘¡Mira! Aquí en la roca, junto a mí, hay un lugar. Quédate allí; y cuando pase mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la roca y te cubriré con mi mano mientras paso. Después de eso apartaré mi mano, y podrás ver mi espalda, pero no mi rostro’” (Éx. 33:17-23).

“**ENTRE LA ESPADA Y LA PARED.**” Podemos encontrar nos nosotros mismos en ese lugar en cualquier momento. Podemos estar enfrentando una decisión difícil, atrapados en la indecisión o tal vez simplemente estamos en un lugar que no deseamos estar.

“Entre la espada y la pared.” Allí es donde se encontraba Moisés. La Escritura nos dice que a petición de Moisés: “... el Señor hablaba con Moisés cara a cara, como habla cualquiera con su compañero” (Éx. 33:11). Moisés habló con el Dios de Israel de una manera que muy pocos lo han hecho, pero él quería algo más. El profeta habló con Dios cara a cara, pero Moisés también quería ver la gloria divina que todavía no había experimentado. Esa gloriosa visión no era permitida. El Señor gentilmente rechazó la petición de Moisés: “El hombre no me verá y vivirá.” Pero el Señor le dio a Moisés lo que podía concederle sin peligro. Puso a Moisés en la hendidura de una roca, tal vez podríamos decir: “entre la espada y la pared,” y lo cubrió hasta que la gloria cegadora pasó. A Moisés solamente se le permitió una visión segura de la gloria de Dios.

En tiempos de prueba, cuando nos encontramos entre la espada y la pared, anhelamos ver la gloria de Dios, como lo anhelo Moisés. Queremos que Dios intervenga con deslumbrante poder para salvarnos y cambiar las circunstancias a las que tenemos pavor. En vez de eso, nos encontramos aplastados e indefensos, presionados contra una pared de roca de dolor o pérdida. Pero Dios, que en algún momento fue aplastado, indefenso y clavado

en una cruz, con delicadeza nos sostiene aun en ese duro lugar y nos cubre con Su consoladora palabra de perdón y esperanza.

Puede ser, que como sucedió con Moisés, se nos permitirá vislumbrar la gloria de Dios en una repentina e inesperada sanidad o una respuesta milagrosa a la oración. Sin embargo, aun sin que suceda esto, en la Palabra ya hemos visto la gloria de Dios, velada en carne humana de un modo seguro. En Jesús, la gloria de Dios estaba oculta en la debilidad y el sufrimiento de Su muerte en la cruz. En Su resurrección, esa gloria fue revelada a los ojos de la fe. Jesús venció al pecado y a la muerte, destruyó las espadas y las paredes que amenazaban con destruirnos con dolor y desesperación. En Su muerte y resurrección, tenemos la esperanza segura y cierta de que un día no solamente veremos Su gloria, sino que también la compartiremos, “Cuando Cristo que es la vida de ustedes, se manifestó, entonces también ustedes serán manifestados con él en gloria.” (COL. 3:4).

Hasta ese día, sus manos heridas nos protegen, “Y a aquel que es poderoso para cuidar de que no caigan, y presentarlos intachables delante de su gloria con gran alegría, al único Dios, nuestro Salvador por medio de Jesucristo, sean dadas la gloria y la majestad, y el dominio y el poder, desde antes de todos los siglos y siempre. Amén (JUD. 24-25).

ORACIÓN

Dios y Salvador, aunque anhelamos ver tu gloria, sabemos que estás con nosotros, como lo has prometido. Danos los ojos de la fe para ver tu gloria oculta y revelada en simple agua, pan y vino de los sacramentos, tus dones para nosotros. Muévenos por tu Espíritu para venir a ti en oración. Cuando nos sentimos aplastados e indefensos, háblanos como le hablaste a Moisés en tu sagrada Palabra. Fortalécenos y sostenenos hasta el día cuando veamos tu gloria cara a cara. Amén (JUD. 24-25).

HIMNO

Mi mano ten, Señor, pues yo soy débil,
Sin Ti no puedo riesgos afrontar;
Tenla, Señor: mi vida el gozo llene
Al verme libre así de todo azar.

Mi mano ten: permite que me animen
El regocijo y la esperanza en Ti;
Tenla, Señor, y compasivo impide
Que caiga en mal cual otra vez caí.

Mi mano ten: mi senda es tenebrosa
Si no la alumbra tu radiante faz;
Por fe si alcanzo a percibir tu gloria,
¡Cuán grande gozo! ¡Cuán profunda paz! Amén.

(“Mi mano ten, Señor, pues yo soy débil,” CC 273)

Letra y música de dominio público.

IMPLACABLE

“Además, Jesús les contó una parábola en cuanto a la necesidad de orar siempre y de no desanimarse. Les dijo: ‘En cierta ciudad había un juez que no temía a Dios ni respetaba a nadie. En esa misma ciudad había también una viuda, la cual acudía a ese juez y le pedía: “Hazme justicia contra mi adversario.” Pasó algún tiempo, y el juez no quiso atenderla, pero después se puso a pensar: “Aunque no temo a Dios ni respeto a nadie, esta viuda me molesta tanto que voy a hacerle justicia, no sea que siga viniendo y me agote la paciencia.’ Dijo entonces el Señor: ‘Presten atención a lo que dijo el juez injusto. ¿Acaso Dios no les hará justicia a sus elegidos, que día y noche claman a él? ¿Se tardará en responderles? Yo les digo que sin tardanza les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?’” (LUC. 18:1-8).

A MENUDO UNA CRISIS LLEGA RÁPIDO A SU FIN, tal vez con gozo o, tristemente, con una pérdida trágica. Las circunstancias cambian tan rápidamente que escasamente tenemos tiempo de pensar a través del rápido desarrollo de los acontecimientos. Es una experiencia agobiante.

Igualmente, agobiante es una crisis que continúa por semanas, meses e incluso años: una larga enfermedad, la lucha con una adicción de toda la vida, frustrados esfuerzos de reconstrucción después de un desastre; con el agregado del estrés familiar, laboral y financiero. En un acontecimiento de crisis a largo plazo, oramos y buscamos respuestas a veces sin encontrar ninguna. Podemos desanimarnos. Podemos, conforme los largos días pasan, comenzar a dudar de que Dios esta aun escuchando nuestras oraciones.

Jesús sabe por qué nos desanimamos. Él nos relató una parábola para enseñarnos que “siempre debemos orar y no desmayar.” En Su drama, una viuda en busca de ayuda legal representa a un creyente que ora. El papel de Dios es interpretado por el personaje inusual de un juez injusto “que no temía a Dios ni respetaba a los hombres.” Podemos casi predecir el resultado. ¿Cómo puede alguien esperar un fallo justo y favorable de un personaje como ese? En la historia de Jesús, la viuda pide justicia contra un adversario, alguien que de alguna manera la había perjudicado. El juez al principio se rehusó ayudar a la viuda, pero ella no se desanima fácilmente. Ella insiste, “¡Hazme justicia contra mi adversario!” Ella continuamente acosa al juez; podemos imaginárnosla apareciendo delante de su silla de juicio durante el día y de noche tocando a su puerta. Finalmente, el juez se da por vencido, aunque, como había admitido antes, “No tengo temor de Dios ni respeto a los hombres.” Los ruegos persistentes de la viuda lo agobiaron y decidió el caso a su favor.

Jesús nos da un modelo para nuestros hábitos de la oración en los ruegos de la viuda persistente, que fue implacable (incluso fastidiosa) en sus peticiones de ayuda y justicia. Tan excelente modelo es de mucha ayuda, pero Jesús nos da mucho más. Aunque el personaje de este drama era una figura algo malvada, el Santo a quien oramos no se asemeja al juez injusto. El Dios que escucha nuestras oraciones sabe y se preocupa cuando un gorrión cae al suelo. Él es un amoroso Padre celestial que nos invita a orar y ansiosamente escucha nuestras peticiones con sumo cuidado. Jesús nos asegura, “¿No les dará Dios justicia a sus elegidos, quienes claman a Él de día y de noche?” ¿Se tardará mucho tiempo? Les digo, que les dará justicia rápidamente. Dios nos da Su justicia divina que fue satisfecha en la muerte de Jesús en la cruz. Redimidos y perdonados, somos los elegidos de Dios. Su pueblo escogido. Su amor es implacable y sabemos que Él oirá nuestras persistentes oraciones, “Por tanto, acerquémonos confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para cuando necesitamos ayuda” (HEB. 4:16).

ORACIÓN

Padre celestial, cuando nos desanimamos en nuestras oraciones, fortalécenos por Tu Espíritu y tu Palabra. Tu nos has invitado a orar y has prometido oír y contestarnos. Guíanos para venir delante de tu trono en oración persistente, con confianza en tu misericordia y cuidado amoroso. Escucha nuestras oraciones, ahora y siempre, por el amor de Jesús nuestro Salvador. Amén.

HIMNO

Divino Salvador,
Cordero de mi Dios,
Yo clamo a Ti;
Escucha mi oración,
Mírame con bondad,
Borra mi iniquidad:
Confío en Ti.

Tu gracia divinal
Llene mi corazón,
¡Valor me dé!
Que pueda yo confiar
Tan sólo en Ti, Señor;
Y con muy grande amor
Te adoraré.

La senda al recorrer
Oscura y de dolor,
Tú me guiarás.
Así tendré valor,
Así podré vivir,
Así podré morir,
En dulce paz.

Y cuando llegue al fin
Mi vida terrenal,
Tú me guiarás.
Líbrame de inquietud,
Sé mi camino Tú
A la mansión de luz
Y eterna paz. Amén.

(“Divino Salvador (Cordero de mi Dios),” CC 237)

Letra y música de dominio público.

COMO EL BARRO

“Pero tú, Señor, eres nuestro padre; nosotros somos el barro y tú eres quien nos da forma; todos nosotros somos obra de tus manos. No te enojés demasiado, Señor, ni tengas presente nuestra iniquidad todo el tiempo. Toma en cuenta que todos nosotros somos tu pueblo” (Is. 64:8-9).

DIOS ES EL ALFARERO Y NOSOTROS SOMOS EL BARRO.

Es una imagen bíblica familiar y muy consoladora. Dios nos creó y Su mano moldea nuestras vidas, así como el alfarero transforma el barro en cosas útiles. Pensamos en el barro como suave y flexible, fácilmente moldeable en útiles recipientes. El moldeado, sin embargo, no es siempre agradable para el barro. Antes que pueda transformarse en el recipiente o plato previsto, el trozo de barro debe ser golpeado contra la mesa o el suelo para suavizarlo. Entonces el alfarero golpea reiteradamente, amasa y dobla el barro sin forma para remover cualquier burbuja de aire que pudiera agrietar o romper el producto final. Para que el barro tome forma en la rueda del alfarero, el alfarero debe mantener una suave pero firme sujeción del mismo o la pieza inacabada puede salir volando rápidamente de la rueda.

Es como si el barro tuviera una mente propia. Con buena razón, el profeta habló de los rebeldes israelitas como barro que había retado al Creador, “que quien la hizo realmente no la hizo ... quien la modeló no sabía lo que estaba haciendo” (Is. 29:16). Para el apóstol Pablo, el barro representaba a aquellos que cuestionaban el propósito de Dios: “le diré al que lo formó ¿por qué me hizo así?” (ROM. 9:20).

Aun así, con todas sus tendencias rebeldes, el barro necio es moldeado por las manos del hábil alfarero divino. Conocemos su tierno toque: “Tú eres nuestro Padre; nosotros somos el barro, y tú eres el alfarero.” También sabemos que las experiencias no tan suaves de dolor, pérdida, enfermedad, tragedia, por sólo nombrar algunas; nuestro amoroso Padre las permite para moldearnos de acuerdo a su voluntad: “Y no sólo esto, sino que también nos regocijamos en los sufrimientos, porque sabemos que los sufrimientos producen resistencia, y la resistencia produce un carácter aprobado, y el carácter aprobado produce esperanza. Y esta esperanza no nos defrauda, porque Dios ha derramado su amor en nuestro corazón por el Espíritu Santo que nos ha dado” (ROM. 5:3-5). Como las vasijas de barro pueden ser endurecidas por medio del fuego en un horno, nuestra fe puede ser probada y fortalecida en pruebas de fuego. Así como el barro duramente trabajado, nosotros sabemos lo que es ser aplastado y formado por la aflicción, para arrepentirnos y reci-

bir perdón, confiados en que las destructivas burbujas de aire del pecado y la culpa son removidas por medio de la muerte y la resurrección de nuestro Salvador.

A través de nuestras pruebas y sufrimientos, nuestro Padre celestial nos sostiene a salvo en Su suave y firme puño. Somos moldeados, no de una manera sin sentido o al azar, sino que de acuerdo a la bondadosa voluntad de nuestro divino alfarero. Limpios del pecado por medio del perdón que Cristo ganó para nosotros en la cruz, somos preparados para el servicio en la casa de Dios: “En una casa grande hay no sólo utensilios de oro y de plata, sino también de madera y de barro; y unos son para usos honrosos, y otros para usos viles. Así que, quien se limpia de estas cosas será un instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra” (2 TIM. 2:20-21).

ORACIÓN

Dios todopoderoso, tú eres nuestro Padre. Nosotros somos el barro y Tú el alfarero. Moldéanos conforme a tu voluntad. Cuando nos apartemos de tu Palabra y tu voluntad y nos rebelamos contra ti, guíanos por tu Espíritu Santo al arrepentimiento. Por amor a Jesús, límpianos del pecado para que seamos vasos útiles para servicio honroso en tu reino. Escucha nuestra oración en el nombre de Jesús. Amén.

HIMNO

Haz lo que quieras, Señor, de mí;
Tú el alfarero, yo el barro soy;
Dócil y humilde anhelo ser;
Cúmplase siempre en mí tu querer.

Haz lo que quieras, Señor, de mí;
Dueño absoluto sé de mi ser;
Del Paraclete dame la unción,
Y el mundo a Cristo pueda en mí ver.

(“Haz lo que quieras, Señor, de mí” CC 175, est. 1, 4)

Letra y música de dominio público.

HÁGASE TU VOLUNTAD

“Entonces Jesús fue con ellos a un lugar que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos: ‘Siéntense aquí, mientras yo voy a orar en aquel lugar.’ Jesús llevó consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, y comenzó a ponerse triste y muy angustiado. Entonces les dijo: ‘Quédense aquí, y velen conmigo, porque siento en el alma una tristeza de muerte.’ Unos pasos más adelante, se inclinó sobre su rostro y comenzó a orar. Y decía: ‘Padre mío, si es posible, haz que pase de mí esta copa. Pero que no sea como yo lo quiero, sino como lo quieres tú’” (MAT. 26:36-39).

“**HÁGASE TU VOLUNTAD.**” Esta petición del Padre Nuestro es consoladora y familiar. Sin embargo, en tiempos de enfermedad u otras circunstancias difíciles podemos dudar de orar estas palabras particulares. Algunas personas pueden llegar a ver estas palabras como una añadidura sin esperanza a una súplica desesperada de ayuda o sanidad. Pueden sentirse como si estuviéramos añadiendo un pensamiento tardío: “Espero que hagas esto, Señor, pero me temo que no lo harás.”

Esta petición, en las palabras que el Señor nos dio, no es una oración de duda atemorizada. Orar “Hágase tu voluntad,” es ante todo seguir el mandato de Jesús: “Ustedes deben orar así” (MAT. 6:9). Jesús mismo encarna las palabras de la oración que nos dio; Él vivió las palabras que nos enseñó. En la noche en que fue traicionado, Jesús oró en el Getsemaní. En angustia “Afligido hasta la muerte,” se postró en tierra y rogó: “Padre, si es posible, que pase de mi esta copa; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya.” Jesús sabía lo que estaba por delante. Sabía lo que la obediencia a la voluntad del Padre requeriría del Hijo, sin embargo, sin ninguna vacilación Jesús trajo su propia petición delante de Su padre, “Si es posible, deja que pase esta copa de mí.”

Jesús pidió que no tuviera que beber de la terrible copa del sufrimiento y la ira de Dios contra el pecado. Una vez que su petición estaba hecha, se sometió Su voluntad a la voluntad del Padre, “No mi voluntad, sino la tuya.” Habiendo terminado, Jesús se puso de pie para enfrentar a quien lo iba a traicionar y en la mañana tomó su cruz para nuestra salvación. Clavado en la cruz, vació la copa de la ira de Dios contra el pecado para que no quedara nada por beber para nosotros. Él cumplió la voluntad de Su padre.

“Hágase Tu voluntad” no es una oración de duda. Esas palabras le piden a Dios que ponga su santa voluntad alrededor de nuestras oraciones y nuestras vidas como una gran pared protectora. En el Catecismo Mayor, Martín Lutero escribió que los cristianos armados con estas palabras presentan una sólida

pared contra la cual el diablo y todos los enemigos “se romperán ellos mismos en pedazos.” La voluntad de Dios rodea nuestras vidas y nuestras oraciones como una fortaleza. No siempre sabemos “qué nos conviene pedir” pero el Espíritu mismo intercede por nosotros “conforme a la voluntad de Dios” (ROM. 8:26-27). Nuestras impotentes y a menudo egocéntricas oraciones, están cubiertas por todos los lados por la voluntad de Dios. Hágase tu voluntad. Estas palabras no son una oración de debilidad o duda sino una oración de fortaleza. Las palabras son un ruego de esperanza y confianza, traídas delante de un Padre amoroso que desea solamente el bienestar de Sus hijos.

ORACIÓN

Padre celestial, aunque yo crea que sé lo que es mejor para mí, y sé lo que quiero, traigo mis peticiones a ti, confiado de que Tú vas cumplir tu santa voluntad en mi vida. Así como Jesús mi Señor oró que se hiciera Tu voluntad cuando fue a la cruz para mi salvación, enséñame siempre a orar: “No mi voluntad, sino la Tuya.” Padre, yo quiero lo que tú quieres. Amén.

HIMNO

Tu voluntad, Jesús,
Se cumpla siempre en mí.
Confiado en tu bondad,
Me entrego todo a Ti.
En medio de la paz
O en medio del dolor
Ningún temor tendré:
Me cercará tu amor.

Tu voluntad, Jesús,
Gustosa acataré:
A tus preceptos fiel
Hasta el morir seré.
No quiero aquí trazar
Mi senda sino en Ti:
Jesús, tu voluntad
Se cumpla siempre en mí.

(“Tu voluntad, Jesús,” CC 277, est. 1, 3)
Letra y música de dominio público.

VENCIENDO

“¿Qué podrá separarnos del amor de Cristo? ¿Tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro, espada? Como está escrito:

‘Por causa de ti siempre nos llevan a la muerte, Somos contados como ovejas de matadero.’

Sin embargo, en todo esto somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor que Dios nos ha mostrado en Cristo Jesús nuestro Señor” (ROM. 8:35-39).

EL APÓSTOL PABLO NOS PRESENTÓ UN CATÁLOGO DE DESASTRES: tribulación, angustia, persecución, hambruna, desnudez, peligro y espada. Estas son cosas que tú puedes haber experimentado en la angustia de la enfermedad, hambruna por malas cosechas, pérdida de empleo, la desnudez sufrida a causa de tormentas o inundaciones que destruyen casas y posesiones. Estas calamidades y otras similares, pueden ser algo que estés soportando ahora o temes que te sucedan en el futuro.

Pablo comienza su lista con la pregunta, “¿Qué podrá separarnos del amor de Cristo?” La lista de desastres no está diseñada para asustarnos, sino que sirve como un telón de fondo para resaltar el amor de Jesús nuestro salvador, quien enfrentó el máximo desastre por nosotros. Por el bien de nuestra salvación, Jesucristo fue entregado, arrestado, condenado, despojado de su ropa y clavado en una cruz. Padeció hambre y sed, murió y fue enterrado en una tumba. El mundo y los poderes del mal le hicieron lo peor en forma de angustia, persecución, desnudez, peligro y espada.

Sin embargo, al tercer día se levantó de entre los muertos. Destruyó los poderes del pecado, la muerte y del diablo. Los poderes del mal le hicieron lo peor y Él se levantó sobreponiéndose a todo. Venció, y en Él, nosotros vencemos. La victoria lograda en su crucifixión, muerte y resurrección es nuestra victoria. En el bautismo compartimos su muerte y sepultura y somos resucitados en Él a una nueva vida: “Porque por el bautismo fuimos sepultados con Él en su muerte, para que, así como Cristo resucitó de los muertos para la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una nueva vida” (ROM. 6:4).

Esta victoria ya ha sido obtenida: “Aunque aún somos muertos todos los días” y “somos contados como ovejas del matadero,” somos “más que vencedores.” Esa es la clase de vencedor que

Jesús es y eso es lo que Él hace de nosotros — arrolladores, maravillosos, increíbles, superando a cualquier otro conquistador — La larga lista de desastres incluye todas aquellas cosas que amenazan (¡sin éxito!) apartarnos de Cristo. La muerte no puede separarnos de Él. La vida y todo lo que pueda tener para nosotros, los poderes espirituales del mal o la maldad de los gobernantes terrenales no pueden alcanzarnos. Lo que sea que está pasando hoy en nuestras vidas o lo que pueda suceder mañana no puede separarnos de nuestro Señor. Ni la altura o la profundidad pueden separarnos, como ora el salmista “Si subiera yo a los cielos, allí estas tu; si me tendiera en el sepulcro, también estas allí. Si levantara el vuelo hacia el sol naciente, o si habitara en los confines del mar, aun allí tu mano me sostendría; ¡Tu mano derecha no me soltaría!” (SAL. 139: 8–10). Nada en toda la creación puede separarnos del amor de Dios que es en Cristo Jesús. Esta fuerza vencedora no depende de nuestra débil fidelidad a Dios, sino del firme sostén de nuestro crucificado y resucitado Salvador. Ovejas para el matadero, sí, pero ovejas a las cuales el pastor les dice, “nadie las arrebatará de mi mano” (JN. 10:28).

ORACIÓN

Señor Jesús, en tu muerte y resurrección tú has vencido, y en ti también nosotros somos vencedores. Cuando somos amenazados y atemorizados por los desastres que debemos enfrentar, fortalécenos y anímanos con tu palabra. Confiamos en el sostén de tu mano y sabemos que nada puede arrancarnos de tu amor. Amén.

HIMNO

Veloz se va la vida con su afán;
 Su gloria, sus ensueños pasarán;
 Mudanza y muerte veo en derredor:
 Conmigo sé, bendito Salvador.

Tu gracia en todo tiempo he menester:
 ¿Quién otro al tentador podrá vencer?
 ¿Qué otro amante guía encontraré?
 En sombra o sol, Señor, conmigo sé.

No temo el mal si Tú conmigo vas;
 Al enemigo Tú lo vencerás.
 En medio de miseria y de dolor,
 Señor Jesús, sé Tú mi auxiliador.

Alza tu cruz en mi postrer visión,
 Traza la senda que me lleve a Sion;
 Tras las tinieblas surge ya la luz ...
 Conmigo en vida y muerte sé, Jesús. Amén.

(“Señor Jesús, la luz del sol se fue,” CC 318, est. 2–5)

Letra y música de dominio público.

PUESTOS EN ALTO

“¡No dejes que me ahogue la corriente!
 ¡No permitas que me trague el abismo,
 ni que este pozo cierre sobre mí sus fauces!

Señor, por tu bondad y misericordia, ¡respóndeme!
 Por tu infinita piedad, ¡dígnate mirarme!
 ¡No le vuelvas la espalda a este siervo tuyo!
 ¡Date prisa, y escúchame, que estoy angustiado!
 ¡Acércate, y ven a salvarme la vida!
 ¡Líbrame, por causa de mis enemigos!

Tú sabes de mi afrenta, mi confusión y mi oprobio;
 ante ti están todos mis adversarios.

Las burlas me han roto el corazón, y estoy acongojado.
 Esperaba compasión, y nadie me la tuvo;
 alguien que me consolara, y a nadie hallé.
 Cuando tuve hambre, me dieron ajeno;
 cuando tuve sed, me dieron vinagre ...

Pero a mí, que estoy pobre y afligido,
 ¡ponme, oh Dios, en alto con tu salvación!” (SAL. 69:15-21, 29).

LAS PALABRAS DEL SALMO ENCAJAN PERFECTAMENTE.

Las inundaciones te arrasan; serios problemas te tragan. Estás afligido, avergonzado y deshonorado por lo que te está sucediendo, con el corazón roto y desesperado. No hay nadie que se compadezca de ti o te consuele. David el salmista debe de haberte tenido en mente cuando primero dijo esas inspiradas palabras. Entonces, conforme vas leyendo estos versículos, te encuentras que el texto dice: Me dieron ajeno por comida, y para mi sed me dieron vinagre para beber. Al caminar a través del salmo, con la cabeza gacha, ensimismado, de repente te encuentras parado delante de la cruz de tu agonizante Salvador. Jesús dijo: “Tengo sed.” Los soldados que estaban de guardia “empaparon una esponja en el vinagre, la pusieron en un hisopo, y se la acercaron a la boca. Cuando Jesús probó el vinagre, dijo: “Consumado es;” luego inclinó la cabeza y entregó el espíritu” (JN. 19:29-30).

Las palabras del salmo que se adaptan a ti tan perfectamente describen a tu Salvador. Una inundación de sufrimiento arrasó sobre Jesús cuando colgaba en vergüenza y deshonra en la cruz. El hoyo de la muerte cerró su boca sobre Él. Jesús conoce y ha experimentado lo que tú sufres, pero Él no solamente sufrió para expresar su simpatía por ti o para dar un ejemplo a seguir para tu sufrimiento. El no sólo sufre contigo, sufrió por ti y en tu lugar. Tomó la pena de muerte que tú merecías sobre sí mismo para que la inundación del pecado y muerte no pudiera arrasarte. El sufrió y murió en tu lugar para que el hoyo de la muerte eterna nunca pueda cerrar su boca sobre ti. Jesús no experimentó compasión o

lástima cuando estaba colgado en la cruz. La gente se burlaba y lo desafiaban a que se salvara a sí mismo. El buscó consuelo y no lo encontró, ni aun de Su Padre celestial, para que tú fueras consolado ahora y por toda la eternidad.

Jesús absorbió el veneno de la muerte en sí mismo, y a cambio te alimenta con su pan que es su eternamente nutriente cuerpo. Él probó el vinagre que le pusieron en sus labios y a cambio te ofrece el dulce vino que es su sangre derramada por el perdón de tus pecados. Jesús fue afligido con dolor, pero Dios lo puso en alto! Jesús fue levantado de entre los muertos y ascendió triunfante a gobernar a la diestra del Padre. En todas las circunstancias, Él reina en tu vida ahora. Aunque estés afligido y en dolor, la salvación en Jesús te pone en alto, “Pero Dios, cuya misericordia es abundante, por el gran amor con que nos amó, nos dio vida junto con Cristo, aun cuando estábamos muertos en nuestros pecados (la gracia de Dios los ha salvado), y también junto con Él nos resucitó, y asimismo nos sentó al lado de Cristo Jesús en los lugares celestiales, para mostrar en los tiempos venideros las abundantes riquezas de su gracia y su bondad para con nosotros en Cristo Jesús”(Ef. 2: 4-7).

ORACIÓN

Señor Jesús, cuando me siento abatido por las circunstancias, fortaléceme por Tu palabra y Espíritu. Perdona mis pecados y nutre mi fe en tu santa cena. Conforme soy lleno con consuelo y esperanza por medio de tu muerte redentora y poderosa resurrección, guíame para alcanzar a otros y ofrecerles el consuelo encontrado sólo en ti. Amén.

HIMNO

Jesús, mi bien, ¿qué crimen cometiste?
 ¿Por cuál maldad en juicio tal caíste?
 ¿Qué culpa llevas, sin igual Cordero,
 Al vil madero?

Soportas burla, azotes, bofetadas;
 Tus sienes son de espinas coronadas.
 Vinagre en tu gran sed han de brindarte,
 Al desangrarte.

¿Cuál es la causa de tus aflicciones?
 Yo soy quien cometió las transgresiones.
 Mía es la deuda que con crueles llagas
 Tú, Cristo, pagas.

Castigo raro, atónito me dejas:
 Sufre el pastor en vez de sus ovejas:
 Azotes lleva por su inútil criado
 El amo honrado.

(“Jesús, mi bien, ¿qué crimen cometiste?” CC 64, est. 1-4)
 Letra y música de dominio público.

¡SEÑOR, SÁLVAME!

“Enseguida, Jesús hizo que sus discípulos entraran en la barca y que se adelantaran a la otra orilla, mientras él despedía a la multitud. Luego de despedir a la gente, subió al monte a orar aparte. Cuando llegó la noche, Jesús estaba allí solo. La barca ya estaba a la mitad del lago, azotada por las olas, porque tenían el viento en contra. Pero ya cerca del amanecer Jesús fue hacia ellos caminando sobre las aguas. Cuando los discípulos lo vieron caminar sobre las aguas, se asustaron y, llenos de miedo, gritaron: ‘¡Un fantasma!’ Pero enseguida Jesús les dijo: ‘¡Ánimo! ¡Soy yo! ¡No tengan miedo!’

Pedro le dijo: ‘Señor, si eres tú, manda que yo vaya hacia ti sobre las aguas.’ Y él le dijo: ‘Ven.’ Entonces Pedro salió de la barca y comenzó a caminar sobre las aguas en dirección a Jesús. Pero al sentir la fuerza del viento, tuvo miedo y comenzó a hundirse. Entonces gritó: ‘¡Señor, sálvame!’ Al momento, Jesús extendió la mano y, mientras lo sostenía, le dijo: ‘¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?’ Cuando ellos subieron a la barca, el viento se calmó. Entonces los que estaban en la barca se acercaron y lo adoraron, diciendo: ‘Verdaderamente, tú eres Hijo de Dios’” (MAT. 14:22-33).

A MENUDO NUESTRAS ORACIONES EXPLICAN EN DETALLE NUESTRAS PETICIONES. Pedimos por cirugías con éxito, recuperaciones rápidas, seguridad en las tormentas o milagros financieros. Queremos que nuestro Padre celestial sepa, y con razón, cada detalle de nuestras esperanzas y temores. Con el salmista decimos: “Y se me parte el alma” (SAL. 42:4). Sin embargo, hay tiempos de crisis cuando apenas sabemos qué pedir. No podemos pensar. No podemos formular nuestros propios planes. No podemos orar los salmos. Ni siquiera podemos usar la oración que nuestro Señor nos enseñó. El problema es tan profundo, el temor tan arrollador, los milagros más allá de nuestra esperanza y comprensión, que no podemos formar las palabras. Articulamos sólo una breve y desesperada petición, “¡Señor, sálvanos!”

Podemos orar aun esa corta oración con confianza, sabiendo que Jesús escuchará y contestará. Es una lección que Pedro aprendió en el tormentoso mar de Galilea. Después de milagrosamente haber alimentado a una multitud de cinco mil, Jesús envió a sus discípulos adelante al otro lado del lago mientras Él se quedó atrás para orar. Cuando fue a encontrarlos, los vientos habían levantado las olas, haciendo al bote avanzar lenta y penosamente. En la oscuridad antes del amanecer, los discípulos asumieron que la figura caminando hacia ellos era un fantasma. Ellos clamaron con temor hasta

que Jesús se identificó. Pedro quería más pruebas. Audazmente desafió a Su maestro, “Señor, si eres tú, manda que venga a ti sobre el agua.” Jesús lo invitó a que viniera sobre el agua y Pedro (¿cuidadosamente?) salió fuera del bote. El discípulo exitosamente caminó sobre el agua hasta que vio las olas azotadas por el viento. Aterrorizado, comenzó a hundirse. Si hubiera tenido tiempo para pensar, Pedro podría haber considerado las palabras del salmo, “Por eso, todos tus fieles orarán a ti mientras puedas ser hallado” (SAL. 32:6). Pero se estaba hundiendo rápidamente y no había tiempo para una larga y cuidadosa petición. Pedro clamó con una corta y desesperada oración, “¡Señor, sálvame!” Jesús escuchó y contestó, alcanzando y levantando a su discípulo.

Como la hora de Su muerte se acercaba, Jesús entró en Jerusalén. La muchedumbre que lo aclamaba, lo rodeaban con gritos que expresaban una oración de una palabra, “¡Hosanna!” La palabra, como la atemorizada oración de Pedro, significa “¡Sálvanos ahora!” Unos días más tarde, en el día que nosotros llamamos viernes santo, Jesús haría eso. Él contestó esa breve oración, muriendo en la cruz para salvarnos a todos.

Abrumado por las olas de la desesperación, o hundiéndote rápidamente en dolor y tristeza sin esperanza, únete a los atemorizados discípulos y a las multitudes en el Viernes Santo y clama en oración al Salvador que dio su vida por ti, quien se erige como Señor de las olas amenazadoras. Usa, si lo deseas, unas breves palabras, “Yo soy tuyo, sálvame” (SAL. 119:94). Sea cual sea la duración de tu oración, Jesús la escuchará y te alcanzará y levantará a la seguridad de Su amor.

ORACIÓN

Señor, Soy tuyo, Sálvame. Amén.

HIMNO

¡Oh Cristo! Tu ayuda yo quiero tener;
En todas las luchas que agitan mi ser
Tan sólo Tú puedes la vida salvar,
Tú sólo la fuerza le puedes prestar.

¡Oh Cristo! Ya quiero llegar a vivir
De aquellos alientos que Tú haces sentir
Al alma que huyendo del mal tentador
Se vuelve anhelante, se vuelve a tu amor.

¡Oh Cristo! Ya quiero tus huellas seguir
Y gracia constante de Ti recibir;
Hallar en mis noches contigo la luz,
Y alivio a mis penas al pie de la cruz.

(“¡Oh Cristo! Tu ayuda yo quiero tener,” CC 40)
Letra y música de dominio público.

EL ÚLTIMO ENEMIGO

“Pero el hecho es que Cristo ha resucitado de entre los muertos, como primicias de los que murieron; porque así como la muerte vino por medio de un solo hombre, también por medio de un solo hombre vino la resurrección de los muertos. Pues así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: en primer lugar, Cristo; y después, cuando Cristo venga, los que son de Él. Entonces vendrá el fin, cuando Él entregue el reino al Dios y Padre, y haya puesto fin a todo dominio, autoridad y poder. Porque es necesario que Él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies, y el último enemigo que será destruido es la muerte” (1 COR. 15:20-26).

INCERTAS ANTE LA MUERTE Y EL DOLOR, las personas pueden decir del que muere: “Está en un mejor lugar,” lo cual para un cristiano es una certera verdad. Alguien podría comentar, “Es una bendición,” tal vez refiriéndose a la liberación del dolor y la enfermedad. Estos son comentarios bien intencionados, pero la Sagrada Escritura describe la muerte de una manera diferente. La muerte es “la paga del pecado” (ROM. 6:23) y “el último enemigo” (1 COR. 15:26).

El joven pastor David una vez enfrentó, por decisión propia, a un terrible enemigo. El gigante filisteo Goliat había desafiado a los ejércitos del Dios vivo y David decidió que él debía pararlo. El joven se enfrentó a un guerrero experimentado desde una posición de debilidad, armado sólo con una honda contra un soldado completamente armado. Pero David sabía lo que Goliat no sabía, “La batalla es del Señor” (1 SM. 17:47). David arrojó una piedra con su honda y derribó a su enemigo. La batalla estaba decidida, y David corrió hacia el gigante derribado y usó la misma espada de Goliat para cortarle la cabeza.

Nuestro Señor Jesús, el Hijo de David, enfrentó su última batalla en una indefensa debilidad. Inocente, desarmado, fue clavado a la cruz, cara a cara con un peligroso enemigo – Satanás mismo, armado hasta los dientes con pecado y muerte. Pero Jesús sabía lo que su antepasado David sabía, lo que Satanás no podía saber, “la batalla es del Señor.” Un juicio injusto, un día oscuro, una víctima golpeada e indefensa colgando de una cruz; ese era el plan de batalla del Señor. Con su muerte y resurrección, empuñando la espada de la misma muerte, el Hijo de David derribó a la muerte y destruyó su poder sobre nosotros.

“La paga del pecado es muerte” (ROM. 6:23), y es una paga que heredamos de Adán y Eva, una paga que diariamente ganamos para nosotros mismos. Jesús tomó en sí mismo el castigo de la

muerte, “la paga del pecado”, que nosotros merecíamos. En la debilidad indefensa de su muerte en la cruz, y en el triunfo de su resurrección, Jesús “... quito la muerte y saco a la luz la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio” (2 TIM. 1:10).

Sí, moriremos y podemos todavía temer este enemigo llamado muerte, pero es un enemigo despojado de su poder.

Aquellos quienes murieron confiando en Jesucristo “duermen” (1 TES. 4:14). Inmediatamente después de la muerte, estaremos “ausentes del cuerpo y presentes ante el Señor” (2 COR. 5:8). Nuestros cuerpos dormirán en la tumba hasta el Día Final cuando Jesús regrese. Cuando Él venga, seremos levantados de nuestro sueño en la tumba y vestidos con inmortalidad. En ese gran día, nuestro resucitado y reinante Salvador destruirá la muerte, el último enemigo. Viviremos para siempre con el Señor y “Ya no habrá muerte” (AP. 21:4).

Nosotros todavía podemos estar inseguros de qué decir frente a la muerte. La Escritura ofrece sugerencias. Ella nos afirma en el regreso de nuestro Señor y en la esperanza certera de la resurrección y la vida eterna en Su presencia, y así podemos “animarnos los unos a los otros con estas palabras” (1 TES. 4:17-18).

ORACIÓN

Padre celestial, la muerte es un aterrador enemigo, pero a través de la muerte y resurrección de Jesús, este enemigo ha sido despojado de su poder. Cuando llegue nuestra hora o la de nuestros seres queridos, de dormir en Jesús, consuélanos y fortalécenos por Tu palabra y Espíritu en la segura esperanza de nuestra resurrección a la vida en el Día Final. Amén.

HIMNO

Del sepulcro tenebroso
El Señor se levantó
Y las trabas de la muerte
Poderoso destrozó.
No temáis, pues el maestro
Ha tornado hoy a vivir,
Vive no sólo Él, mas todos
Los que le hayan de seguir.

A los fieles Cristo llama
A su lado siempre a estar,
Y con Él por las edades
En los cielos a morar.
No temáis, que el buen maestro
A la vida retornó,
Vive no sólo Él, mas todos
Los que aquí su amor salvó.

(“Del sepulcro tenebroso,” CC 336, est. 1, 3)
Letra y música de dominio público.

TIEMPO PERFECTO

“Bendeciré al Señor en todo tiempo;
 su alabanza estará siempre en mi boca.
 Alabaré al Señor con toda el alma.
 ¡Escuchen, gente humilde, y alégrese también!
 ¡Únanse a mí, y reconozcan su grandeza!
 ¡Exaltemos a una voz su nombre!
 Busqué al Señor, y Él me escuchó,
 y me libró de todos mis temores.
 Los que a Él acuden irradian alegría;
 no tienen por qué esconder su rostro.
 Este pobre clamó, y el Señor lo oyó
 y lo libró de todas sus angustias.
 Para defender a los que temen al Señor,
 su ángel acampa alrededor de ellos” (SAL. 34:1-7).

SABEMOS QUE EL TIEMPO DE DIOS, aunque es perfecto, no tiene nada que ver con nuestro sentido del tiempo. No hay comparación entre nuestro calendario y el del Señor, de quien el salmista dice, “Para ti, mil años son, en realidad, como el día de ayer, que ya pasó; ¡son como una de las vigilias de la noche!” (SAL. 90:4). Sin embargo, por más que el tiempo de Dios pueda ser diferente, frente a la enfermedad, tragedia y especialmente la muerte, este nunca parece ser el correcto.

Dios, el Creador del tiempo, ha experimentado el tiempo como nosotros lo hacemos. Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, fue concebido y nació, “creció y se hizo fuerte” (LUC. 2:40) y comenzó su ministerio público cuando tenía como treinta años de edad (LUC. 3:23). El tiempo de Jesús durante su ministerio puede no haber parecido oportuno a aquellos a su alrededor. Él llegó a la aldea de Naín a tiempo para encontrarse con una procesión fúnebre ya en marcha para el único hijo de una doliente viuda (LUC. 7:11-17). Un hombre llamado Jairo rogó a Jesús que sanara a su hija moribunda, pero el Señor se detuvo para sanar a otra persona y la muchacha murió antes de que Él llegara (LUC. 8:40-41, 49-56). Intencionalmente retrasó su viaje a Betania, llegando después de que su amigo Lázaro muriera (JN. 11:1-44).

La hora de la muerte había llegado para Jesús. ¿Le habrá parecido que el tiempo no pasaba nunca durante estos terribles eventos: su juicio, azotes y las largas horas en la cruz? Felizmente pasó y se terminó. El cuerpo de Jesús fue preparado para ser sepultado y la tumba sellada. ¡El tiempo pasó, y en la madrugada del primer domingo de resurrección, su tumba fue encontrada abierta y vacía! Jesús resucitó de entre los muertos y vive por toda la eternidad, ya no está más sujeto a la muerte y al tiempo.

El tiempo de Jesús, era y es, perfecto y concertado siempre para la gloria de Dios. Detuvo la procesión fúnebre en Naín y devolvió la vida al hijo de la viuda. Consoló a quienes lloraban por la hija de Jairo y después la resucitó. Jesús caminó hacia la tumba de Lázaro y lloró con los que lloraban. Entonces ordenó que se abriera la tumba y resucitó a su amigo.

Los eventos trágicos que experimentamos pueden prolongarse por largas horas o pasar tan rápidamente que nos quedamos aturdidos y apenas capaces de responder. A través de todo esto tenemos la promesa de nuestro Señor resucitado: “Y yo estaré con ustedes todos los días” (MAT. 28:20). Jesús no se retrasa. A través de largas horas o el rápido desarrollo de los acontecimientos, Jesús está presente. Y cuando nuestra última hora llegue y durmamos en Jesús nosotros, sin ninguna demora, estaremos “en casa con el Señor” (2 COR. 5:8).

Un día Jesús regresará y traerá un final a todas las procesiones fúnebres. ¡Como lo hizo con la hija de Jairo y el joven en Naín, el Señor nos llamara para que nos levantemos! Seremos levantados corporalmente de las tumbas y estas quedaran abiertas y vacías como la tumba de Lázaro, tan abierta y vacía como la tumba del Señor. El tiempo por supuesto será perfecto, y no será nuestro tiempo, sino el de Él.

ORACIÓN

Jesús, Señor del tiempo, cuando estemos pasando por largas horas de dolor o por circunstancias dolorosas pasajeras, quédate con nosotros como lo has prometido. Guíanos a encontrar esperanza y ánimo en tu Palabra. Nutre nuestra fe con perdón a través de Tu santa cena. Consuélanos con tu presencia cuando nuestra última hora llegue, confiando que tú, un día nos levantarás de nuestras tumbas para vivir en tu presencia para siempre. Amén. ¡Ven, Señor Jesús!

HIMNO

Día en día Cristo está conmigo
 Me consuela en medio del dolor.
 Pues confiando en su poder eterno,
 No me afano ni me da temor.
 Sobrepuja todo entendimiento
 La perfecta paz del Salvador.
 En su amor tan grande e infinito
 Siempre me dará lo que es mejor.

Día en día Cristo me acompaña
Y me brinda dulce comunión.
Todos mis cuidados Él los lleva,
A Él entrego mi alma y corazón.
No hay medida del amor supremo
De mi bondadoso y fiel pastor.
Él me suple lo que necesito,
Siempre me dará lo que es mejor.

Oh Señor, ayúdame este día
A vivir de tal manera aquí
Que tu nombre esté glorificado,
Pues anhelo honrarte sólo a Ti.
Con la diestra de tu gran justicia,
Me sustentas en la turbación.
Tus promesas son sostén y guía,
Siempre en ellas hay consolación.

(“Día en día Cristo, está conmigo,” CC 464)
Letra y música de dominio público.



HERIDAS Y CICATRICES

“Pero Tomás, uno de los doce, conocido como el Dídimo, no estaba con ellos cuando Jesús vino. Entonces los otros discípulos le dijeron: ‘Hemos visto al Señor.’ Y él les dijo: ‘Si yo no veo en sus manos la señal de los clavos, ni meto mi dedo en el lugar de los clavos, y mi mano en su costado, no creeré.’

Ocho días después, sus discípulos estaban otra vez a puerta cerrada, y Tomás estaba con ellos. Estando las puertas cerradas, Jesús llegó, se puso en medio de ellos y les dijo: ‘La paz sea con ustedes.’ Luego le dijo a Tomás: ‘Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.’ Entonces Tomás respondió y le dijo: ‘¡Señor mío, y Dios mío!’ Jesús le dijo: ‘Tomás, has creído porque me has visto. Bienaventurados los que no vieron y creyeron’” (JN. 20:24-29).

LAS FARMACIAS OFRECEN UNA VARIEDAD DE UNGÜENTOS Y VENDAJES PARA CURAR LAS HERIDAS.

Los doctores pueden suturar con cuidado una herida para disminuir, y posiblemente prevenir, una obvia cicatriz. Sin embargo, hay cicatrices que siempre serán visibles, heridas por accidentes, incendios u otros traumas. Pero hay otras cicatrices que permanecen invisibles: el miedo, la depresión, la ansiedad, la desconfianza; reacciones internas que apenas permanecen escondidas bajo la superficie y pueden en cualquier momento aflorar para aterrorizar a quien las lleva.

Jesús también tenía cicatrices. Durante su juicio, el Hijo de Dios fue abofeteado y azotado. Los soldados lo coronaron con espinas. Clavos atravesaron sus manos y pies en la cruz. Para probar que estaba muerto, un soldado le clavo una lanza en su costado. Sus seguidores bajaron el maltratado cuerpo del Señor de la cruz y lo sepultaron en una tumba sellada. Entonces en el tercer día después de Su muerte, en la madrugada del domingo de resurrección, la tumba fue encontrada abierta y vacía. Jesucristo se levantó corporalmente de entre los muertos, vivo, para nunca más morir. Su cuerpo resucitado y glorificado todavía llevaba las cicatrices de su crucifixión. Esas huellas de trauma lo marcaron, identificándolo más allá de cualquier duda, como el crucificado. Cuando Jesús se les apareció primero a sus discípulos después de su resurrección, “les mostró sus manos y el costado” (JN. 20:19-20). Uno de sus discípulos, Tomás, no estaba presente para ser testigo de esta primera aparición y dudó del testimonio de los demás. Quería una prueba. Quería ver las cicatrices y meter su dedo “en el lugar de los clavos y su mano en el costado” El Señor se apareció una vez más e invitó a su escéptico discípulo a ver y tocar sus heridas. Las cicatrices en el glorificado cuerpo de Jesucristo no eran una señal de derrota, sino una prueba de vida y victoria. Jesús diría más tarde en su revelación a Juan, “No temas, Yo soy

el primero y el último, y el que vive. Estuve muerto, pero ahora vivo para siempre. Amén. Yo tengo las llaves de la muerte y el infierno” (Ap. 1:17-18). Podemos tener heridas y cicatrices visibles e invisibles en nuestros cuerpos, corazones o mentes, pero las heridas de Jesús también nos marcan a nosotros. Él soportó el dolor y la pena de muerte por nosotros, “Pero Él será herido por nuestros pecados; ¡molido por nuestras rebeliones! Sobre Él vendrá el castigo de nuestra paz, y por su llaga seremos sanados” (Is. 53:5).

Cuando estés sobrecargado con las heridas invisibles del pecado y de la culpa, clama a Jesús, cuyas cicatrices por los clavos en sus manos y pies y su costado atravesado por una lanza, son testigos eternos del perdón sanador ganado para ti en la cruz. En el Día Final, cuando Jesús regrese, nosotros que confiamos en Él seremos levantados corporalmente de nuestras tumbas; nuestros humildes y maltratados cuerpos transformados: “para ser como su cuerpo glorificado” (Flp. 3:21). Jesús tenía cicatrices, y todavía las tiene, y un día las veremos.

ORACIÓN

Señor Jesús, sabemos que en el Día Final nos resucitarás y transformarás nuestros humildes cuerpos para ser como tu cuerpo glorificado. Veremos las cicatrices que marcan tu triunfo sobre el pecado, muerte y el diablo. Hasta ese gran día, danos paciencia para llevar nuestras cicatrices. Guíanos por tu Espíritu a encontrar paz y perdón sanador en tu palabra y en tus heridas. Amén.

HIMNO

¿Vives triste y angustiado?

¿Buscas tú solaz?

“Ven a Mí” te dice Cristo,

“Y halla paz.”

¿Qué señales hay que indiquen

Que Él mi guía es?

En sus manos hay heridas,

Y en sus pies.

(“¿Vives triste y angustiado?,” CC 54, est. 1-2)

Letra y música de dominio público.

DESDE LAS PROFUNDIDADES

“A ti clamo, Señor,
desde el fondo de mi angustia.
¡Escucha, Señor, mi voz!
¡Que no se cierren tus oídos
al clamor de mi súplica!

Señor, si te fijaras en nuestros pecados,
¿quién podría sostenerse en tu presencia?
Pero en ti hallamos perdón,
para que seas reverenciado.

Señor, toda mi vida he esperado en ti,
y he confiado en tus promesas.
Yo te espero, Señor, con toda el alma,
como esperan los centinelas la mañana,
como esperan los vigilantes el nuevo día.

Israel, confía en el Señor,
porque el Señor es misericordioso;
¡en él hay abundante redención!
El Señor salvará a Israel
de todos sus pecados” (SALMO 130).

¿DESDE QUÉ PROFUNDIDADES HAS CLAMADO TÚ AL SEÑOR? Pérdida, aflicción, enfermedad, ansiedad, la muerte de un ser querido o la posibilidad de tu propia muerte, pueden volverse abismos profundos de los cuales no podemos escapar. No importa la profundidad de la desesperación, Dios escucha tu clamor y está listo para levantarte. Las Sagradas Escrituras dan testimonio de Su larga práctica en hacer eso.

José, el hijo favorito del patriarca Jacob del Antiguo Testamento, recibió sueños de parte de Dios acerca de poder y autoridad en un futuro. Enojados por esos sueños, sus hermanos tiraron a José en un hoyo, tal vez un profundo y seco pozo. Sacado del hoyo, José fue vendido y llevado a la esclavitud en Egipto donde después de un tiempo, se encontró otra vez en otra clase de abismo, la prisión del faraón. Pero aun allí, “El Señor estaba con él y le extendió su misericordia” (GN. 39:21). Conforme a la misericordia de Dios y su perfecto tiempo, José fue liberado y elevado a la posición de poder revelada en sus sueños.

Jonás huyó del Señor para evitar proclamar la ley de Dios y el perdón sanador a los enemigos de Israel. Para restaurar a Su renuente profeta a su servicio, Dios permitió que Jonás fuera lanzado al mar, donde un gran pez había sido designado para tragárselo. Jonás oró desde ese viscoso abismo, “Señor, en mi angustia te invoqué, y tú me oíste. Desde el fondo del abismo clamé a ti y tu escuchaste mi voz” (JON. 2:2). En el tercer día, Dios

devolvió a Jonás a tierra seca, y a la proclamación del profeta, la gente de Nínive se arrepintió de sus pecados.

El profeta Daniel era un israelita exiliado al servicio del rey Darío de Meda, fiel al Dios de Israel, aun cuando el rey había prohibido tal adoración. Daniel fue condenado a muerte y encerrado en un foso con leones hambrientos. Dios envió a su ángel a las profundidades de ese abismo para cerrar las bocas de los leones, y Daniel fue liberado y restaurado a su posición de autoridad.

Lo que José, Jonás y Daniel experimentaron, nuestro Señor también lo conocía, como Jonás, Jesús oró en desesperación cuando enfrentaba la muerte. Como José, Jesús fue traicionado y entregado a la cautividad, como Daniel, el Hijo de Dios fue condenado a muerte, pero ningún ángel bajó a salvarlo. Este era el propósito para el cual había venido, para llevar nuestros pecados en su propio cuerpo a la cruz. Sufriendo la pena de muerte en nuestro lugar, Jesús fue bajado de la cruz y fue puesto en una tumba sellada, un abismo de la muerte. Entonces, como Jonás restaurado, en el tercer día Jesús fue resucitado a la vida y exaltado para reinar a la diestra de Dios. “Toda autoridad en el cielo y en la tierra le es dada” (MAT. 28:18).

Cualquiera que sea la profundidad en la que te encuentras, nunca estás fuera del alcance de nuestro todopoderoso Salvador. Él escucha tus oraciones, y con Su presencia sanadora desciende a las profundidades contigo. Así como restauró a los santos en el pasado, te levantará de acuerdo a su bondadosa voluntad, “Pero el Dios de toda gracia, que en Cristo nos llamó a su gloria eterna, los perfeccionará, afirmará, fortalecerá y establecerá después de un breve sufrimiento” (1 PE. 5:10).

ORACIÓN

Dios y Salvador todopoderoso, cuando estoy perdido en la desesperación y la duda, escucha mi oración desde las profundidades. Así como Tú una vez descendiste a las profundidades de la muerte por mí, desciende otra vez a mi oscuridad. Así como tú te levantaste de la muerte para darme vida eterna, levántame ahora con Tu sanadora Palabra de paz. Perdona mis pecados, restáurame y fortaléceme para que pueda servirte y traer gloria a tu nombre. Amén.

HIMNO

Dulces momentos, consoladores,
 Son los que paso junto a la cruz;
 Allí sufriendo crueles dolores
 Miro al Cordero, Cristo Jesús.

Veo sus brazos de amor abiertos
 Que me convidan a ir a Él;
 Y haciendo suyos mis desaciertos,
 Por mí sus labios gustan la hiel.

(“Dulces momentos, consoladores,” CC 45, est. 1–2)

Letra y música de dominio público.

LA LUZ DE ESPERANZA

“En el principio ya existía la Palabra.
 La Palabra estaba con Dios,
 y Dios mismo era la Palabra.
 La Palabra estaba en el principio con Dios.
 Por ella fueron hechas todas las cosas.
 Sin ella nada fue hecho
 de lo que ha sido hecho.
 En ella estaba la vida,
 y la vida era la luz de la humanidad.
 La luz resplandece en las tinieblas,
 y las tinieblas no prevalecieron contra ella” (JN. 1:1-5).

UNA FUERTE TORMENTA PUEDE SER ATERRADORA, y una tormenta que ocurre en la oscuridad aun todavía más. Un apagón sumerge las casas o un pueblo entero en la oscuridad. Con la noche viene un temor por lo desconocido, no el temor infantil de un monstruo en el armario, sino un temor real y razonable de seres queridos perdidos, saqueos o derrumbes. En esa clase de oscuridad, aun la luz más pequeña puede hacer una diferencia: una vela, una linterna, tal vez las luces de un vehículo de rescate. La luz significa esperanza.

Dios creó la luz. Él habló y la luz fue creada en el primer día de la creación. Por supuesto Él sabía lo que nosotros habíamos aprendido en nuestra experiencia en la oscuridad, “Dios vio que la luz era buena”(GN. 1:4). Dios separó la luz de las tinieblas, estableciendo un orden para la noche y el día. El nuevo mundo creado fue sumergido en una nueva clase de oscuridad, no la apacible y restauradora oscuridad de la noche de Dios, sino una cortina pesada de pecado y muerte generada por la rebelión humana en contra del Creador. La oscuridad del pecado era un lugar para esconderse: “Pero los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas”(JN. 3:19).

Dios amaba al mundo que había creado así que envió la luz, esta vez en la persona de Su Hijo, el verbo hecho carne. Jesús es vida y luz. Él dijo de sí mismo: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”(JN. 8:12). Jesús descendió a nuestra oscuridad y, por un corto tiempo, permitió que la oscuridad tomara ventaja. En la noche en que fue entregado, sabiendo que la oscuridad pronto lo abrumaría, Jesús oró en angustia y finalmente entregándose a la voluntad de Su Padre. Jesús les dijo a los que esa noche lo vinieron a arrestar, “Esta es la hora de ustedes, la hora del poder de las tinieblas”(LUC. 22:53). Jesús llevó la pesada carga de la oscuridad del mundo, la oscuridad de nuestro pecado en su propio cuerpo en la cruz. Murió en la oscuridad que la luz del sol no pudo disipar y fue sellado en una tumba. Por un

tiempo, la oscuridad se tragó a nuestro Salvador, pero Jesús es la luz que ninguna oscuridad puede vencer. En la temprana luz de la mañana, su tumba fue encontrada abierta y vacía. ¡La luz del mundo se ha levantado de entre los muertos! En Él la promesa de que Dios “destruirá ... el velo que envuelve a todas las naciones. Dios el Señor destruirá a la muerte para siempre” (Is. 25:7-8), se ha cumplido.

Luz significa esperanza y Jesús es la luz que ninguna oscuridad, temor o pérdida puede vencer. Para Él, “la oscuridad no es oscura” y “la noche es como el día” (SAL. 139:12). Jesús es la luz que siempre está presente con nosotros en Su Palabra y en Su cuerpo y sangre, dado y derramada para el perdón de nuestros pecados. Un día nos sacará de este mundo todavía lleno de oscuridad a la luz eterna de Su presencia, donde “no volverá a haber noche” (Ap. 22:5).

ORACIÓN

Señor Jesús, cuando la oscuridad de cualquier clase amenaza vencerme, preséntate con la luz de Tu amor, perdón y esperanza. Permite que tu luz brille a través de mí, con resplandor creciente para que yo pueda traer consuelo y esperanza a los que sufren en la oscuridad del pecado, la aflicción o desastre. Consuélame con una esperanza certera de vida eterna en la luz de tu presencia. Amén.

HIMNO

Mi mano ten, Señor, pues yo soy débil,
Sin Ti no puedo riesgos afrontar;
Tenla, Señor: mi vida el gozo llene
Al verme libre así de todo azar.

Mi mano ten: mi senda es tenebrosa
Si no la alumbra tu radiante faz;
Por fe si alcanzo a percibir tu gloria,
¡Cuán grande gozo! ¡Cuán profunda paz! Amén.

(“Mi mano ten, Señor, pues yo soy débil,” CC 273, est. 1, 3)

Letra y música de dominio público.

RESCATADO

“¿Hasta cuándo, Señor?
 ¿Hasta cuándo me ocultarás tu rostro?
 ¿Te olvidarás de mí para siempre?
 ¿Hasta cuándo debo estar angustiado,
 y andar triste todo el día?
 ¿Hasta cuándo mi adversario me dominará?
 Señor y Dios mío, mírame y respóndeme;
 ilumina mis ojos, y manténme con vida.
 Que no diga mi adversario que logró vencerme.
 ¡Se burlará de mí si acaso caigo!
 Yo confío en tu misericordia;
 mi corazón se alegra en tu salvación.
 Te cantaré salmos, Señor,
 porque tú siempre buscas mi bien” (SALMO 13).

¿PUEDE DIOS OLVIDARTE? ¿Puede Dios olvidar cualquier cosa o a cualquiera? David está seguro que Dios ha hecho eso. Él pregunta, “¿Cuánto tiempo, Oh Señor? ¿Te olvidarás de mí para siempre?” El salmista está vencido por la tristeza. Él tiene enemigos que están listos para regocijarse de sus fracasos, tal vez listos para celebrar su muerte. ¿Dónde está Dios? ¿Por qué no hace algo? ¿Por qué no viene a rescatarme?

Hay muchos relatos en la biblia describiendo cómo Dios rescató a Su pueblo. Él escuchó sus frenéticas oraciones y los liberó. Atrapado entre el mar Rojo y el ejército del faraón, “el pueblo de Israel clamó al SEÑOR” (ÉX. 14:10). Dios partió las aguas para dejar escapar a Su pueblo, y envió al mar de regreso para barrer a los enemigos de Israel. El fiel Daniel fue lanzado al foso de los leones, pero Dios “envió a su ángel a cerrar las bocas de los leones” (DN. 6:22). Cuando una tormenta amenazó a los discípulos, Jesús, dormido en la barca, despertó y ordenó al viento y al mar “¡Silencio! ¡A callar!” (MAR. 4:39).

En este salmo no hay informe de rescate divino. Por lo que sabemos, los enemigos de David no son destruidos. Parece no haber respuesta de Dios para aliviar la aflicción de David. Ningún ángel aparece en un sueño para ofrecer dirección. El rostro del Señor permanece oculto. ¿Se ha olvidado Dios? No, el Señor no se ha olvidado de su siervo, y David sabe esto porque (David) no lo ha olvidado. El salmista ha confiado en el inquebrantable amor del Señor en el pasado, y puede igualmente confiar en ese firme amor ahora. El Señor lo había bendecido antes, así que David estaba listo una vez más con un canto de alabanza.

¿Se ha olvidado el Señor de ti? ¿Ha volteado Su rostro de tu aflicción? Él no lo ha hecho, La escritura nos dice, “¡nunca su

misericordia se ha agotado!” (LAM. 3:22). El inquebrantable amor en el cual David confiaba permanece inquebrantable para ti el día de hoy. Otro salmo expresa una oración y una misión de rescate pasada: “en mi angustia, Señor, a ti clamé; ... ¡me libró de los poderosos enemigos que me odiaban y eran más fuertes que yo!” (SAL. 18:6, 17).

Sin embargo, en el largo registro de rescates exitosos de Dios, hay un evento en el cual no hubo rescate. El no falló; no hizo ni siquiera el intento cuando Dios vio a Su propio Hijo clavado en la cruz por los pecados del mundo; por tus pecados. Los enemigos de Jesús se burlaron de él diciendo: “Ya que Él confió en Dios, pues que Dios lo libre ahora, si lo quiere” (MAT. 27:43). Dios no liberó a Su Hijo de la cruz, para que, por medio de la muerte y resurrección de Jesús, nosotros fuéramos liberados. Liberados de nuestros enemigos que siempre intentarán dominarnos: el pecado, la muerte y el diablo. Seguros en tan inquebrantable amor, podemos decir junto con el apóstol Pablo: “Y el Señor me librará de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial” (2 TIM. 4:18).

ORACIÓN

Dios todopoderoso, cuando estoy tentado a dudar de tu inquebrantable amor, guíame a ver los rescates registrados en tu Santa Palabra. Tú escuchaste las oraciones de tus santos y los salvaste, y por medio del regalo de tu Hijo, mi salvador Jesucristo, me has rescatado del pecado, la muerte y el diablo y me has traído seguro a tu reino celestial. Amén.

HIMNO

Según tu dicho y voluntad
Que en gratitud oí,
Me acordaré, mi Redentor,
Me acordaré de Ti.

Me acordaré de tu dolor,
Y de tu amor por mí;
Y mientras viva, ¡oh Señor!,
Me acordaré de Ti.

Y cuando desfallezca al fin
Y llegue a sucumbir,
Jesús, que en gloria eterna estás,
Acuérdate de mí.

(“Según tu dicho y voluntad,” CC 125, est. 1, 5, 6)
Letra y música de dominio público.

LA ESPERANZA RESTAURADA

“Ese mismo día, dos de ellos iban de camino a una aldea llamada Emaús, que distaba de Jerusalén sesenta estadios. Iban hablando de todo lo que había sucedido, y mientras hablaban y discutían entre sí, Jesús mismo se acercó y los iba acompañando. Pero ellos no lo reconocieron, y es que parecían tener vendados los ojos. Se veían tan tristes que Jesús les preguntó: ‘¿De qué tanto hablan ustedes?’ Uno de ellos, que se llamaba Cleofas, le respondió: ‘¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha sucedido en estos días?’ ‘¿Y qué ha sucedido?’ preguntó Jesús. Y ellos le respondieron: ‘Lo de Jesús de Nazaret, que ante Dios y ante todo el pueblo era un profeta poderoso en hechos y en palabra. Pero los principales sacerdotes y nuestros gobernantes lo entregaron para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros teníamos la esperanza de que él habría de redimir a Israel. Sin embargo, ya van tres días de que todo esto pasó. Aunque también nos han dejado asombrados algunas mujeres de entre nosotros, que fueron al sepulcro antes de que amaneciera. Como no hallaron el cuerpo, han venido a decirnos que tuvieron una visión, en la que unos ángeles les dijeron que él vive. Algunos de los nuestros fueron al sepulcro, y encontraron todo tal y como las mujeres lo dijeron, pero a él no lo vieron.’ Entonces Jesús les dijo: ‘¡Ay, insensatos! ¡Cómo es lento su corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿Acaso no era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, antes de entrar en su gloria?’ Y partiendo de Moisés, y siguiendo por todos los profetas, comenzó a explicarles todos los pasajes de las Escrituras que hablaban de él” (LUC. 24:13-27).

NOS AFERRAMOS A LA ESPERANZA TANTO COMO PODEMOS Y POR CUÁNTO SEA POSIBLE. Pero a veces nuestra esperanza es barrida por un repentino giro de los acontecimientos, un desastre personal o natural o, si se prolonga demasiado, la esperanza simplemente se escabulle. Dos de los seguidores de Jesús, caminando hacia la aldea de Emaús en la tarde del primer Viernes Santo, habían perdido rápida e inesperadamente la esperanza. Ellos creyeron en Jesús. Escucharon sus enseñanzas y fueron testigos de sus milagros. Escucharon el testimonio de los demás de lo que Jesús había dicho y hecho. Estos dos estaban seguros de que Él era el tan esperado Salvador, el Mesías de Israel. Pero ahora estaba muerto y sepultado y su esperanza estaba sepultada con Él, “Teníamos la esperanza de que Él era el que iba a redimir a Israel.”

Entonces, mientras iban por el camino, el Señor resucitado, irreconocible, se les unió. Oye como ellos discuten los sucesos

alrededor de su muerte y resurrección. Jesús escucha la historia de la esperanza perdida y después les cuenta su historia. Todo lo que le había sucedido se había desenvuelto exactamente como Dios lo había planeado, exactamente como las Escrituras lo habían predicho. Finalmente, después de oír la historia de su salvación, los dos asombrados viajeros reconocieron a Jesús en el partimiento del pan. ¡La desesperanza estuvo frente a frente con la esperanza viviente!

Podemos perder la esperanza tan fácilmente como los dos discípulos del camino a Emaús. En las tragedias personales que nos tocan de cerca, o en los desastres con un alcance más amplio, nosotros podemos reaccionar como esos discípulos lo hicieron: “Teníamos la esperanza de que la tormenta pasaría lejos de nosotros, que nuestro ser querido se recuperaría o que tan terrible tragedia nunca sucedería aquí.” Como los viajeros de Emaús podríamos ensayar y repetir los terribles acontecimientos, incluso preguntándonos que podríamos haber hecho de diferente manera, o que hubiéramos hecho o dicho. La esperanza se nos escabulle para ser reemplazada por arrepentimiento y duda.

En nuestra desesperanza, como lo hizo con sus dos seguidores en ese triste caminar, Jesús camina con nosotros, sin ser visto, pero presente. Así como Dios se estaba moviendo y reinando en las trágicas circunstancias del sufrimiento y muerte de nuestro Salvador, así Él se mueve y reina de formas más allá de nuestro entendimiento, a través de los trágicos acontecimientos que soportamos. Así como Jesús explicó las Escrituras a sus compañeros viajeros, así está presente entre nosotros con el consuelo y el aliento de su Palabra. Así como fue reconocido en Emaús en el partimiento del pan, Él viene a nosotros en el pan y el vino que es su cuerpo y sangre en su santa cena.

El Salvador resucitado le dijo a sus dos seguidores que era necesario que Él sufriera y muriera para entrar a su gloria. Él sufrió y murió en nuestro lugar, tomando nuestros pecados sobre sí mismo. Se levantó en gloria para vencer por nosotros al máximo desastre de la muerte y eterna separación de Dios. Resucitó para darnos esperanza, “a una esperanza viva ... una herencia incorruptible, incontaminada e imperecedera reservada en los cielos para nosotros” (1 PE. 1:3-4). Las esperanzas terrenales pueden ser destrozadas, pero la esperanza que Jesús trae nunca se desvanece. Es una esperanza que nunca nos decepcionará.

ORACIÓN

Señor Jesús, cuando mis esperanzas terrenales son destrozadas, fortaléceme con las promesas de tu Palabra y con el perdón dado en tu santa cena. Consuélame y anímame con la esperanza eterna encontrada solamente en tu redentora muerte y resurrección. Sé que tu esperanza nunca me decepcionará. Amén.

HIMNO

No temas ya, pues Dios está a tu lado,
Soporta con paciencia tu aflicción;
Deja al señor que supla lo anhelado,
Él vencerá la cruel persecución.

No temas ya, Jesús no te abandona
Cuando los hombres te hagan padecer;
Cuando pecares, tu Dios te perdona,
Y te precave luego de caer.

No temas, mi alma, si el combate es rudo,
Levanta dignamente tu pendón;
En Cristo encuentras protección y escudo,
En la Escritura Santa, inspiración.

(“No temas ya, pues Dios está a tu lado,” CC 274)

Letra y música de dominio público.



ORA ASÍ

“Cuando ustedes oren, no sean repetitivos, como los paganos, que piensan que por hablar mucho serán escuchados. No sean como ellos, porque su Padre ya sabe de lo que ustedes tienen necesidad, antes de que ustedes le pidan. Por eso, ustedes deben orar así:

‘Padre nuestro, que estás en los cielos,
santificado sea tu nombre.

Venga tu reino.

Hágase tu voluntad,

en la tierra como en el cielo.

El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.

Perdónanos nuestras deudas,

como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.

No nos metas en tentación,

sino líbranos del mal” (MAT. 6:7-13).

CUANDO NO PODEMOS PENSAR NADA QUE DECIR, cuando nos quedamos sin palabras, tenemos las palabras que Jesús nos enseñó. El Padrenuestro aborda todas nuestras necesidades del cuerpo y el alma, aun en las circunstancias más terribles y desesperadas.

En la oración de Jesús, glorificamos el nombre de nuestro Padre, pidiendo que sea considerado santo, aun en medio de la dificultad que soportamos. Jesús les enseñó a sus discípulos a no tener ansiedad, sino más bien: “Buscad el reino de Dios” (MAT. 6:33). Y en esta oración buscamos justamente eso, pidiendo que el reino de Dios venga. Oramos: “Hágase tu voluntad aquí en la tierra como en el cielo.” Anhelamos a los santos ángeles, quienes ciertamente hacen la voluntad de Dios en el cielo, para protegernos en nuestras circunstancias terrenales. En todas las circunstancias, confiamos en la buena y perfecta voluntad de nuestro Padre. En la oración de Jesús pedimos nuestro “pan de cada día,” una petición que incluye todas nuestras necesidades físicas de alimentos, albergue, seguridad y sanidad. Le pedimos a Dios que perdone nuestros pecados, incluyendo nuestros pecados de egoísmo, culpa e infidelidad; esta es también una petición que nos recuerda de perdonar a los demás, así como nosotros hemos sido perdonados. Oramos, “No nos dejes caer en tentación,” para que no seamos víctimas de los esfuerzos de Satanás para llevarnos a la desesperación sin fe.

La última petición es una que podemos encontrarnos orando una y otra vez, suplicándole a nuestro Padre celestial que “nos libre del mal”. Es una petición completa y finalmente contestada en la obra de nuestro Salvador Jesucristo, quien con su muerte y resurrección nos libró del tremendo mal del pecado, la muerte y el diablo, y del mal final de la muerte eterna y la separación de la presencia de Dios.

Conforme oramos la oración que Él nos enseñó, recordamos que Jesús mismo encarna sus palabras. Orar su oración es involucrarnos a nosotros mismos en las palabras y la obra de Jesús. Él es el único Hijo del Padre, quien santificó y glorificó el nombre de su Padre en todo lo que hizo. El reino viene con Jesús, y en su vida, muerte y resurrección, la voluntad del Padre fue perfectamente realizada en la tierra. Jesús mismo es nuestro diario pan, el pan de vida, que nos nutre y sostiene en Palabra y sacramento. Sólo por medio de su sacrificio en la cruz nuestros pecados son perdonados, perdón que nos es dado por medio del poder de Su Espíritu, y que es para compartir. Por nosotros Jesús superó la tentación en nuestro lugar. Él nos ha librado de todo mal que amenace con separarnos de Su amor.

La última petición, “Porque tuyo es el reino y el poder y la gloria por los siglos de los siglos,” no se encuentra en la Escritura. Esta gozosa respuesta fue añadida en los primeros siglos de la iglesia. Son palabras que rememoran las de las cortes celestiales, exclamadas por aquellos que han sido liberados de todo mal de cuerpo y alma, “A nuestro Dios sean dadas la bendición y la gloria, la sabiduría y la acción de gracias, y la honra, el poder y la fortaleza, por los siglos de los siglos. ¡Amén!” (Ap. 7:12).

ORACIÓN

Padre nuestro, que estas en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. No nos metas en tentación, sino líbranos del mal. Porque tuyo es el reino, el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén.

HIMNO

¡Oh, que amigo nos es Cristo!

Él llevó nuestro dolor,

Y nos manda que llevemos

Todo a Dios en oración.

¿Vive el hombre desprovisto

De paz, gozo y santo amor?

Esto es porque no llevamos

Todo a Dios en oración.

¿Vives débil y cargado

De cuidados y temor?

A Jesús, refugio eterno,

Dile todo en oración.

¿Te desprecian tus amigos?

Dilo a Cristo en oración;

En sus brazos gozo tierno

Hallará tu corazón.

Jesucristo es nuestro amigo:
De esto pruebas Él nos dio
Al sufrir el cruel castigo
Que el culpable mereció.
Y su pueblo redimido
Hallará seguridad,
Fiando en este amigo eterno
Y esperando en su bondad.

(“¡Oh, qué amigo nos es Cristo!” CC 251)

Letra y música de dominio público.



SACRIFICIO

“Porque Cristo no entró en el santuario hecho por los hombres, el cual era un mero reflejo del verdadero, sino que entró en el cielo mismo para presentarse ahora ante Dios en favor de nosotros. Y no entró para ofrecerse muchas veces, como el sumo sacerdote, que cada año entra en el Lugar Santísimo con sangre ajena. Si así fuera, Cristo habría tenido que morir muchas veces desde la creación del mundo; pero ahora, al final de los tiempos, se presentó una sola vez y para siempre, y se ofreció a sí mismo como sacrificio para quitar el pecado. Y así como está establecido que los hombres mueran una sola vez, y después venga el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; pero aparecerá por segunda vez, ya sin relación con el pecado, para salvar a los que lo esperan” (HEB. 9:24-28).

EN MUCHOS, O TAL VEZ EN TODOS LOS DESASTRES Y TRAGEDIAS PERSONALES HAY SACRIFICIO. Hay, por supuesto, la pérdida de casa o posesiones, y aun la vida. Pero en tales circunstancias, las personas involucradas pueden voluntariamente arriesgar sus vidas e incluso sacrificarse por los demás. Un esposo pierde su vida en el intento de proteger a su esposa y familia. Una madre muere protegiendo a sus hijos de una tormenta, incluso los niños han tratado de proteger a sus hermanos y hermanas.

Más familiares son las historias de sacrificio de parte del personal de emergencia. A través de tormentas y sus secuelas, entre montones de escombros o violentas inundaciones, los rescatistas arriesgan sus vidas y seguridad, no por los seres queridos, sino por los extraños. Conforme oramos por nuestra propia seguridad y por la de aquellos que amamos, también oramos por aquellos que su tarea es salvar vidas y traer auxilio a otros.

Sacrificios tales como estos, voluntarios y desinteresados, hechos por el bien de los demás, son una imagen del sacrificio único que nos proveyó un rescate eterno. En la tormenta del pecado y muerte eterna que cayó sobre nosotros, no había refugio, ningún lugar seguro para esconderse. Jesús nuestro Señor, quien calmó la tormenta en el mar de Galilea, no calmó esta mortal tormenta o huyó de ella. Por nosotros, en nuestro lugar, caminó por los vientos y las olas abrumadoras del pecado y muerte. Él permitió que esa tormenta cayera sobre Sí, para que le hiciera lo peor, “Los lazos de la muerte me envolvieron, y me angustié al verme tan cerca del sepulcro; mi vida era de angustia, y de aflicción constante” (SAL. 116:3). No hubo rescate para Él mientras la tormenta de la muerte y el pecado lo aplastaban.

Sin embargo, hubo un rescate por nosotros. En un sacrificio voluntario, Jesús tomó sobre sí la pena de muerte que nosotros merecíamos por nuestros pecados. Entonces, en el tercer día

después de su muerte, Jesús resucitó. El Señor del viento y de las olas estaba al mando, “Yo pongo mi vida para volver a tomarla” (JN. 10:17). Las tormentas terrenales pueden dañarnos y arrebatarnos propiedades y posesiones, pero la tormenta eterna de la muerte ha sido despojada de todo poder sobre nosotros. A través de la muerte y resurrección de Jesús, por medio de la fe en su nombre, tenemos perdón para nuestros pecados, la esperanza certera de vida y refugio eterno en Su presencia.

Como un pueblo redimido, somos llamados a ofrecernos a nosotros mismos por los demás como nuestro Señor se ofreció a sí mismo por nosotros, “Así que, hermanos, yo les ruego por las misericordias de Dios, que se presenten ustedes mismos como un sacrificio vivo, santo y agradable a Dios. ¡Así es como se debe adorar a Dios!” (ROM. 12:1). Aun aquellos que han experimentado pérdida pueden sacrificar de lo suyo para ayudar al prójimo en necesidad, compartiendo la comida, albergue o el consuelo que puedan. Hay un sacrificio voluntario que todos estamos en condiciones de compartir. Clamando a Dios en medio de una pérdida o aliviados porque un desastre no nos tocó, todos nosotros podemos ofrecer un sacrificio de oración por los demás. “¡Recibe mi oración como ofrenda de incienso, y mis manos levantadas como ofrenda de la tarde!” (SAL. 141:2).

ORACIÓN

Señor Jesús, por tu muerte y resurrección Tú nos rescataste de la mortal tormenta del pecado y muerte. En ti tenemos la promesa de refugio en tu presencia, ahora y por toda la eternidad. Cúbrenos siempre con tu poderoso poder para que nuestra fe no titubee, sin importar que tan fuerte sean las tormentas que nos asaltan. Fortalécenos por medio de Tu Palabra y santa cena para que nosotros podamos ayudar a otros en necesidad y ofrecer en nombre de ellos, el sacrificio de oración en Tu nombre. Amén.

HIMNO

Que mi vida entera esté
 Consagrada a Ti, Señor;
 Que a mis manos pueda guiar
 El impulso de tu amor.

Que mis pies tan sólo en pos
 De lo santo puedan ir;
 Y que a Ti, Señor, mi voz
 Se complazca en bendecir.

Toma, ¡oh Dios!, mi voluntad,
 Y hazla tuya nada más;
 Toma, sí, mi corazón
 Y tu trono en Él tendrás. Amén.

(“Que mi vida entera esté,” CC 255, est. 1, 2, 5)

Letra y música de dominio público.

VENGAN A MÍ

“En ese momento, Jesús dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque estas cosas las escondiste de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó. El Padre me ha entregado todas las cosas, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar. Vengan a mí todos ustedes, los agotados de tanto trabajar, que yo los haré descansar. Lleven mi yugo sobre ustedes, y aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallarán descanso para su alma; porque mi yugo es fácil, y mi carga es liviana” (MAT. 11:25-30).

T RAGEDIAS PERSONALES Y DESASTRES NATURALES IGUALMENTE COBRAN UN PRECIO PERSONAL.

En cuerpo, mente y alma, hay un precio a pagar. Adrenalina corre a través de nuestros cuerpos en una crisis, dejándonos sacudidos y exhaustos. Temor y ansiedad vacían nuestras emociones. Entonces, una vez que el desastre ha pasado, comienza el trabajo — arduo trabajo.

Se brinda ayuda y se prestan primeros auxilios. Sigue la limpieza. Los escombros deben ser removidos. Esfuerzos de rescate y recuperación se extienden por horas, días y semanas de ansiedad y esperanza. Tratar de recuperar unas pocas y preciosas posesiones que quedaron. Formularios de gobierno y compañías de seguro deben ser clasificados. Limpiar, empacar y mudarse es lo que podría seguir. ¿Qué se puede rescatar? Aun en los desastres de naturaleza más personal, tal vez una enfermedad o muerte en la familia, el dolor sólo es agotador. Después están aquellos detalles necesarios y las decisiones acerca de servicios fúnebres, finanzas, seguros, posesiones; cada pequeño paso es un doloroso recuerdo de la pérdida.

Con el agotamiento físico, mental y emocional puede venir también una especie de vacío espiritual. No la duda en realidad, pero tal vez el sentimiento de no tener palabras incluso para orar, como que no hubiera nada que decir. Sin embargo, hay algo más que decir y, en el centro de nuestro agotamiento está parado Jesús con las palabras exactas. Su invitación y su promesa son lo que necesitamos escuchar: “Vengan a mí ... y los haré descansar.”

Jesús es tierno y humilde. No es demandante. Él da de sí mismo. Él no nos carga con trabajo o culpa. Con Jesús no hay, “¡Haz esto! ¡Haz aquello! ¡Solamente está el deseo de bendecirte!” El yugo de fe, el arnés que nos une a Él, es fácil porque no depende de lo que hagamos. Es un regalo, un don creado por el Espíritu Santo. Es una carga de fidelidad, de vivir en santidad, que es liviana porque Jesús la lleva por nosotros y en nosotros. Jesús quita de tus hombros la carga del pecado y de la culpa. Quitá de ti la catarata de preguntas y dudas, “¿Podría haber

hecho más?” “Si tan sólo hubiera llegado a tiempo ...” “¿Por qué Dios no hizo algo?” Dios ha hecho algo: tomó el peso de nuestra culpa y vergüenza y la colocó en Su Hijo. Llevando el horrible peso de nuestros pecados y los pecados de todo el mundo, Jesús fue clavado en la cruz. El murió en nuestro lugar y resucitó para liberarnos. La pesada carga del pecado quedó atrás, en la cruz y en su tumba vacía.

Nuestro Señor crucificado y resucitado nos alimenta con su Palabra su cuerpo y su sangre en la santa comunión. Su perdón nos restaura. Su Espíritu nos inunda con vida y fortaleza. Vivimos aún rodeados por tormentas y pérdida, en la esperanza del descanso por venir. Dios descansó de su obra de creación y bendijo el día de reposo. En el día de reposo, nuestro Señor descansó muerto en la tumba, completando su obra salvadora. Así que para nosotros también: “... queda un reposo para el pueblo de Dios” (HEB. 4:9). Entonces vendrá el despertar a un gozo sin fin y la invitación de nuestro Señor, “Vengan a Mí.”

ORACIÓN

Señor Jesús, cuando estamos agotados por los acontecimientos de la vida, consuélanos y llénanos con fortaleza para continuar con la obra que queda por delante. Cuando estamos agobiados por el pecado, envuélvenos con tu perdón y descanso. Guíanos a encontrar alivio en tu Palabra y sacramento, para que podamos compartir con los demás el consuelo y la esperanza que tenemos en ti. Amén.

HIMNO

Ven, alma que lloras,
Ven al Salvador;
En tus tristes horas
Dile tu dolor.
Ven, dile tu duelo;
Ven tal como estás;
Habla sin recelo
Y no llores más.

Ven y di al cansado
Que acepte la cruz;
Guía al angustiado
Hacia el buen Jesús;
La bendita nueva
De celeste paz
A los tristes lleva,
Y no llores más.

Toda tu amargura
Dile a tu Señor,
Tu pena y tristura,
Engaños y error;
En su tierno seno
Descanso hallarás;
Ven, porque Él es bueno,
Y no llores más.

(“Ven, alma que lloras,” CC 204)
Letra y música de dominio público.

LLAMADO POR TU NOMBRE

“Así dice ahora el Señor, quien te creó y te formó:

‘No temas, Jacob, porque yo te redimí; yo te di tu nombre, Israel, y tú me perteneces. Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; cuando cruces los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni las llamas arderán en ti. Yo soy el Señor, tu Dios. Yo soy tu salvador, el Santo de Israel. Ya he pagado por tu rescate a Egipto, Etiopía y Seba ... Yo, y nadie más, soy el que borra tus rebeliones, porque así soy yo, y no volveré a acordarme de tus pecados’” (Is. 43:1-3, 25).

DIOS HIZO UN PACTO CON ABRAHAM, prometiéndole que de sus descendientes se levantaría una gran nación. De entre esos descendientes nacería el Mesías, el Salvador, quien sería una bendición para todas las naciones (GN. 12:3). Los descendientes de Abraham formaron el pueblo de Israel. Dios llamó a Israel por su nombre. Él los escogió, los creó para ser Su pueblo real y santo. Dios le dijo al pueblo de Israel “No temas”. Inundación o fuego, todo lo que ellos tuvieran que soportar, Dios lo caminaría con ellos. Él soportaría tiempos difíciles con ellos, no por algo que hayan hecho, no porque merecieran Su presencia, sino porque Dios los reclamó como Suyos.

Tal vez tú también has pasado por una inundación o un incendio, sufriendo a través de esos desastres u otras tragedias. No fuiste consumido totalmente, pero puedes haber sufrido una terrible pérdida. Aun así, como Dios prometió a su pueblo hace mucho tiempo, Él está contigo, soportando contigo. Estos desastres incluso no pueden aplastarte, quemarte o consumirte, porque Dios es “el Santo de Israel, tu Salvador.” Él te ha llamado por tu nombre. Te ha redimido y reclamado como Suyos.

En tu bautismo, Dios colocó su nombre sobre ti, “en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo,” y te reclamó como Su propiedad. Tú eres redimido, tus pecados lavados en la sangre de Jesús. Fuiste adoptado como hijo o hija de Dios. A ti el Salvador te dice, “¡No temas!” No tienes que temer, porque Jesús mismo pasó “por las aguas” por ti. Él soportó la devastadora y feroz inundación de dolor, sufrimiento y muerte, y lo hizo sólo, “Mi Dios, mi Dios, ¿por qué me has abandonado?” (MAT. 27:46).

Jesús cargó sobre sí la condenación que te habías ganado. Pasó por la inundación y el fuego y fue consumido, para que tú no fueras consumido eternamente por el fuego del infierno. Aun así, habiendo pasado por la violenta inundación, emergió victorioso, sobreponiéndose a todo, levantándose de la tumba. Así como Su muerte es tuya, su victoria también es tuya. Dios dijo: “Cuando pases por las aguas, estaré contigo.” Cuando pasaste por las aguas del bautismo, fuiste unido por el Espíritu y la Palabra con

Jesucristo, “Porque por el bautismo fuimos sepultados con Él en su muerte, para que, así como Cristo resucitó de los muertos para la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva. Porque si nos hemos unido a Cristo en su muerte, así también nos uniremos a Él en su resurrección” (ROM. 6:4-5). Lo que sea que tú pases, lo que tengas que soportar, finalmente no te podrá consumir, porque Jesús, que ya ha superado todo esto, está contigo.

ORACIÓN

Padre celestial, Tú me llamaste a ser tu hijo en el santo bautismo. Me has redimido y me has llamado por nombre. Cuando tenga que soportar días y noches difíciles, cuando pase por la inundación y el fuego, quédate conmigo. Sostenme y anímame por medio de tu Palabra y por medio del consuelo de mis hermanos y hermanas en Cristo. Escucha mi oración por amor a Jesús mi Señor, quien dio su vida por mí. Amén.

HIMNO

A toda gente bautizar
Mandaste Tú, Señor Jesús,
En nombre de la Trinidad,
Y así buscar tu santa luz.

Raudal de gracia de mi Dios,
Tú eres vivo manantial,
Do lava el hombre su maldad,
Entrando al reino celestial.

(“A toda gente bautizar,” CC 440, est. 1-2)
Letra y música de dominio público.

UN LUGAR DESOLADO

“Muy de mañana, cuando todavía estaba muy oscuro, Jesús se levantó y se fue a un lugar apartado para orar. Simón y los que estaban con Él comenzaron a buscarlo, y cuando lo encontraron le dijeron: ‘Todos te están buscando.’ Él les dijo: ‘Vayamos a las aldeas vecinas, para que también allí predique, porque para esto he venido.’ Y Jesús recorrió toda Galilea; predicaba en las sinagogas y expulsaba demonios” (MAR. 1:35-39).

DURANTE SU MINISTERIO TERRENAL, después de largos y ocupados días enseñando y sanando, Jesús solía apartarse de las multitudes por un rato para orar. Temprano en la mañana o durante toda la noche, buscaría un lugar desolado, un lugar para estar solo con su Padre celestial. Renovado por la oración y descubierto por sus discípulos que lo buscaban, una vez más retomaría su trabajo de proclamar el reino de Dios.

Como nuestro Señor, nosotros también a veces nos encontramos en lugares desolados, pero puede no ser un lugar escogido por nosotros. Este lugar desolado puede ser exactamente eso, desolado, un lugar devastado, abandonado por haber sido destruido por una tormenta, inundación o incendio. El lugar desolado puede no ser un lugar físico. Podemos estar envueltos en otra clase de desolación, un vacío y oculto lugar en nuestro interior, lleno de temor, dolor, soledad o lamento. Sin embargo, vacío y sin alegría, sea un lugar físico o interno en nosotros, es un lugar para hacer lo que Jesús hizo allí—orar. Aunque el lugar en nuestro mundo o en nuestros corazones, puede parecer desolado y solitario, no es realmente del todo desolado. Así como el Padre estaba presente en la desolación, escuchando a las oraciones de Su Hijo, por medio de la fe en el nombre de Jesús podemos estar confiados en que nuestro Padre celestial también escucha nuestras oraciones aun en tal desierto.

“Por lo tanto, acerquémonos confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para cuando necesitamos ayuda” (HEB. 4:16). Nos acercamos al trono de la gracia confiadamente porque nuestro Salvador soportó por nosotros un lugar desolado como ningún otro lugar. Inocente de todo pecado, tomó nuestro pecado y culpa y lo llevó en su propio cuerpo a la cruz. Clavado en ese sombrío lugar de muerte, fue abandonado por sus amigos y ridiculizado por sus enemigos. Incluso su Padre celestial, quien tantas veces lo había encontrado en muchos otros lugares solitarios, abandonó a su Hijo al sufrimiento y muerte. Jesús en ese lugar solitario, sufrió la justa pena por los pecados del mundo, por nuestros pecados.

Jesús también oró allí, en ese oscuro y cruel lugar de ejecución afuera de Jerusalén. No sabemos todo lo que le dijo a su Padre en las oraciones temprano en la mañana, pero conocemos sus oraciones en la cruz. Rogó a su Padre que perdonara a aquellos que habían llevado a cabo su ejecución, que les perdonara los pecados a quienes lo pusieron allí, “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (LUC. 23:43). El clamor desde la desolación de su corazón: “¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?” (MAT. 27:46). Por último, con la obra de salvación terminada, la deuda de nuestros pecados pagada, con una esperanza cierta en la vida y resurrección venidera, Jesús oró: “¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!” (LUC. 23:46).

Esa es también nuestra oración, en un lugar desolado, en todo lugar. Es una oración de confianza y verdadera esperanza, “En tus manos encomiendo mi espíritu; ¡ponme a salvo, ¡Señor, Dios de la verdad!” (SAL. 31:5).

ORACIÓN

Señor Jesús, por nosotros sufriste la desolación de la cruz. Quédate con nosotros cuando estamos solos y con temor, en un lugar real de desolación o en un lugar solitario dentro de nosotros mismos. Nútrenos y fortalécenos con tu Palabra y Espíritu. Escucha nuestras oraciones y consuélanos, para que nosotros podamos compartir tu consuelo y esperanza con los demás en necesidad. Amén.

HIMNO

Hay un lugar do quiero estar
Muy cerca de mi Redentor;
Allí podré yo descansar
Al fiel amparo de su amor.

Muy cerca de mi Redentor
Seguro asilo encontraré;
Me guardará del tentador
Y allí ya nada temeré.

Quitarme el mundo no podrá
La paz que halló mi corazón:
Jesús amante me dará
La más segura protección.

Ni dudas ni temor tendré
Estando cerca de Jesús;
Cercado siempre me veré
De los fulgores de su luz.

(“Hay un lugar do quiero estar,” CC 241)

Letra y música de dominio público.

TORMENTA

“Ese mismo día, al caer la noche, Jesús les dijo a sus discípulos: ‘Pasemos al otro lado.’ Despidió a la multitud, y partieron con Él en la barca donde estaba. También otras barcas lo acompañaron. Pero se levantó una gran tempestad con vientos, de tal manera que las olas azotaban la barca y ésta estaba por inundarse. Jesús estaba en la popa, y dormía sobre una almohada. Lo despertaron y le dijeron: ‘¡Maestro! ¿Acaso no te importa que estamos por naufragar?’ Jesús se levantó y reprendió al viento, y dijo a las aguas: ‘¡Silencio! ¡A callar!’ Y el viento se calmó, y todo quedó en completa calma. A sus discípulos les dijo: ‘¿Por qué tienen tanto miedo? ¿Cómo es que no tienen fe?’ Ellos estaban muy asustados, y se decían unos a otros: ‘¿Quién es éste, que hasta el viento y las aguas lo obedecen?’” (MAR. 4:35-41).

SABEMOS Y CREEMOS QUE DIOS NOS AMA Y QUE EN CRISTO NOS DA PAZ. Pero cuando la tragedia nos alcanza, cuando estamos llenos de pesar y temor, podemos olvidarlo. ¿Paz? No es posible, pensamos, en realidad ahora no, quizás nunca.

Los discípulos sabían acerca de la paz y el poder de Jesús. Es decir, ellos lo sabían hasta que lo olvidaron. Después de un día de enseñanza y sanidades, Jesús y sus discípulos cruzaron el mar de Galilea. En una tormenta repentina, el viento silbaba alrededor de ellos y la barca comenzó a llenarse de agua. El salmo 107 describe una escena similar: “Se levantaban hacia el cielo, o se hundían en el mar; y ellos se desanimaban y temblaban de miedo. Inseguros, daban traspiés, como ebrios; ¡de nada servía toda su pericia!” (SAL. 107:26-27). ¿Dónde estaba Jesús? ¿Por qué no los rescató? Jesús estaba allí todo el tiempo, dormido atrás en la barca. Los discípulos lo despertaron y le hicieron la frenética pregunta que nosotros podríamos haberle hecho, “¿No te importa que vayamos a morir?”

Jesús se despertó y mando al viento y al agua: “¡Paz! ¡Quédense quietos!” El salmo continúa, “Pero en su angustia clamaron al Señor y Él los libró de su aflicción: convirtió la tempestad en bonanza y apaciguó las amenazantes olas. Ante esa calma, sonrieron felices porque Él los lleva a puerto seguro” (SAL. 107:28-30). A Jesús le importaba y Él estaba allí en la barca sacudida por la tormenta con sus discípulos. También nosotros le preguntamos a Jesús, “¿Te importa? ¿Dónde estás? La respuesta es la misma para nosotros, así como fue para los discípulos. A Jesús le importa. Él está con nosotros en nuestra barca sacudida por la tormenta de terror y pena. Como los atemorizados discípulos buscaron a su dormido Señor,

nosotros también lo buscamos, en oración desesperada. Jesús está presente con nosotros. Él está al mando de las tormentas que nos amenazan.

La paz se encuentra en Jesús. La tormenta sucedió; la barca de los discípulos se llenó. Jesús no retrocedió el reloj para deshacer la tormenta. En una aterrorizada y desesperada oración, los discípulos lo encontraron y como el salmista dice, “Los lleva a puerto seguro.” Jesús habló su Palabra de paz y llevó a sus atemorizados discípulos a un puerto seguro y de paz. “La paz les dejo,” Jesús dijo, “Mi paz les doy; yo no la doy como el mundo la da. No dejen que su corazón se turbe y tenga miedo”(Jn. 14:27). La paz del mundo depende de las circunstancias, o mejor dicho, la ausencia de esas circunstancias: no guerra, no tormentas, no enfermedades, no violencia o maldad. La paz de Jesús no se encuentra en el conjunto adecuado de eventos. Su paz se encuentra en su perdón, su poder y su presencia, aquí mismo, ahora, donde sea que estamos, sin importar que tan alarmantes sean los acontecimientos que nos rodean. Él nos hablará en su Palabra y por su Espíritu nos concederá su paz.

ORACIÓN

Señor Jesús, Tú rescataste a tus discípulos en la amenazadora tormenta. Quédate con nosotros en cada tormenta de la vida que nos atemoriza. Cuando te llamamos, escucha nuestras oraciones. Perdona nuestros pecados y por medio de tu Palabra y tu santa cena, llénanos con la paz que solo Tú puedes dar. Amén.

HIMNO

Paz, dulce paz, que brota de la cruz:
Nos brinda paz la sangre de Jesús.

Paz, dulce paz: ¿hay penas y dolor?
Descanso y paz tendréis en el Señor

Paz, dulce paz: ¿hay muerte en derredor?
Jesús venció la muerte y su terror.

Paz, dulce paz: en cuanto al porvenir
Nos guía Cristo y guarda hasta el morir.

(“Paz, dulce paz, que brota de la cruz,” CC 275, est. 1, 3, 5-6)

Letra y música de dominio público.

AGUIJONES Y DEBILIDAD

“Y para que no me exaltara demasiado por la grandeza de las revelaciones, se me clavó un aguijón en el cuerpo, un mensajero de Satanás, para que me abofetee y no deje que yo me enaltezca. Tres veces le he rogado al Señor que me lo quite, pero él me ha dicho: ‘Con mi gracia tienes más que suficiente, porque mi poder se perfecciona en la debilidad.’ Por eso, con mucho gusto habré de jactarme en mis debilidades, para que el poder de Cristo repose en mí. Por eso, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en las afrentas, en las necesidades, en las persecuciones y en las angustias; porque mi debilidad es mi fuerza” (2 COR. 12:7-10).

A LLAMAR A PABLO A SU SERVICIO, EL SEÑOR DIJO: “Yo le voy a mostrar todo lo que tiene que sufrir por causa de mi nombre” (HCH. 9:16). Y Pablo si sufrió, “Cinco veces he recibido de los judíos treinta y nueve azotes; tres veces he sido azotado con varas; una vez he sido apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar. Son muchas las veces que he estado de viaje corriendo peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de mi propia gente, peligros de los no judíos, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos. He pasado por muchos trabajos y fatigas; muchas veces me he quedado sin dormir; he padecido hambre y sed; muchas veces no he comido; y he pasado frío y desnudez. Además de todo esto, lo que cada día pesa sobre mí es la preocupación por todas las iglesias” (2 COR. 11:24-28).

Golpeado, injustamente encarcelado, apedreado y dado por muerto, náufrago, sufriendo de hambre, con frío y preocupación por las iglesias que servía; Pablo estaba muy familiarizado con los desastres. También padeció una muy personal y constante fuente de tormento, su aguijón en la carne. El aguijón podría haber sido problemas de salud tales como epilepsia, malaria o un problema con su vista, o tal vez la persecución que sufrió. Pablo dijo que el Señor permitió esta aflicción para impedir el orgullo por las muchas revelaciones divinas que el apóstol había recibido. Había un propósito en ello, sin embargo, Pablo suplicó al Señor, como todos lo hacemos cuando estamos dolidos, para que le remueva el doloroso aguijón.

Sin embargo, el aguijón permaneció. La respuesta del Señor no se trataba de Pablo. Era acerca de lo que el Señor había hecho y continuó haciendo por su sufriente apóstol, “Mi gracia es suficiente para ti, porque mi poder se hace perfecto en la debilidad. “Mi gracia. Mi Poder. Dios nos ha dado lo que necesitamos por encima de todo; perdón y vida eterna, dones dados gratuitamente por gracia a través de la fe en Jesucristo. Ningún desastre, dolor, tragedia o pena pueden quitarnos esos dones. Tenemos esos dones porque el poder de Dios se hizo

perfecto en la debilidad. Su poder fue revelado, su voluntad realizada — en la debilidad. El poderoso poder de Dios fue revelado en la debilidad de un indefenso, recién nacido infante, en un pesebre en Belén. Su poder estaba en exhibición en la débil, sufriente, víctima inocente clavada en una cruz fuera de los muros de Jerusalén, una víctima coronada con espinas. El incrédulo mundo ve a la cruz y ve solamente derrota y debilidad, una pérdida, no una victoria. Nosotros quienes confiamos en Cristo vemos la cruz y lo que vemos allí es salvación. Durante largos días y aún más largas noches de dolor y pena, encuentras paz no en tu fortaleza o en tu habilidad para aguantar la situación, sino en la gracia y debilidad de Jesús, quien sufrió, murió y triunfó sobre la muerte por ti. Cuanto tú estás débil, Dios, quien conoce la debilidad del pesebre y de la cruz, está contigo y trae su gracia, su fuerza y su paz.

ORACIÓN

Señor Jesús, cuando los agujones que encontramos en la vida nos traen dolor y pena, vuelve nuestros corazones a la debilidad y el triunfo de la cruz. Ayúdanos por tu Espíritu a confiar en Ti en todas las circunstancias, sabiendo que tu gracia es suficiente para nosotros porque tu poder fue revelado en la debilidad del pesebre y de la cruz. Amén.

HIMNO

Confía tu camino,
 Tu pena y tu dolor
 A tu Señor divino,
 Del mundo el Creador.
 El que a los orbes rige
 Con gloria y majestad,
 Él mismo te dirige
 Por sendas de verdad.

Constante en Dios confía,
 Y en paz podrás vivir:
 Su obrar será tu guía
 Por siempre en tu existir.
 Con penas y amargura,
 Con tu propia aflicción
 No lograrás ventura,
 Mas sí con oración.

Su voluntad impera;
 Todo en su mano está;
 Su acción es gracia entera;
 Radiante luz, su andar.
 Jamás su brazo siente
 Fatigas al actuar:
 Así tú, fiel creyente,
 Al fin podrás triunfar.

(“Confía tu camino,” CC 270, est. 1–3)

Letra y música de dominio público.

EL PASTOR

“El Señor es mi pastor; nada me falta.
 En campos de verdes pastos me hace descansar;
 me lleva a arroyos de aguas tranquilas.
 Me infunde nuevas fuerzas
 y me guía por el camino correcto,
 para hacer honor a su nombre.
 Aunque deba yo pasar por el valle más sombrío,
 no temo sufrir daño alguno, porque tú estás conmigo;
 con tu vara de pastor me infundes nuevo aliento.
 Me preparas un banquete
 a la vista de mis adversarios;
 derramas perfume sobre mi cabeza
 y me colmas de bendiciones.
 Sé que tu bondad y tu misericordia
 me acompañarán todos los días de mi vida,
 y que en tu casa, oh Señor, viviré por largos días” (SALMO 23).

EL PUEBLO DE DIOS HA VENIDO ORANDO ESTOS TESOROS DE PALABRAS, “El Señor es mi pastor,” y aferrándose a ellas en los tiempos de dificultad, desde el día en que David el “dulce salmista de Israel” (2 SM. 23:1) fue inspirado por el Espíritu Santo para componerlos. El salmo a menudo es usado en la adoración, pero los santos también recitan sus palabras de memoria en los lugares oscuros, en situaciones aterradoras y durante un largo y vacío trecho de pesar y pérdida. Es un salmo de consuelo, esperanza y confianza, es el salmo de un pastor, pero tal vez se describe mejor como la oración confiada de una oveja.

El Señor es mi pastor. Las ovejas no necesitan nada, porque el pastor cuida de sus ovejas, su precioso pueblo, y les provee todo lo que necesitan. Las ovejas saben que están seguras a su cuidado. Este pastor les provee buenos pastos para nutrir las y aguas de reposo para satisfacer su sed. Él las guía por sendas de justicia. Nosotros somos las ovejas en este salmo, y seguimos los pasos de Jesús, nuestro pastor.

Hay tiempos inquietantes cuando el rebaño debe viajar por sendas que pasan a través del valle de sombra y de muerte. Ese valle de sombra nos amenaza, pero caminamos a través de él con seguridad, no solamente porque nuestro pastor camina con nosotros sino porque Él ya pasó por ahí y salió victorioso al otro lado. Nosotros estábamos perdidos, extraviados en el pecado, como lo hacen las ovejas. Nuestro pastor, con cada uno de sus pensamientos dedicados a nuestras necesidades y cuidado, vino a encontrarnos. Él caminó al valle de muerte, poniendo su vida en la cruz, tomando esas sombras de muerte en sí mismo. Él se levantó de los muertos, liberado de las sombras que son

sólo eso, sombras, y que ya no tienen ningún poder sobre Él — o sobre nosotros.

Nuestro buen pastor unge sus preciosas ovejas con agua y Palabra en el bautismo, como si fuera aceite sanador, y llama a cada uno por su nombre. Nuestro pastor crucificado y resucitado prepara una mesa delante de nosotros en presencia de nuestros enemigos. Rodeados por la maldad y la violencia del mundo, y en la cara de Satanás, nuestro pastor nos sirve su propio cuerpo y sangre, dado y derramada para el perdón de nuestros pecados.

Sea lo que soportemos, cualquiera sean los amenazantes peligros que nos rodeen, no son lobos los que nos siguen mientras caminamos al cuidado de nuestro pastor; son Su gracia y misericordia las que nos siguen todos los días hasta la eternidad. La promesa para las ovejas, descansa firmemente en la muerte y resurrección de Jesús nuestro pastor, y es nuestra, “Moraré en la casa del Señor por siempre. “El buen pastor, cuando sea el tiempo correcto, nos juntará en su redil para vivir eternamente en su presencia. Hasta ese gran día, estamos seguros en el cuidado de nuestro pastor, “Mis ovejas, oyen mi voz; y yo las conozco, y ellas me siguen. Y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano” (Jn. 10:27–28).

ORACIÓN

Señor Jesús, mi pastor, Tú diste tu vida para salvarme. Guíame de forma segura a través de las amenazantes sombras que me rodean. Nutre mi fe con tu Palabra y santa cena. Sostenme firmemente en tu cicatrizada mano y tráeme de forma segura a tu eterna presencia. Amén.

HIMNO

Jesús es mi pastor,
 Conmigo está;
 Nada con mi Señor
 Me faltará;
 En él confiaré
 De todo corazón,
 Y por él venceré
 La tentación.

Él es mi dulce luz,
 Mi salvación;
 En la sangrienta cruz
 Logré perdón.
 Allí por mí murió,
 Por mí, vil pecador;
 Mis culpas Él pagó;
 ¡Gloria al Señor!

(“Jesús es mi pastor,” CC 242, est. 1–2)

Letra y música de dominio público.

EN DIOS CONFÍO

“Dios mío, ten misericordia de mí,
 porque hay gente capaz de devorarme.
 Todo el tiempo me oprimen y me combaten;
 todo el tiempo mis enemigos me pisotean;
 ¡son muchos los soberbios que me atacan!
 Pero yo, cuando tengo miedo, confío en ti.
 Confío en ti, mi Dios, y alabo tu palabra;
 confío en ti, mi Dios, y no tengo miedo;
 ¿Qué puede hacerme un simple mortal? ...
 Tú llevas la cuenta de mis huidas;
 tú has puesto mis lágrimas en tu redoma;
 más bien, las has anotado en tu libro.
 El día que yo te pida ayuda
 mis enemigos serán puestos en fuga,
 pues yo sé que tú, mi Dios, estás de mi parte.
 Dios mío, en ti confío y alabo tu palabra;
 Señor, en ti confío y alabo tu palabra.
 Confío en ti, mi Dios, y no tengo miedo;
 ¿qué me puede hacer un simple mortal?” (SAL. 56:1-4, 8-11).

**MUCHOS DESASTRES SON EVENTOS NATURALES
 COMO LAS TORMENTAS,** inundaciones o incendios
 forestales. Otras tragedias son causadas por el hombre,
 aunque involuntarias, como los accidentes de tráfico o fuegos
 descuidadamente manejados. Circunstancias de guerra, violencia
 y robo son causadas por el hombre e intencionales, son momentos
 en que nos unimos al salmista cuando suplica por ayuda. Los
 atacantes nos oprimen. Los enemigos nos pisotean. “Tengo temor.”

Sin embargo, hay más que decir, “Cuando tengo temor, pongo
 mi confianza en Ti.” Es una oración, un lema de toda la vida con
 palabras a las cuales nos aferramos, como lo hace el salmista:
 “En Dios confío; no temeré.” Ya sea natural u ocasionado por el
 hombre, intencional o accidental, Dios conoce nuestro dolor. Él
 sabía de nuestras lágrimas antes de que nuestros ojos se llenaran
 de ellas, “todos los días de mi vida ya estaban en tu libro; antes de
 que me formaras, los anotaste, y no faltó uno solo de ellos” (SAL.
 139:16). Dios está vigilando y podemos estar seguros de que Él está
 de nuestro lado. “Esto sé, que Dios está conmigo.

Hay dificultades a nuestro alrededor. Hay personas que quieren
 hacernos daño; hay personas que nos han hecho daño. ¿Está Dios
 con nosotros? ¿Cómo lo sabemos? El Dios en quien confiamos,
 el Dios cuya palabra alabamos, sabe lo que es estar pisoteado y
 atacado por enemigos. Jesús, Dios en la carne, fue traicionado y
 entregado a sus atacantes. “¿Qué me puede hacer la carne?” Los
 enemigos de Jesús le hicieron lo peor. Fue condenado a muerte,
 golpeado, ridiculizado y clavado en una cruz como un criminal.
 Desde la cruz Jesús oró las palabras de otro salmo: “Dios mío,

Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (SAL. 22:1). Tal vez oró el resto del salmo con palabras que mostraron su confianza en Dios y Su actuar a través de la historia de Su pueblo: “Nuestros padres confiaron en Ti; en Ti confiaron, y Tú los libraste. A Ti clamaron, y fueron librados; en Ti confiaron, y no quedaron en vergüenza” (SAL. 22:4-5).

Por amor a nosotros, y confiando en Su Padre celestial, Jesús dió su vida para pagar el castigo que nosotros merecíamos por nuestros pecados. Así como Dios registró nuestros días en su libro, todo lo que le sucedió a Jesús estaba escrito “antes de la fundación del mundo”(1 PE. 1:20), en el libro de Dios sobre los días de Su Hijo. Aunque los enemigos de Jesús se habían burlado de su confianza: “Este puso su confianza en el Señor, ¡pues que el Señor lo salve! ¡Que venga el Señor a libarlo, ya que en Él se complacía!” (SAL. 22:8), Dios libró de la muerte al Hijo en quien se complacía. Su libro de los días registró los eventos que ocurrieron solo tres días más tarde, cuando Jesús el amado Hijo de Dios nuestro Salvador, se levantó de la muerte victorioso.

En el bautismo somos unidos a Jesús. Su libro de los días se vuelve nuestro libro de los días. En Él triunfamos sobre nuestros enemigos del pecado, muerte y el diablo, enemigos que Jesús ha pisoteado bajo sus pies. Arrepentidos y confiados, diariamente morimos al pecado y resucitamos a una nueva vida. Nuestros enemigos retrocedieron. “En Dios confío; no temeré. ¿Qué me puede hacer el hombre?”

ORACIÓN

Dios todopoderoso, cuando tengo miedo, confié en ti. Alabo tu Palabra y conozco las promesas de tu inquebrantable amor. Tú has registrado todos mis días y mis lágrimas en tu libro. Vigílate y tráeme seguro a través de cada ataque de mis enemigos hasta que Tu libro de mi vida se abra en su último y sin final capítulo. Escucha mi oración por amor a Jesús, quien ha escrito mi nombre en Su libro de la vida. Amén.

HIMNO

Confío yo en Cristo
 Que en una cruz murió;
 Por esa muerte limpio
 De culpas quedo yo.
 Con sangre tan preciosa
 Me lava el Redentor:
 La derramó copiosa
 Por mí el buen Salvador.

Me cubre su justicia
De plena perfección;
Jesús es mi delicia;
Jesús, mi salvación.
¡Oh Cristo! En Ti descanso,
Reposo me darás;
Seguro voy marchando
Al cielo donde estás.

(“Confío yo en Cristo,” CC 223, est. 1–2)
Letra y música de dominio público.



BEATI QUI AD COENAM NUP...

ALLELUIA QUONIAM REGNUS DEUS NOSTER

EN LAS PROFUNDIDADES

“¿Qué otro Dios hay como tú, que perdona la maldad y olvida el pecado del remanente de su pueblo? Tú no guardas el enojo todo el tiempo, porque te deleitas en la misericordia. Tú volverás a tener misericordia de nosotros, sepultarás nuestras iniquidades, y arrojarás al mar profundo todos nuestros pecados” (MI. 7:18-19).

GENERALMENTE PENSAMOS EN LOS DESASTRES COMO EVENTOS QUE, aunque tienen un impacto en nuestras vidas, suceden fuera de nosotros, cosas tales como tormentas o inundaciones. Estos sucesos atemorizantes dejan una terrible destrucción, pero finalmente siguen su curso. Los cielos se aclaran, los ríos retroceden. Pero hay tragedias que vivimos dentro de nosotros mismos, tales como nuestro propio pecado y culpa, nuestros remordimientos y dudas sobre nuestros propios fracasos. Estos desastres personales internos pueden continuar por un largo tiempo, trayendo su propia clase de destrucción invisible. No podemos fácilmente olvidarlos; de hecho, podemos pasar mucho tiempo dándole vueltas, “¿Puede Dios perdonarme? ¿Merezco ser perdonado? Tal vez yo he traído estos desastres, la enfermedad o la pérdida, sobre mí. Dios debe estar juzgándome por mi pecado.”

Dios te ha juzgado por tu pecado. Ese juicio fue decretado y la pena cumplida 2000 años atrás en una cruz a las afueras de Jerusalén. Jesús, el propio Hijo de Dios y nuestro Salvador, “Él mismo llevó en su cuerpo nuestros pecados al madero, para que nosotros, muertos ya al pecado, vivamos para la justicia. Por sus heridas fueron ustedes sanados” (1 PE. 2:24). Como el profeta Miqueas dijo: “Tú no guardas el enojo todo el tiempo, porque te deleitas en la misericordia”. Jesús sufrió en nuestro lugar, soportando la ira de Dios contra el pecado, tomando sobre Sí el castigo por nuestros pecados. La deuda del pecado que tú debías, la deuda que tú nunca podrías pagar, es una deuda que Dios pagó, “clavándola a la cruz” (COL. 2:14). En el perdón ganado por la muerte y resurrección de Su Hijo, Él ha “tirado todos nuestros pecados a las profundidades del mar.” Jesús fue condenado y tú eres declarado inocente. Por amor a Jesús, Dios ha removido tus pecados tan lejos de su presencia como si esos pecados hubieran sido tirados a las más profundas fosas del océano, removidas para siempre de su vista. Jesús se levantó de los muertos, venciendo al pecado, la muerte y el diablo para que tú un día resucites de los muertos para vivir en su presencia por siempre. Nuestro Señor dijo, “De cierto, de cierto les digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no será condenado, sino que ha pasado de muerte a vida” (JN. 5:24).

Nuestras vidas están manchadas por el pecado, y vivimos en un mundo caído y manchado por el pecado. Cuando fallamos y caemos, como lo hacemos a diario, no necesitamos recordar interminablemente esos pecados. Por medio de su Espíritu y su Palabra, Dios trae nuestros corazones al arrepentimiento. Escuchamos el perdón hablado en la Palabra de Dios y recibimos y probamos ese perdón en el cuerpo y la sangre de Jesús, dado y derramada por nosotros. Dios ha removido tus pecados de su vista. No los recuerda, y no quiere que tú los recuerdes tampoco. Dios se deleita en el amor constante, y tus pecados se han ido para siempre, perdidos en las profundidades del océano de su perdón.

ORACIÓN

Señor Jesús, durante tu ministerio terrenal, Tú calmaste tormentas y sanaste a los enfermos. Hiciste que el sordo oyera y diste vista al ciego. Cuando estoy perdido en un desastre ocasionado por mí mismo, perdido en la oscuridad de mi pecado, a través del poder de tu Espíritu restitúyeme la bendita visión de tu amor y perdón. Llévame al arrepentimiento y echa mis pecados lejos de tu vista. Amén.

HIMNO

Lejos de mi Padre Dios
 Por Jesús fui hallado;
 Por su gracia y por su amor
 Sólo fui salvado. **Coro**

Coro

En Jesús, mi Señor,
 Es mi gloria eterna;
 Él me amó y me salvó
 Por su gracia tierna.

En Jesús, mi Salvador,
 Pongo mi confianza;
 Toda mi necesidad
 Suple en abundancia. **Coro**

Cerca de mi buen Pastor
 Vivo cada día;
 Toda gracia en su Señor
 Halla el alma mía. **Coro**

(“Lejos de mi Padre Dios,” CC 245, est. 1–3)

Letra y música de dominio público.

DEJAD QUE LOS NIÑOS VENGAN

“Llevaron unos niños a Jesús para que los tocara, pero los discípulos reprendieron a quienes los habían llevado. Al ver esto, Jesús se indignó y les dijo: ‘Dejen que los niños se acerquen a mí. No se lo impidan, porque el reino de Dios es de los que son como ellos. De cierto les digo que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él.’ Entonces Jesús tomó a los niños en sus brazos, puso sus manos sobre ellos, y los bendijo” (MAR. 10:13-16).

PODRÍA SER DIFÍCIL IMAGINAR A CUALQUIER SEGUIDOR DE JESÚS tratando de mantener a personas alejadas de Él, pero a veces sus discípulos, demasiado celosos en su deseo de proteger a su Señor, hicieron exactamente eso. Los discípulos una vez sugirieron, después de un largo día de enseñanza y sanidades, que Jesús debía despedir a las multitudes con hambre (MAT. 14:15). Cuando una mujer clamó a Jesús por ayuda, los discípulos se quejaron: “Despídela, pues viene gritando detrás de nosotros” (MAT. 15:23). La reacción de los discípulos no fue en realidad una sorpresa al ver a los padres amontonándose alrededor de Jesús trayendo a sus hijos para recibir una bendición. “Los discípulos los reprendieron, “y trataron de alejar a los niños de Jesús.”

Los niños necesitan a Jesús. Especialmente en tiempos aterradores e inciertos ellos necesitan saber que su amigo y salvador los sostiene en sus brazos para bendecirlos y protegerlos. Los niños pueden estar preocupados por los eventos que ven en las noticias o las historias que escuchan cuando los adultos discuten los sucesos del momento. ¡Cuánto más aterradoras son las tormentas y los terremotos o la violencia que los toca personalmente! En todo momento, y especialmente en tiempos de temor, las pequeñas ovejas del Salvador necesitan saber que su pastor las cuida.

Dirigiéndose a sus discípulos y a todos nosotros, adultos preocupados y quizás igualmente asustados, Jesús dice: “Dejad que los niños vengan a mí; y no los estorbéis, porque de ellos es el reino de Dios.” Los niños necesitan saber que Jesús ha prometido, “Estoy con ustedes siempre,” y que Él siempre cumple sus promesas. Ellos son hijos del rey y ellos viven dentro de su reino, rodeados siempre por su amor y poder.

Jesús su rey sabe que es estar herido, como sus hijos están heridos, porque murió en la cruz para quitar sus pecados. Pero el poder de Jesús es más grande que cualquier tormenta, más grande que cualquier mal, más grande que la muerte, y Él volvió a vivir para guardar y guiar a sus hijos por siempre. En Jesús, los hijos de Dios, de todas las edades, tienen la certera y segura promesa del perdón de sus pecados y la garantía de vida

eterna en su presencia. Como el discípulo Pedro lo dijo en su sermón en el día de pentecostés: “Porque la promesa es para ustedes y para sus hijos, para todos los que están lejos, y para todos aquellos a quienes el Señor nuestro Dios llame” (Hch. 2:39). Jesús llama a sus hijos, jóvenes y adultos, en días de paz y en días de terror, reuniéndolos a salvo entre sus brazos para bendecirlos. Jesús es el rey cuyo reino pertenece incluso a los más pequeños súbditos. Él es el tierno pastor que cuida de sus corderos, como seguramente cuida de sus ovejas adultas, “Cuidará de su rebaño como un pastor; en sus brazos, junto a su pecho, llevará a los corderos, y guiará con suavidad a las ovejas recién paridas” (Is. 40:11).

ORACIÓN

Jesús, nuestro amigo y rey, así como una vez recibiste a los niños en Tu presencia, rodea a tus hijos ahora, jóvenes y adultos, con tu amor y tu cuidado. Buen pastor, vigila y protege a tus corderos adultos y tus ovejas jóvenes y mantennos seguros en tus amorosos brazos. Amén.

HIMNO

Cristo a los niños quiere;
 Los redimió también;
 Él tierno los abraza
 Y les enseña el bien. **Coro**

Coro

A los niños quiere
 Cristo el bendito Señor;
 Con sus caricias y dones
 Siempre les da su amor.

Cuando vivió en el mundo,
 Los niños Él buscó,
 Y en sus pequeñas frentes
 Las manos colocó. **Coro**

Cristo a los niños quiere;
 Son de su grey también;
 Y les ofrece dones:
 Él es su amigo fiel. **Coro**

(“Cristo a los niños quiere,” CC 374)
 Letra y música de dominio público.

EN CONTROL

“Porque un niño nos ha nacido, ¡un hijo nos ha sido concedido! Sobre sus hombros llevará el principado, y su nombre será ‘Consejero admirable’, ‘Dios fuerte’, ‘Padre Eterno’ y ‘Príncipe de paz’. La extensión de su imperio y la paz en Él no tendrán límite. Reinará sobre el trono de David y sobre su reino, y lo afirmará y confirmará en la justicia y el derecho, desde ahora y para siempre. Esto lo hará el cielo del Señor de los ejércitos” (Is. 9:6-7).

NOS GUSTA ESTAR EN CONTROL, EN CASA, en el trabajo y en la mayoría de las situaciones. Por lo menos nos gusta dar la apariencia de estar en control. En la enfermedad propia o la de un miembro de la familia, en un desastre natural o en la terrible violencia, perdemos el control. Parece como que nadie lo tiene y todo está fuera de control. No podemos comprender todos los eventos y traer todo bajo nuestro mando.

Cuando las circunstancias están fuera de control, es tiempo de reconocer quién es el que está en control, quién comanda todo; Jesús nuestro Señor, quien después de su resurrección dijo: “Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra” (MAT. 28:18). Esta autoridad fue predicha por el profeta Isaías siglos antes del nacimiento del Señor en Belén. Este grandioso Señor vendría a nosotros, no como una figura poderosa y autoritaria, sino como un niño pequeño, un hijo. Su poder gobernante aumentaría sin fin. Su trono y reino permanecería a través del tiempo y la eternidad.

Los cuatro nombres dados a este todopoderoso Hijo nos muestran quién es Él y el alcance de su control. Es el Consejero admirable, cuya sabiduría reina sobre todas las cosas. El Dios todopoderoso que con su Palabra hizo la creación y aun gobierna sobre ella. Él es el Padre eterno que cuida de los hijos que ha reunido para Sí. Este niño, este Hijo, es nuestro Señor Jesucristo, el príncipe de paz. Su control no es el dominante, exigente y amenazador gobierno de un tirano terrenal. Es el príncipe de paz, que calmó las tormentas con una Palabra, que desterró la enfermedad, la ceguera y ordenó incluso a la muerte liberar a sus víctimas.

El control de Jesús, Su autoridad, Su paz, fueron posibles porque voluntariamente renunció a todo control. Se sometió a Sí mismo a la tormenta del mal que lo asaltó, y por un momento lo venció. Jesús, nuestro príncipe de paz, se sacrificó a Sí mismo por nosotros para pagar por nuestros pecados, por nuestro deseo de arrebatarnos el control a nuestro Creador. En Jesucristo, Dios estaba reconciliando este mundo fuera de control para Sí mismo, “haciendo la paz mediante la sangre de su cruz” (COL. 1:20). Jesús cedió todo el control, obediente a Su Padre celestial hasta la muerte. Resucitado al tercer día, Jesús fue exaltado a una posición de autoridad sobre todas las cosas.

Necesitamos, en tiempos de prueba, manejar muchas situaciones difíciles, buscando protección, organizando el rescate y reconstrucción. Sin embargo, no importa cuánto deseamos estar en control, especialmente en circunstancias fuera de control, es Jesús nuestro Señor y salvador quien está verdaderamente en control de la situación. Él es el Consejero admirable, quien nos da la sabiduría que necesitamos para manejar las dificultades que enfrentamos. Él es el Dios todopoderoso, que calma las tormentas de temor dentro de nosotros. Es el Padre eterno quien guarda, a sus preciosos hijos, cerca de sí mismo. Aun cuando sientes que todo está fuera de tu control, todo está bajo control bajo el reinado poderoso y apacible del príncipe de paz.

ORACIÓN

Jesús, príncipe de paz, reina en nuestros corazones todo el tiempo especialmente durante las situaciones aterradoras y preocupantes que enfrentamos. Perdónanos cuando nos alejamos de ti y escuchamos a las tentaciones del mundo y seguimos nuestros propios deseos egoístas. Ten misericordia de nosotros, y danos paz, no control. Amén.

HIMNO

Cristo, mi piloto sé
 En el tempestuoso mar;
 Fieras ondas mi bajel
 Van hacerlo zozobrar,
 Mas si Tú conmigo vas
 Pronto al puerto llegaré;
 Carta y brújula hallo en Ti:
 Cristo, mi piloto sé.

Todo agita el huracán
 Con indómito furor,
 Mas los vientos cesarán
 Al mandato de su voz;
 Si Tú dices que haya paz,
 Cederá sumiso el mar.
 De las aguas, Tú, el Señor,
 Cual piloto me guiarás.

Cuando al fin cercano esté
 De la playa celestial,
 Si el abismo ruge aún
 Entre el puerto y mi bajel,
 Quiero oír tu voz decir
 En tu pecho al descansar:
 “Tu piloto siempre soy,
 Nada temas ya del mar.”

(“Cristo, mi piloto sé,” CC 158)

Letra y música de dominio público.

ORO PURO

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia y mediante la resurrección de Jesucristo nos ha hecho nacer de nuevo a una esperanza viva, para que recibamos una herencia incorruptible, incontaminada e imperecedera. Esta herencia les está reservada en los cielos a ustedes, que por medio de la fe son protegidos por el poder de Dios, para que alcancen la salvación, lista ya para manifestarse cuando llegue el momento final. Esto les causa gran regocijo, aun cuando les sea necesario soportar por algún tiempo diversas pruebas y aflicciones; pero cuando la fe de ustedes sea puesta a prueba, como el oro, habrá de manifestarse en alabanza, gloria y honra el día que Jesucristo se revele. El oro es percedero y, sin embargo, se prueba en el fuego; ¡y la fe de ustedes es mucho más preciosa que el oro! Ustedes aman a Jesucristo sin haberlo visto, y creen en Él aunque ahora no lo ven, y se alegran con gozo inefable y glorioso, porque están alcanzando la meta de su fe, que es la salvación” (1 PE. 1:3-9).

EN MOMENTOS DIFÍCILES PODEMOS HACER

PREGUNTAS COMO: “¿Por qué me está sucediendo esto? ¿Hay alguna razón para todo esto? Nunca podremos en este lado de la eternidad tener las respuestas que queremos. Los propósitos de Dios están ocultos y no son para que los sepamos. Sin embargo, sabemos algo de la manera en que nuestro Padre celestial trabaja en nuestras vidas, “Ahora bien, sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman, es decir, de los que él ha llamado de acuerdo a su propósito” (ROM. 8:28). En todas las cosas, aun en circunstancias de la maldad humana, Dios obra para el bien de aquellos que lo aman. Lo hizo así en la vida de José, cuando él como flamante gobernador de Egipto se los explicó a sus hermanos que habían estado celosos: “Ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios cambió todo para bien, para hacer lo que hoy vemos, que es darle vida a mucha gente. Así que no tengan miedo. Yo les daré de comer a ustedes y a sus hijos” (GN. 50:20-21). Vendido a la esclavitud e injustamente encarcelado, José fue levantado por Dios a una posición de poder para así salvar a los hijos de Israel de la hambruna.

La Escritura nos da otros pocos ejemplos de los propósitos de Dios cuando obra en todas las cosas para conformarnos a la imagen de su Hijo (ROM. 8:29). En tiempos de prueba nuestro amoroso Padre “nos disciplina, pero lo hace para nuestro beneficio y para que participemos de su santidad” (HEB. 12:10). Nosotros “... también nos regocijamos en los sufrimientos, porque sabemos que los sufrimientos producen resistencia, la resistencia produce un carácter aprobado, y el carácter aprobado produce esperanza. Y esta esperanza no nos defrauda, porque

Dios ha derramado su amor en nuestro corazón por el Espíritu Santo que nos ha dado” (ROM. 5:3-5). Las dificultades que nos afligen prueban y refinan nuestra fe, como el oro es refinado por el fuego. Tal fe purificada y refinada, es más preciosa que el oro, y brillará aún más cuando compartamos la gloria de Cristo en el día que nuestro Señor regrese.

Esa preciosa fe fue creada dentro de nosotros cuando nacimos de nuevo por medio del agua y el Espíritu, nacidos de nuevo a una viva esperanza en el Señor vivo. Nuestros pecados son perdonados y tenemos la segura y cierta promesa de vida eterna. Ni sufrimiento, ni dificultades, ni aun la muerte misma puede quitarnos esta herencia. Esta herencia eterna es nuestra porque fue ganada para nosotros por Jesús, quien soportó pruebas y sufrimientos por nosotros. Fue abandonado por sus seguidores y traicionado en manos de sus enemigos. Fue condenado y crucificado, sufriendo el castigo por los pecados que nosotros cometimos. Aunque el mal estaba contra Él, Jesús fue entregado “conforme al plan determinado y el conocimiento anticipado de Dios” (HCH. 2:23). En y a través de la muerte y resurrección de nuestro Salvador, Dios estaba obrando para salvarnos. Jesús es la fuente de nuestra incorruptible, incontaminada e imperecedera herencia de la vida eterna, una herencia que ninguna tragedia terrenal nos puede quitar. Jesús es la razón de nuestra esperanza viva.

ORACIÓN

Padre celestial, podemos no saber la razón de las pruebas que Tu permites que nos vengan, pero confiamos que vas a obrar en ellas para nuestro bien como lo has prometido. Refina y fortalece nuestra fe para que Tu santo nombre sea glorificado en nuestras vidas mientras esperamos el cumplimiento de nuestra esperanza viva, la herencia de la vida eterna en el nombre de Jesús, quien fue entregado a la muerte y resucitó para salvarnos. Amén.

HIMNO

Señor, heme en tus manos, Dirígeme,
Y hasta el fin de mis años Mi guía sé.
Sin Ti ni un solo paso Quisiera dar;
Mi vida hasta su ocaso Te he de entregar.

Sostén con tu potencia Mi débil ser,
Y así paz de conciencia Podré tener;
Que siempre yo a tu lado Prefiera estar,
Y tu voz con agrado Cerca escuchar.

A Ti sea en el mundo Mi afán seguir;
A Ti, en amor profundo, Siempre servir.
Señor, heme en tus manos, Dirígeme,
Y hasta el fin de mis años Mi guía sé. Amén.

(“Señor, heme en tus manos,” CC 143)

Letra y música de dominio público.

PADRE, PERDÓNALOS

“Perdónanos nuestras deudas,
como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.
No nos metas en tentación,
sino líbranos del mal.

Si ustedes perdonan a los otros sus ofensas, también su Padre celestial los perdonará a ustedes. Pero si ustedes no perdonan a los otros sus ofensas, tampoco el Padre de ustedes les perdonará sus ofensas” (MAT. 6:12-15).

AVECES EL PELIGRO QUE TOCA NUESTRAS VIDAS ES CAUSADO POR LA NATURALEZA CON TORMENTAS, inundaciones y terremotos. Estos desastres suceden a medida que nuestro mundo se estremece y gime ante su inminente final (ROM. 8:22). Oramos que Dios nos proteja con su poder y que nuestro Señor venga pronto. Otros desastres que enfrentamos son más personales. Estos son tragedias creadas por el hombre como incendios intencionalmente ocasionados, robos, violencia y terror. Detrás de ellos hay un rostro, y tal vez incluso un nombre conocido.

Cuando hay un rostro humano detrás del desastre, conocido o desconocido, ¿cómo podemos perdonar el dolor y el daño causado? Jesús nos enseña a orar como que, si esa dificultosa tarea de perdonar fuera un hecho consumado, “Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.” La siguiente petición del Padre Nuestro apoya nuestra súplica de ayuda en la tarea a menudo desgarradora de perdonar; una tarea imposible por nosotros mismos. La oración de Jesús continúa, “No nos metas en tentación.” Oramos no ser tentados a odiar o buscar venganza. Pedimos no llegar a estar atrapados en pensamientos, palabras y acciones sin amor, con la esperanza de que algún mal caiga sobre quien nos lastimó o dañó a aquellos que amamos. No nos dejes ir por ese feo camino, oramos, un camino que cae directamente en los planes de Satanás. ¿Qué más puede querer nuestro enemigo que añadir daño sobre daño y odio sobre odio? A medida que continuamos en oración, pedimos ser rescatados de las mentiras y daño de Satanás, “Líbranos del mal.” Oramos ser librados, no solamente del gran mal causado a nosotros, sino ser librados del mal de nuestros propios deseos egoístas y pensamientos y acciones sin amor.

En esa súplica, “No nos metas en tentación,” también escuchamos la máxima respuesta a esa petición, una respuesta dada mucho tiempo atrás en la cruz. Jesús llevó los pecados del mundo en su cuerpo a la cruz, los pecados de aquellos que nos dañaron y nuestros pecados, incluyendo nuestros pensamientos sin amor y los deseos de venganza. Clavado a la cruz por clavos y por nuestros pecados, nuestro inocente salvador oró: “Padre,

perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Luc. 23:34). Su oración era por aquellos que lo condenaron y lo crucificaron. Su oración era por nosotros.

Esa oración desde la cruz fue contestada. A través de la muerte y resurrección de Jesús, nuestro Padre celestial nos ha perdonado. Solamente en el perdón que Dios nos da a nosotros podemos perdonar a los demás. A medida que vivimos en arrepentimiento por nuestros propios pecados y recibimos perdón, encontramos diaria sanidad en las llagas de Jesús, y sólo en esas llagas está la fuerza para perdonar. Podemos nunca ver o realmente saber quién nos causó daño. Aquellos que clavaron a Jesús en la cruz seguramente no estaban interesados en su perdón. No sabemos si alguna vez se arrepintieron, y sin embargo oró por ellos. El perdón que ofrecemos puede ocurrir sin verse o sin saberse, a distancia y en oración. Y si sucede que todavía no podemos conceder ese perdón, oramos otra vez para no ser metidos en tentación y que esa oración de Jesús desde la cruz por sus torturadores se haga nuestra.

ORACIÓN

Padre celestial, perdónanos nuestros pecados, así como nosotros perdonamos aquellos que han pecado contra nosotros. No nos metas en tentación, más líbranos del mal. Por el poder de tu Espíritu, por medio de la predicación y enseñanza de tu Palabra, toca la vida de aquellos que hacen mal y buscan dañar a los demás. Tráelos al arrepentimiento para que así también ellos conozcan el perdón ganado para ellos en la cruz. Por amor a Jesús, cuya sangre nos limpia de nuestros pecados, fortalécenos para perdonar y hacer nuestra Su oración. Amén.

HIMNO

Yo escucho, buen Jesús, Tu dulce voz de amor,
Que, desde el árbol de la cruz, Invita al pecador.
Yo soy pecador, Nada hay bueno en mí;
Ser objeto de tu amor Deseo, y vengo a Ti.

Tú ofreces el perdón De toda iniquidad,
Si arrepentido el corazón Implora tu piedad.
Yo soy pecador; Ten de mí piedad,
Quita todo mi dolor Y borra mi maldad.

Tú ofreces aumentar La fe del que creyó,
Y gracia sobre gracia dar A quien en Ti esperó.
Creo en Ti, Señor, Solo espero en Ti:
Haz que tu infinito amor Habite siempre en mí. Amén

(“Yo escucho, buen Jesús,” CC 411)

Letra y música de dominio público.

RECORDANDO

“Con mi voz clamé a Dios,
 A Dios clamé, y él me escuchó.
 Busqué al Señor cuando me vi angustiado;
 por las noches, sin cesar, a Él levanté mis manos;
 pues mi alma rehusaba ser consolada.
 Me acordé de Dios, y me sentí conmovido;
 al quejarme, mi ánimo decaía.
 Dios no me dejaba pegar los ojos;
 tan quebrantado estaba yo, que no podía hablar ...
 ¿Nos abandonará el Señor para siempre?
 ¿Acaso no volverá a tratarnos con bondad?
 ¿Se habrá agotado para siempre su misericordia?
 ¿Habrá puesto fin para siempre a su promesa?
 ¿Se habrá olvidado Dios de tener misericordia?
 ¿Habrá, en su enojo, puesto un límite a su piedad?”
 También me dije: ‘Debo estar enfermo.
 ¿Cómo puedo pensar que la diestra del Altísimo ha cambiado?
 Es mejor que haga memoria de las obras del Señor’
 Sí, haré memoria de tus maravillas de antaño;
 meditaré en todas tus obras,
 y proclamaré todos tus hechos.” (SAL. 77:1-4, 7-12).

N OSOTROS A VECES SOPORTAMOS NOCHES INQUIETAS SIN DORMIR, tal vez reproduciendo eventos y experiencias aterradoras y desastrosas en nuestras mentes. Esto puede ser un bucle o lazo interminable que no podemos apagar, no importa cuánto nos esforcemos. Pasamos la noche orando, pero no encontramos consuelo. Como el salmista, estamos tan perturbados que no podemos hablar. Tenemos las mismas preguntas hechas en el salmo. ¿Está Dios escuchando nuestras oraciones? Siempre hemos conocido al Dios amoroso ¿pero ahora de alguna manera se ha olvidado de ser amoroso? Sabemos que siempre cumple sus promesas, pero los eventos recientes nos dejan pensando, “¿Habrá puesto fin para siempre a Sus promesas?” Más personalmente, podemos incluso pensar, ¿Está Dios enojado conmigo? ¿Será por eso que estoy pasando por todo esto?

El inspirado salmista nos da las respuestas a sus propias preguntas, “Haré memoria de las obras del SEÑOR; si, haré memoria de tus obras de antaño. Meditaré en todas tus obras, y proclamaré todos tus hechos.” La respuesta a sus dudas y noches sin dormir se encuentra en la Palabra de Dios y en sus obras. Allí es donde nosotros también encontraremos la respuesta a nuestras dudas y noches sin dormir.

Seguramente recordamos cómo eran las cosas antes de las tragedias que cambiaron nuestras vidas y perturban nuestro sueño.

La vida era normal y ordinaria entonces, y deseamos en vano que las cosas sean otra vez como eran antes. Pero necesitamos ir más atrás para recordar las “maravillas de antaño” de Dios. Necesitamos regresar al tiempo antes del tiempo, antes que el mundo fuera creado, porque fue entonces cuando Dios nos escogió para que fuésemos de Él, “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en Cristo Jesús nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales. En Él, Dios nos escogió antes de la fundación del mundo, para que en su presencia seamos santos e intachables” (Ef. 1:3-4).

Desde antes de la creación, nuestro recuerdo avanza rápidamente a un establo en Belén y después a una cruz fuera de Jerusalén. Dios envió a su Hijo para que fuese nuestro salvador. En la cruz Jesús puso su vida por nosotros, tomando nuestros pecados sobre sí y sufriendo el castigo en nuestro lugar. Entonces recordamos los acontecimientos tres días después, cuando la tumba abierta y vacía reveló que Jesús se había levantado de entre los muertos. Nuestros recuerdos del pasado continúan hacia adelante al día cuando Dios nos adoptó como sus hijos en el bautismo. En ese día fuimos sepultados con Cristo y resucitados a una nueva vida en Él, una vida que continuará hasta la eternidad.

“¿Ha su misericordia cesado para siempre?” ¿Han cesado sus promesas para todos los tiempos? ¿Se ha olvidado Dios de ser bondadoso? Su misericordia no ha cesado, Él no se ha olvidado. Sus promesas para nosotros no cesaron en la fuente bautismal; eran sólo el comienzo. Las obras poderosas y las maravillas de Dios son mostradas para que las encontremos y recordemos su Palabra. Y si hubiera esas largas e inquietas noches cuando no podemos recordar sus promesas, Dios las recuerda.

ORACIÓN

Dios todopoderoso, cuando en días inquietos y noches de duda y temor nos olvidamos de tus obras y maravillas, vuelve nuestros corazones y mentes hacia tu Palabra. Guíanos por tu Espíritu a recordar tus poderosas obras para nuestra salvación. Sabemos, en Cristo, que tus promesas y tu misericordia nunca cesarán. Escucha nuestra oración en su santo Nombre. Amén.

HIMNO

¡Oh Padre de la humanidad!,
Escucha nuestra voz:
Perdona todo nuestro errar,
Renueva el ser y hazlo adorar
Con reverencia, ¡oh Dios!

Concede calma al corazón,
Quita el febril pensar;
Libera el alma de opresión,
Y a nuestra mente comprensión
De tu Palabra da.

Haz en nosotros reposar
Tu santa unción, Señor,
Y así podremos escuchar
En viento, cielo, tierra y mar
Tu dulce voz de amor. Amén.

(“¡Oh Padre de la humanidad!” CC 177, est. 1, 4, 5)

Letra y música de dominio público.



MIENTRAS LA TIERRA PERMANECE

“Noé edificó un altar al Señor y, tomando de todo animal limpio y de toda ave limpia, ofreció en el altar un holocausto. Al percibir el Señor ese grato olor, dijo en su corazón:

‘No volveré a maldecir la tierra por causa del hombre, porque desde su juventud las intenciones del corazón del hombre son malas. Y tampoco volveré a destruir a todo ser vivo, como lo he hecho. Mientras la tierra permanezca, no faltarán la sementera y la siega, ni el frío y el calor, ni el verano y el invierno, ni el día y la noche’” (GN. 8:20-22).

EN EL PERÍODO POSTERIOR A UNA DEVASTADORA TORMENTA, INUNDACIÓN O UN INCENDIO, la promesa de Dios a Noé parece difícil de creer. La vida diaria se trastorna, la propiedad es destruida, casas, posesiones y mucho más terrible, se pierden vidas. Nada jamás será igual. Pero aun después de tal destrucción, algunas cosas permanecerán sin cambiar. Las promesas de Dios, señaladas por su arco iris en un cielo claro, es segura: “Mientras la tierra permanezca, no faltarán la sementera y la siega, ni el frío y el calor, ni el verano ni el invierno, ni el día y la noche.” Dios estableció el orden de las estaciones. Él puso el sol, la luna y las estrellas en el cielo para “para que sirvan de señales para las estaciones, los días y los años” (GN. 1:14). En su ira y juicio contra el pecado humano, tormentas e inundaciones por un tiempo bloquearon la luz e interrumpieron el patrón de las estaciones. Cuando las aguas del diluvio retrocedieron, Dios prometió que nunca más “volvería a destruir a todo ser vivo.” Desde ese tiempo, el orden progresivo de las estaciones, la sementera y siega, los días y noches, no han cesado.

Tristemente, como lo experimentamos diariamente dentro de nosotros mismos y en otros seres humanos, la rebelión humana contra el Creador tampoco ha cesado. Es como Dios observó: “La intención del corazón del hombre es mala desde su juventud.” El pecado humano y la maldad es reflejada en el mundo creado a medida que también sufre bajo la maldición del pecado. Trágicos desastres naturales, aun cuando nunca más destruirán toda la vida en la tierra, aun así, interrumpen y destruyen. Pero la promesa de Dios permanece. La creación sigue adelante, así como Él lo planificó.

Aun así, Dios no podrá y no va a ignorar el mal del pecado, la rebelión humana intencional que ha corrompido su creación y a la gente creada a su imagen. Cuando en el tiempo señalado la máxima tormenta de su juicio cayó, sólo una vida fue golpeada para pagar el precio por el pecado, y esa vida era la vida de su propio Hijo. Dios ama al mundo que creó y envió a su Hijo a

tomar la maldición del pecado sobre Sí mismo, “para que todo aquel que en el crea no se pierda más tenga vida eterna” (JN. 3:16). Todos nosotros los que confiamos en Él para salvación hemos nacido de nuevo en el bautismo, creados nuevos en Cristo. Cuando el tiempo sea correcto, al regreso de nuestro salvador, Dios renovará y restaurará su creación.

Por ahora la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, el día y la noche no cesarán; un día estas cosas, así como las conocemos, terminarán. Cuando Jesús regrese, “Ese día los cielos desaparecerán en medio de un gran estruendo, y los elementos arderán y serán reducidos a cenizas, y la tierra y todo lo que en ella se ha hecho será quemado” (2 PE. 3:10). Anticipando ese día, miramos hacia el futuro a “un cielo nuevo y una tierra nueva, donde reinará la justicia” (2 PE. 3:13). No sabemos exactamente como será esa nueva creación, pero sabemos que viviremos para siempre en la presencia de nuestro salvador. Nada jamás volverá a ser igual.

ORACIÓN:

Señor Jesús, protégenos en la muchas tormentas y pruebas que enfrentamos. Perdónanos cuando nos alejamos de ti y de tu Palabra para seguir nuestros propios deseos y las tentaciones del mundo a nuestro alrededor. Ayúdanos por tu Espíritu a vivir como tu redimido y renovado pueblo hasta el día cuando vivamos en tu presencia para siempre. Amén.

HIMNO

Por lo hermoso que hay, Señor
En la tierra, el cielo, el mar,
Por tu paternal amor,
Por tu bendición sin par,
Te ofrecemos hoy, Señor,
Alabanzas y loor.

Por el día con su luz,
Por la noche y el albor,
Por el valle y río azul,
Por el árbol y la flor.
Te ofrecemos hoy, Señor,
Alabanzas y loor.

Por la hermosa comunión
Demostrada en nuestro hogar,
Por el grato y dulce son
De los niños al jugar.
Te ofrecemos hoy, Señor,
Alabanzas y loor.

Por tu Iglesia, Salvador,
Que te rinde adoración,
Que te sirve con amor
Y sincera devoción.
Te ofrecemos hoy, Señor,
Alabanzas y loor.

(“Por lo hermoso que hay, Señor,” CC 186)
Letra y música de dominio público.

LA VICTORIA

“Presten atención, que les voy a contar un misterio: No todos moriremos, pero todos seremos transformados en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, cuando suene la trompeta final. Pues la trompeta sonará, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que lo corruptible se vista de incorrupción, y lo mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto, que es corruptible, se haya vestido de incorrupción, y esto, que es mortal, se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la Palabra escrita: ‘Devorada será la muerte por la victoria.’ ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? Porque el pecado es el aguijón de la muerte, y la ley es la que da poder al pecado. ¡Pero gracias sean dadas a Dios, de que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!

Así que, amados hermanos míos, manténganse firmes y constantes, y siempre creciendo en la obra del Señor, seguros de que el trabajo de ustedes en el Señor no carece de sentido” (1 COR. 15:51-58).

LOS SOBREVIVIENTES DE UN DESASTRE PUEDEN EXPRESAR ALIVIO Y GRATITUD incluso ante una gran pérdida: “Al menos estamos vivos; y estamos juntos.” Pero la historia no siempre termina de esa manera. Vidas pueden perderse. Aquellos que están seriamente enfermos no siempre se recuperan. Lloramos por su partida, y ese dolor, no obstante, por más profundo que sea, es importante y necesario. Sin embargo, para quienes confiamos en Cristo nuestro necesario dolor es diferente al del mundo incrédulo. Nosotros “no nos entristecemos como los que no tienen esperanza” (1 TES. 4:13). Tenemos, en medio del dolor, una esperanza viva en nuestro Salvador. Aun en medio de la pena, el Espíritu Santo obra por medio de la Palabra para volver nuestros corazones y nuestras mentes a las promesas de Dios. Esas promesas nos llevan a ver con los ojos de la fe la victoria que es nuestra en Jesús.

Un breve vistazo de esa victoria se encuentra incluso en los comentarios bien intencionados que sugieren que la persona que murió está ahora en un lugar mejor. Esos comentarios se hacen eco de las palabras del apóstol Pablo, quien dijo que él deseaba partir y “estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor” (FLP. 1:23). Sabemos que cuando estamos “ausentes del cuerpo” estamos “presentes con el Señor” (2 COR. 5:8). Seguramente no hay mejor lugar, pero la victoria que tenemos en Cristo no termina allí.

Ponemos el cuerpo de nuestro ser querido a descansar y el alma que ha partido a estar en casa con el Señor, disfruta con todos los santos la presencia de Jesús. Sin embargo, aún hay más por venir, y llamarlo un mejor lugar no puede siquiera comenzar a describirlo. En el Día Final cuando Jesús regrese, los cuerpos de todos los que han dormido en Él serán devueltos a la vida. Cuando Jesús se levantó de los muertos no era sólo una mera visión o espíritu. Era real, vivo y físicamente presente con ellos. El Señor resucitado comió con sus

discípulos; los invitó a que tocaran las cicatrices dejadas por su crucifixión. Nuestros cuerpos también, un día se levantarán y serán glorificados, “Cuando Cristo, que es la vida de ustedes, se manifieste, entonces también ustedes serán manifestados con Él en gloria” (COL. 3:4). En ese día, la misma muerte será destruida. El alma y el cuerpo reunidos, vivirán para siempre en una nueva creación, donde “estaremos por siempre con el Señor” (1 TES. 4:17). No habrá tormentas, o desastres, ni pérdidas o dolor, ni pesar o lágrimas.

Por ahora nos entristecemos, pero nos entristecemos como personas que tienen una viva esperanza, confiados en que aquellos que están dormidos en Cristo se levantarán con nosotros para compartir por siempre la victoria que es nuestra por medio de la fe en su nombre. Nuestro resucitado y reinante Señor nos dice, “No temas, Yo soy el primero y el último, y el que vive. Estuve muerto, pero ahora vivo para siempre. Yo tengo las llaves de la muerte y del infierno” (AP. 1:17-18). La muerte no tiene la última palabra, ni ahora ni nunca. Jesús la tiene.

ORACIÓN

Señor Jesús, cuando estamos con temor ante la muerte, cuando lloramos la muerte de aquellos que amamos, vuelve nuestros corazones a Tu Palabra para encontrarte en la promesa de vida y resurrección. Anhelamos el día de Tu regreso cuando seremos levantados de nuestros sepulcros para vivir en tu presencia por siempre. Amén. ¡Ven pronto, Señor Jesús!

HIMNO

Dios os guarde siempre en santo amor;
En la senda peligrosa,
De esta vida tormentosa,
Os conserve en paz y sin temor. **Coro**

Coro

Al venir Jesús nos veremos,
A los pies de nuestro salvador;
Reunidos todos seremos,
Un redil con nuestro buen Pastor.

Dios os guarde siempre en santo amor;
Os conduzca su bandera;
Y os esfuerce en gran manera,
Con su espíritu Consolador. **Coro**

Dios os guarde siempre en santo amor,
Hasta el día en que lleguemos,
A la patria do estaremos
Para siempre con el Salvador. **Coro**

Dios os guarde siempre en santo amor;
Con su gracia Él nos sostenga,
Hasta que en justicia venga
Jesucristo, nuestro Redentor. **Coro**

(“Dios os guarde siempre en santo amor,” CC 303)
Letra y música de dominio público.

ORACIONES

EN TIEMPOS DE DESASTRES

Ten piedad, misericordioso Señor, de todos aquellos que sufren en este momento de desastre. En tu misericordia y conforme a tu voluntad, suple sus necesidades físicas, dales esperanza y consuelo en medio de su angustia, y concédeles fe en Aquel que sufrió por nosotros, Jesucristo. Guía, equipa y fortalece a todos los que trabajan para traer sanación y socorro. Restaura rápidamente la paz y el orden civil. Utiliza este tiempo y estos eventos para que nos humillemos delante de ti, nos arrepintamos de nuestro pecado y busquemos tu misericordia y amor, que nunca falla; a través de Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

LLANTO POR AQUELLOS QUE HAN MUERTO

Padre querido, la muerte nos ha robado a aquellos a quienes amamos. Tu promesa de la resurrección nos da esperanza pero nuestro corazón se siente desgarrado y nuestro espíritu se siente vacío ya que los recuerdos más queridos ahora no traen el dolor más profundo. Necesitamos tu paz. Danos la fuerza que te sostuvo en la muerte de tu único Hijo de modo que podamos tener fuerza en nuestros días, propósito en nuestro llamado y consuelo en nuestras aflicciones. Recibe a nuestros seres queridos en Tus brazos para que estemos reunidos un día, a través de Jesucristo, tu amado Hijo. Amén.

POR CONSUELO

Amado Jesús, durante estos días podemos sentir que nadie entiende nuestras necesidades, ansiedades o dolor. Sólo tú conoces las profundidades en las que nos hemos sumido; sólo tú puedes alcanzarnos, sostenernos y levantarnos. Oramos a ti, que dejaste la seguridad por la cruz, no para abandonarnos sino para llevarnos a ti mismo y sostenernos firmemente, para que tengamos Tu consuelo y paz duraderos. Amén.

POR FORTALEZA

Señor Jesús, viniste a la tierra como un niño indefenso, dejando de lado la plenitud de Tu poder para redimir a la humanidad frágil. tú conoces la debilidad de nuestra carne mortal a través de Tu propio sufrimiento y muerte. Nuestras aflicciones nos quitan la fuerza y el entusiasmo. Según tu Palabra, perfeccionas tu poder en nuestra debilidad, sostenenos en tus poderosos brazos y danos fuerzas para seguirte dónde nos conduzcas y para vivir de acuerdo a la voluntad de tu Padre; por ti que vives y reinas con Él y con el Espíritu Santo. Amén.

POR PROTECCIÓN DE LA DESESPERACIÓN

Padre Celestial, Dios de esperanza, protégeme de todos los pensamientos de desesperanza y desesperación. Tantas cosas han salido mal y la ayuda parece lejana. Abre mis ojos para ver siempre que tú nunca dejas que falte el amor de Cristo. Por favor pon ante nuestros ojos el amor de Jesús que nunca falla, que vemos en su sufrimiento y muerte en la cruz en nuestro lugar. Permite que siempre recordemos que nos amas sin medida. En cada oscuridad y dificultad, ayúdanos a confiar en ti y en tus promesas, para que nosotros podamos vivir con esperanza. Amén.

LLAMADOS A SUFRIR

Señor Jesucristo, has prometido que tú no permitirás que seamos tentados más allá de lo que podamos soportar. De hecho ahora, estamos sufriendo grandemente, tuvimos muchas pérdidas y parece que en nuestras vidas todo se hubiera trastocado. Es difícil ver cualquier bien que puede venir de esto. Permítenos saber que tú nos has llamado a soportar este dolor y que realmente no nos dejarás solos, no nos dejes caer en la desesperación. Danos fuerzas para soportar lo que enfrentamos, cumple tu promesa ante nosotros y ante nuestros ojos de que tú verdaderamente no permitirás que seamos tentados más allá de lo que podamos soportar, a través de tu Hijo Jesús, quien siempre proporcionará la medida correcta de bienestar, fuerza y consuelo durante estos días. Amén.

PÉRDIDA DEL HOGAR

Oh Señor, he perdido mi casa en este mundo. He perdido el techo terrenal sobre mi cabeza, han desaparecido las paredes que me protegían, me rodeaban y me daban seguridad. Se han ido todas las posesiones y recuerdos de mi pasado. Duele saber que he sido desarraigado y lanzado tan grandemente. Concédeme el refugio para mi cuerpo físico. Consuélame por tu amado Hijo Jesús, que mi confianza pueda descansar en el refugio que Él es para mí. Permite que encuentre paz, sabiendo que eres mi eterna morada, que tiene una mansión preparada para mí en el cielo. Si es tu voluntad, permite que mi hogar sea reconstruido y permíteme estar satisfecho en todas las cosas. Amén.

POR LA PÉRDIDA DEL TRABAJO DIARIO

Oh Señor, tú encuentras placer en nuestro trabajo. Desde la creación has bendecido la obra de nuestras manos y el sudor de nuestra frente. Permanece con nosotros mientras luchamos contra el desempleo, las preocupaciones financieras y la pérdida de propósito en nuestra vida. Oramos para que nos concedas rápidamente un empleo remunerado para que podamos honrarte a través de nuestras vocaciones. En tanto, no permitas el falso orgullo que nos impide aceptar la ayuda y la generosidad de los demás. A través de esta ayuda, permítenos ver qué significa verdaderamente confiar en Ti sobre todas las cosas. Amén.

